



CIARA COLE

LOS TRILLIZOS
SORPRESA

*del
Multimillonario*

Tabla de Contenido

Los trillizos sorpresa del multimillonario

Capítulo uno

Capítulo dos

Capítulo tres

Capítulo cuatro

Capítulo cinco

Capítulo seis

Capítulo siete

Capítulo ocho

Capítulo nueve

Capítulo diez

Capítulo once

Capítulo doce

Capítulo trece

Capítulo catorce

Capítulo quince

Capítulo dieciséis

Capítulo diecisiete

Capítulo dieciocho

Capítulo diecinueve

Capítulo veinte

Capítulo veintiuno

Capítulo veintidós

Capítulo veintitrés

Capítulo veinticuatro

OTRA HISTORIA QUE TE GUSTARÁ

El secreto del jeque

Capítulo uno

Capítulo dos

Capítulo tres

Capítulo cuatro

Capítulo cinco

Capítulo seis

[Capítulo siete](#)
[Capítulo ocho](#)
[Capítulo nueve](#)
[Capítulo diez](#)
[Capítulo once](#)
[Capítulo doce](#)

Los trillizos sorpresa del multimillonario

Por Ciara Cole

Todos los derechos reservados. Copyright 2016 Ciara Cole.

[HAZ CLIC AQUÍ](#)

para suscribirte a nuestra newsletter y recibir actualizaciones EXCLUSIVAS de todas las ofertas, preestrenos secretos, libros extra y nuevos lanzamientos.

Capítulo uno

Lo que ocurre con el éxito es que a veces reduce tus círculos de amigos y tus opciones. Tamira Fontaine había visto cómo muchas de sus amistades se desvanecían con cada logro y cada vez que avanzaba un paso en el camino hacia el éxito. No llegaría al punto de afirmar que tal vez esos «amigos» tenían envidia o estaban resentidos por lo fácilmente que estaba destacando Tamira. A simple vista parecía sencillo, pero en realidad no lo era.

Tamira se había esforzado mucho y durante mucho tiempo para llegar a ese punto, pero en realidad el trabajo duro nunca la había asustado. Simplemente ocurrió que cuanto más ambiciosa se volvía, menos razones tenía para mantener a ciertas personas en su vida. No era culpa suya que se sintieran intimidados o algo así. No podía evitar ser emprendedora y no utilizar nunca sus humildes orígenes como excusa.

Había empezado desde abajo, como todos los demás, y a pesar de que algunos realmente nunca se salían del camino, Tamira planeó no volver la vista atrás jamás. Sin embargo, ella no era del tipo de personas que dejaban que los éxitos se le subieran a la cabeza. Era la misma Tamira, cabezota pero auténtica, y eran las personas que la rodeaban quienes habían cambiado, no al contrario.

Por suerte, aún había algunas personas con las que podía contar. Como Nisha.

Y Tamira ya podía adivinar quién la estaba llamando cuando notó vibrar el teléfono móvil en el bolso.

—Justo estaba pensando en ti —dijo Tamira con una sonrisa.

—¿Qué ha pasado? ¿Has terminado con el equipo Cavendish? —El animado entusiasmo de Nisha se podía sentir desde el otro extremo de la línea.

—Sí, y ha ido de maravilla —dijo Tamira de forma engreída—. Acabo de terminar la reunión. Nos hemos llevado mejor de lo que me esperaba. Sin duda es un proyecto prometedor en el que embarcarse. Utilizar el ambiente relajando del Sky Bar para la reunión ha sido un detalle bonito por su parte. Y ya sabes que Cavendish es una de las marcas más respetadas según Forbes. Así que el hecho de que estén interesados en mis servicios me está subiendo la moral que no veas. Como puedes imaginarte, tengo ganas de celebrarlo.

Tamira oyó el profundo suspiro de Nisha.

—Mientras *yo* estoy ocupada cuidando a mis adorables sobrinos. Ojalá estuviera allí.

—Ojalá. Encontraré una forma de compensártelo. Especialmente para darte las gracias por haber elegido mi ropa. Tengo la sensación de que ha sido mi amuleto de la suerte esta noche.

Nisha se rio.

—Te dije que sería un éxito. Bueno, ¿lo has conocido?

—¿Te refieres a Rafe Cavendish? —Tamira frotó una mancha suelta que había en su bolso de abalorios—. No, no ha aparecido. Al parecer se quedó atrapado en un atasco de tráfico y al final su equipo tuvo que cerrar el acuerdo por él. No hay nada definitivo todavía, ya que aún tenemos que decidir los términos y las posibilidades. La semana que viene volveré a saber algo de ellos, pero ya me siento optimista con respecto a esta oportunidad.

—Me encargaré de los detalles cuando vaya al trabajo a primera hora del lunes —prometió Nisha.

No sólo era la mejor amiga de Tamira, Nisha también era su asistente. Trabajando juntas se compenetraban a la perfección, y era maravilloso tener a alguien con quien pudiera contar y al mismo tiempo ser ella misma.

—Bueno, ¿tienes algún plan para el resto de la noche? —preguntó Nisha con tono medio en broma—. Quiero decir, el Sky Bar es nuestro favorito y tiene que haber muchos candidatos.

—Se podría decir que sí.

Tamira miró a su alrededor, contemplando el panorama una vez más. Era una sala al aire libre y discreta en la parte alta de uno de los hoteles más elegantes de la ciudad. Gracias al cómodo espacio, al ambiente elegante y a las espectaculares vistas de la ciudad, la experiencia merecía la pena si se podía entrar. Las bebidas eran de categoría, no de esas flojas y con precios excesivos. Bueno, claro, era caro, pero al menos no escatimaban en alcohol y

el servicio en general era encomiable. Puede que Tamira hubiera ido allí por un acuerdo de negocios, pero ahora que había terminado no veía nada de malo en tomarse algo de tiempo para relajarse, ya que estaba allí.

Era viernes, y la muchedumbre que acababa de salir del trabajo se mezclaba con los peces gordos de todos los tipos de profesiones: abogados, actores, políticos, diseñadores, informáticos... A veces a Tamira le resultaba difícil creer que hubiera llegado a un nivel en el que era bienvenida en lugares así; le daba un impulso de confianza en sí misma. Y cuando captó una sonrisa de aprecio de un hombre atractivo que estaba en un rincón de la sala, no pudo mentir y decir que eso no le gustaba.

—Sin duda alguna tengo las puertas abiertas —le murmuró Tamira a Nisha, y poco después puso fin a la llamada, prometiendo informar de todo a Nisha cuando se vieran en el trabajo.

Tamira levantó la vista cuando el camarero apareció para ofrecerle llenarle la copa. Tamira aceptó y le dirigió una breve sonrisa, un gesto que hizo que el atractivo joven se ruborizara ligeramente. Tamira tenía ese efecto en el sexo opuesto: con unas piernas largas y estilizadas, acentuadas por el vestido formal y ajustado que llevaba, Tamira tenía un cuerpo de infarto con curvas en los lugares adecuados. Sus preciosos ojos de color ámbar y su cara ovalada quedaban complementados por su cabello oscuro que le llegaba a los hombros. Podría pasar por una modelo sin problema, con su piel bronceada e

impecable, sus labios llenos y sus pómulos definidos.

Tamira apartó la vista del camarero justo cuando un hombre alto que llevaba un traje con aspecto de ser bastante caro se acercó a ella. Lo primero que notó fueron sus ojos color avellana, un color dorado tan intenso e inesperado que casi parecía que tenían que ser lentillas. Él asintió y le dijo algo al camarero, pero Tamira no estaba escuchando, demasiado ocupada en contemplar cómo le quedaba al espécimen masculino que tenía al lado su traje gris carbón: como si estuviera hecho para cada centímetro de su cuerpo alto y magro. Todo en él, desde su voz y su estatura hasta su aura, parecía emanar poder.

De repente miró a Tamira y sonrió, dirigiéndole una mirada interrogante con sus preciosos ojos.

—¿Nos conocemos?

Joder, se había quedado mirándolo fijamente. Probablemente él pensaba que estaba intentando averiguar de qué le sonaba su cara, pero no era así. Tamira simplemente estaba pensando para sus adentros cómo era posible que alguien pareciera un póster de Ralph Lauren andante. Con un rostro diabólicamente atractivo, unos ojos penetrantes y unos labios bien definidos, era imaculadamente estilizado y estaba perfectamente arreglado. Y, joder, olía bien.

Tamira sintió un hormigueo sólo al oír su voz, que hizo que se

humedeciera los labios secos mientras apartaba la mirada de él. Su primer instinto fue simplemente hacer un comentario despreocupando, tal vez quitarle peso a su metedura de pata diciendo que lo había confundido con otra persona, solo como coartada. Pero después algo se iluminó en su interior, haciendo que se le iluminara la sonrisa y que tendiera la mano.

—No, no nos conocemos. Soy Tamira.

—Raphael —dijo él, tomando rápidamente la mano con la suya en un apretón firme y amable al mismo tiempo antes de soltarla. Una sensación extraña recorrió todo el cuerpo de Tamira por ese fugaz primer contacto. En poco tiempo se extendió hasta la unión de sus muslos y cruzó rápidamente las piernas con la esperanza de que ese ligero cosquilleo desapareciera. Pero simplemente se agravó cuando el acertadamente llamado Raphael se sentó en el asiento que había a su lado.

De repente, el aire parecía cargado de una intensa percatación que por un momento hizo desaparecer a todo el mundo excepto a ellos dos. «¿Qué diablos está pasando?». No era el primer hombre pecaminosamente guapo al que conocía. A pesar de su nombre, parecía más un ángel caído del cielo que un arcángel, y ella realmente no se echaba atrás con los chicos malos. Simplemente nunca había sido curiosa y además, no tenía suficientes citas para tener ningún tipo de variedad en sus relaciones. A sus veintiséis años, no necesitaba ni una mano para contar cuántos novios o amantes de verdad había

tenido. No tenía relaciones casuales, así que por norma general, cuando estaba con alguien era a largo plazo.

Su último novio había sido el segundo que tenía, y se había alejado por la cantidad de horas que trabajaba y por su decidida atención a su carrera ese primer año en que empezó su negocio. Antes de él había estado su amor del instituto con el que había estado también durante la universidad antes de que, de algún modo, se alejaran cuando él se mudó al extranjero por trabajo. Tamira había crecido protegida y eso había hecho que fuera algo «sensata» con respecto a las relaciones románticas. Simplemente no era algo primordial para ella, y tampoco el sexo lo era.

No era una santa y ciertamente no era una puritana, pero en los últimos seis meses aproximadamente en los que no había tenido relaciones íntimas con nadie, no había tenido la sensación de que el mundo se fuera a acabar.

Lo cual hacía que su chispa de atracción por Raphael fuera aún más sorprendente. ¿Era una casualidad, posiblemente una atracción pasajera que menguaría tras unos minutos o una hora? ¿Era lo bastante curiosa como para querer asegurarse?

Tamira le había prometido a Nisha, y se había prometido a sí misma, que esa noche iba a disfrutar. Cuando se había programado la reunión de última hora para esa noche y en ese lugar, Tamira se lo había tomado como una señal de que necesitaba volver al mundo de las citas. Había dejado que Nisha

le escogiera ese vestido sexi tan diferente de la chaqueta de punto y de la falda recta que Tamira solía llevar. Aunque sólo fuera por diversión, su mejor amiga y asistente le había sugerido a Tamira que encontrara un hombre. Tamira había barajado algunas ideas sobre dónde empezar a conocer hombres: Match.com, Tinder... el bar del barrio. Pero allí y ahora no parecía que hubiera nada de malo en darle una oportunidad. Fuera lo que fuera lo que eso significara.

Ella ya había dado el primer paso presentándose. Y para su deleite, Raphael había decidido acompañarla, aunque el único indicio de ello fuera el hecho de que estuviera sentado a su lado disfrutando de su bebida. Simplemente tenía algo que le gustaba. Sin duda no se podían pasar por alto sus intimidante atractivo y su aparente condición de rico. Pero tenía un aire misterioso y un atractivo sexual emocionante que pocos hombres tenían y que probablemente hacían que incluso la mujer más conservadora estuviera dispuesta a perder su virginidad.

Seguro que las mujeres se lanzaban a él todo el tiempo. Sin duda parecía que a ese tipo nunca le costaba encontrar a ningún tipo de mujer a la que deseara. No pudo evitar preguntarse si ella encajaba de algún modo en su tipo de mujer. Qué importancia tenía no estaba nada claro para su lujurioso estado mental en ese momento.

Tamira se sintió aliviada cuando él comenzó una conversación después de

pasar un minuto saboreando su bebida.

—¿Has venido sola? —preguntó.

— Sí. ¿Y tú? ¿Estás esperando a alguien?

Tamira pensó que sería vergonzoso estar coqueteando con él y que su cita apareciera. Después de todo, no era probable que un hombre como él estuviera en un bar para conocer a mujeres. Tamira podía imaginarse a su novia supermodelo entrando de repente y pegándose a él mientras Tamira se quedaba sentada sintiéndose tonta. Raphael estaba demasiado bueno para estar soltero, pero aunque lo estuviera, ¿supondría alguna diferencia?

No es que estuviera planeando acostarse con él ni nada por el estilo.

El mero hecho de pensar en sexo en ese momento fue mala idea, porque Tamira sintió que se le aceleraba la respiración de solo imaginar el acto con Raphael. Incluso con su traje a medida, parecía ser todo fuerza contenida, y esa afilada mandíbula, esas manos cuadradas y esa elegante nariz bajo sus dorados ojos de párpados caídos, le traían a la mente una imagen de deseos peligrosos y perversos. ¿Por qué tenía la sensación de que debería estar corriendo en dirección contraria?

— No, no estoy esperando a nadie.

Su respuesta hizo que sintiera una oleada de alivio por todo el cuerpo. Hasta el momento solo habían intercambiado respuestas breves. Casi como si estuvieran rondándose, girando en una coreografía elaborada. Tamira sonrió

en el vaso y sacudió la cabeza por dentro por ser demasiado fantasiosa.

A falta de una distracción, Tamira volvió a echar un vistazo por el bar y por la sala de estar, presintiendo que más adelante habría aún más gente. La disposición de los asientos, cómoda e íntima, le daba ese toque exclusivo, especialmente con el grupo de gente fantástica y amigable. Sin duda alguna era un lugar para pasar una noche maravillosa con una cita, con amigos o con alguien especial. Tamira casi se maldijo por haber ido sola, pero ¿sería una suerte a la larga? «Mmm... El tiempo lo dirá». O tal vez tendría que darle a la suerte un pequeño empujón. Con esa idea en mente, no lo pensó demasiado y simplemente se giró hacia el hombre que estaba a su lado.

—¿Vienes...?

—¿Hay...? —empezó Tamira, y después se detuvo al darse cuenta de que habían hablado al mismo tiempo—. Tú primero.

Raphael sonrió.

—Iba a preguntarte si vienes aquí a menudo. Después me he dado cuenta de lo estúpido que sonaría. Aunque te lo pregunto porque realmente me interesa saberlo. Creo que te habría visto antes si vinieras.

—He estado aquí algunas veces, pero muy distanciadas entre sí. No considero que sea una habitual.

Tamira era reacia a sacar el tema de su carrera profesional y de lo ocupada que la tenía durante meses sin parar. Raphael tampoco parecía

querer hablar de trabajo, ya que llevó la conversación por otros temas. Puede que se rieran en algunos momentos e incluso que encontraran puntos en común en otros, pero por debajo se notaba la tensión que había más allá de la cháchara.

El tiempo pasó y la muchedumbre se volvió más ruidosa y numerosa. Los desafortunados que no pudieron encontrar un asiento en ese club nocturno tan demandado y al mismo tiempo muy exclusivo se convirtieron en una molestia mientras rondaban a su alrededor y les golpeaban con los hombros, lo cual hizo que Raphael tuviera que estirar el brazo más de una vez para proteger a Tamira.

Cuando una pareja con aspecto de estar ebria empezó a enrollarse justo a su lado y la mujer casi derramó su bebida sobre Tamira, a ella dejó de parecerle divertido. Aun así, miró a Raphael, vio su expresión y ambos se rieron.

—¿Quieres ir a algún sitio más tranquilo? —le preguntó él, haciendo oír su tono calmado a pesar del volumen de la música y de las conversaciones.

Tamira asintió sin dudar. Sintió una prisa entusiasta cuando él se levantó y le tomó la mano agarrándola con firmeza y no la soltó mientras atravesaban la apretada masa de cuerpos de camino a la salida.

Una vez que estuvieron fuera, la cálida atmósfera de la ciudad se aligeraba con alguna brisa ocasional. De pie, cerca de Raphael, la mente de

Tamira tuvo de repente sentimientos encontrados. Y ahora, ¿qué?

—Podría llamar a mi chófer o podemos caminar. No vivo muy lejos de aquí —dijo él.

Sus sospechas se confirmaron, y la parte sensata de Tamira se abrió paso con toda su fuerza. Claro. Cuando dijo que fueran a un sitio «más tranquilo» se refería a su casa. Se podía imaginar cuánta paz y tranquilidad tendría allí.

—Pensándolo bien, ¿podemos dejarlo para otro momento? Creo que he tomado demasiados chupitos. Debería irme a casa a dormir la mona —dijo ella.

Raphael arqueó una de sus oscuras cejas.

—¿Qué pasa? Si estás preocupada, que sepas que no muerdo... a menos que te gusten ese tipo de cosas.

Antes de que ella pudiera responder, él negó con la cabeza, casi reprobando su propio comportamiento.

—Me he precipitado demasiado. Una mujer preciosa, media hora fascinante hablando con ella y ese algo que hay en el aire esta noche... me han hecho pensar en cosas que no debería. Al menos deja que te pida un taxi.

Un perverso sentimiento de irritación hizo que Tamira dijera, casi con mal genio, que no tenía que molestarse. Casi parecía que hubiera deseado que él intentara hacerla cambiar de opinión. Tamira suspiró para sí misma. Era evidente que necesitaba más práctica en eso de las citas. Madre mía, el mero

hecho de interactuar con un hombre disponible parecía una carrera de obstáculos.

—¿En qué dirección tienes que ir? —le preguntó en un tono más civilizado mientras dibujaba una sonrisa.

Él señaló hacia la izquierda, y Tamira de inmediato indicó el sentido opuesto, hacia la derecha, mientras murmuraba:

—Yo tengo que ir por ahí.

—¿Estás segura de que es buena idea que vayas andando? Es tarde y ya es de noche. Y tú...

Mientras Raphael hablaba a la espalda de Tamira, que se marchaba a prisa, ocurrió el desastre. Prácticamente había estado corriendo a ciegas con sus zapatos de tacón alto, y uno de los tacones se le atascó en una rendija de un agujero de ventilación que tenía bajo los pies. Se quedó atrapada y empezó a maldecir con severidad en voz baja mientras intentaba liberarse la pierna. Y no fue buena idea, porque la fuerza del tirón hizo que se torciera el tobillo bruscamente mientras el tacón de su zapato se rompía.

—¡Ay!

Habría acabado hecha un desastre sin dignidad en el suelo si los brazos fuertes de Raphael no la hubieran agarrado de repente. Cayeron juntos en el asfalto y el cuerpo de él amortiguó el impacto del de ella en el suelo.

—A ver, deja que te ayude.

Él la ayudó a levantarse con amabilidad y Tamira gritó de dolor al intentar sostenerse sobre sus pies. Al instante, Raphael le preguntó qué le pasaba con tono preocupado.

—No lo sé. Creo que me he torcido el tobillo.

Tamira se mordió el labio para reprimir las lágrimas de vergüenza mezcladas con el dolor. Sin decir una palabra, Raphael se arrodilló y la ayudó a sacar el pie atrapado de la rejilla. Con la misma amabilidad, le quitó el zapato, cuyo tacón estaba colgando.

—Gracias. —Tamira no sabía qué más decir o hacer. Se sentía estúpida.

Pero Raphael mostraba una preocupación absoluta, y la forma sincera en que manejaba la situación empezó a hacer desaparecer su incomodidad. Un ligero toque de su mano sobre el pie hizo que gritara, así que él se incorporó y dejó que ella se apoyara sobre su brazo. La hizo reír al ofrecerse a llevarla a caballito cuando vio que le costaba caminar por sí misma. Tamira negó con la cabeza, segura de que no estaba bromeando, pero no quería avergonzarse a sí misma o a él accediendo a su propuesta.

—Deberíamos echar un vistazo a eso —dijo él señalando su pie, cuyo tobillo ya estaba empezando a hincharse.

Como prácticamente la estaba sosteniendo él con su fuerza, Tamira no vio forma de protestar cuando Raphael hizo la siguiente sugerencia.

—Sólo me estoy ofreciendo para ayudarte, así que quédate tranquila,

¿vale? Mi chófer no tardará nada en llegar, y vivo literalmente a la vuelta de la esquina.

En la mano libre sostenía su teléfono, en el que ya había marcado un número. Aunque no habló por teléfono, pareció transmitir un mensaje, porque un minuto después un coche de ciudad con aspecto elegante se acercó a la entrada del bar.

Raphael levantó la mano e hizo señas al conductor, que avanzó hasta donde estaban juntos. Tamira prácticamente estaba apoyada en el ancho cuerpo de Raphael. En cuestión de segundos se dio cuenta de por qué le había dicho que estuviera tranquila unos instantes antes: sin previo aviso, la levantó en brazos como si fuera una novia. Tamira se quedó sin aliento cuando la alzó como si fuera una pluma, pero por otro lado no se quejó, y él la colocó con suavidad en el asiento trasero del coche.

Raphael se sentó a su lado y le indicó al chófer que los llevara a casa.

Tamira estaba intentando hacerse a la idea de todo lo que había ocurrido en los últimos cinco minutos. La palpitación que notaba en el tobillo se estaba convirtiendo en un dolor agudo e intentó dejar de pensar en ello, pero la única distracción que tenía era el hombre que estaba a su lado.

No sabía qué extraños caminos del destino estaban llevándolos a permanecer juntos. Tal vez si no intentara resistirse, las cosas fluirían de una forma más natural y segura. ¿Quién sabía en realidad qué traería el próximo

instante, la próxima hora?

Capítulo dos

—Parece que ya hubieras hecho esto antes —dijo Tamira sentada en un sofá mientras su pie herido descansaba en las hábiles manos de Raphael. Había estado aplicando el paquete de hielos con delicadeza por todo el tobillo, centrado en su tarea y sin notar la intensidad con la que Tamira había estado contemplándolo. Con él sobre su rodilla ocupándose de su pie, a Tamira no se le escapó la caballerosa imagen mientras pensaba en las otras mujeres a las que debía haberles prestado las mismas atenciones.

Sus palabras hicieron que él levantara la vista hacia ella durante un momento, y esos ojos penetrantes parecieron ver hasta el fondo de sus pensamientos. Después volvió a centrarse en su tarea mientras le contaba que tenía una hermana pequeña que solía tropezarse y que siempre se torcía el tobillo en el pasado.

—Es suficiente. Creo que puedo caminar —dijo ella, tal vez un poco más bruscamente de lo que pretendía. ¿Tal vez era que no se creía del todo que en realidad fuera su hermana la mujer por la que había tenido que hacer esas cosas en el pasado?

Tamira intentó averiguar por qué se sentía tan irritable cuando el hombre lo único que había sido era amable. No muchos se habrían esforzado por ser tan atentos, especialmente con una mujer a la que acababan de conocer. Tal vez estaba dividida entre pensar que Raphael podría ser un caballero con su

brillante armadura o el lobo malo disfrazado...

Tamira se levantó del sofá justo cuando Raphael se puso de pie con toda su altura. Apenas había pasado media hora desde que había llevado a su casa y cada minuto había bullido con la misma tensión sexual que habían tenido antes en el club. A pesar del dolor que sentía por el esguince, esas locas hormonas suyas habían estado dando saltos y causándole problemas en las bragas. Y todo por el contacto de un extraño guapo y por sus cuidadosas atenciones, que habían hecho que se sintiera femenina y frágil.

—Gracias —dijo levantando la vista hacia él mientras se afianzaba sobre sus pies, e hizo un gesto de dolor por el agudo pinchazo que notó cuando su tobillo recibió su peso—. El paquete de hielos ha ayudado mucho.

Raphael vio su mueca ligeramente.

—¿No deberías ir al médico?

—Solo es un esguince —dijo Tamira negando con la cabeza—. Estaré bien en un tiempo.

Si tuviera algo de cabeza, se iría en ese momento. Ya había alargado el tiempo con él lo bastante, y ahora no había excusa. Completamente decidida, Tamira intentó avanzar sobre sus propios pies y, por supuesto, notó el agudo dolor que le pinchaba en el tobillo. Vale, entendido. No iba a bailar el vals allí mismo. Lo que no esperaba era que su cuerpo instintivamente buscara el pilar de apoyo que era su cuerpo de metro ochenta. Era casi magnética la

forma en que se sentía atraída por su fuerza. Tamira no era de ese tipo de chicas dóciles y sumisas que necesitaban a un macho dominante que las hiciera sentir bien y sentirse mujeres. Pero a lo mejor eso era antes. Se sentía distinta con Raphael.

No era ninguna puta, pero podía imaginarse siéndolo para él.

Se lo imaginaba con demasiada facilidad, sus labios moviéndose sugerentemente hacia los de él, el cuerpo de ella uniéndose suavemente al suyo, rodeando con las manos sus anchos hombros para sujetarse a su cuello.

Podía oír su propia voz preguntándole qué pensaba de ella. ¿Le parecía que era encantadora? ¿La deseaba? ¿Quería tomar su cuerpo con fuerza y rapidez tal y como ella deseaba que ocurriera?

Tamira pudo imaginárselo todo en un milisegundo y sus sentidos se quedaron tambaleando. Se acercó lentamente a la línea de su mandíbula y la acarició con la nariz ligeramente. Qué maravilla. Su aroma. No era solo algo de un frasco, sino la esencia de Raphael, que olía a especias de madera y a calor, y a cumbres de montaña heladas. Tan formidable, tan fuera de su alcance, y aun así el objeto de sus deseos y fantasías más electrizantes.

—No debería haber venido aquí —susurró mirándole fijamente a los ojos. Lo que no añadió fue que en el mismo instante en que ella le había dicho su nombre, había deseado que estuviera dentro de ella. Había sentido que antes de que acabara la noche, estarían en la cama de él o en la de ella.

Raphael simplemente dijo:

—Eres preciosa. —Clavó la mirada en los labios de ella y cuando Tamira esbozó una radiante sonrisa, bajó la cabeza y la besó.

Capítulo tres

Los besos así no deberían existir fuera de los libros. El tipo de besos que deshacen el tuétano de los huesos y te abrasan el cerebro, y que hacen que notes una ráfaga de llamas que va directa a la entrepierna.

Tamira gimió ligeramente, con las bragas sin duda empapadas mientras agarraba con los dedos los anchos músculos de sus brazos.

«Guau». Besarlo era una sensación genial. Y también sabía bien. En realidad, no había nada que fuera malo en ese hombre. Sí... Sin duda era un hombre realmente bueno, pensó Tamira al azar mientras entrelazaba la lengua con la de él. Esa sensación de abandono y exceso, de atiborrarse de Raphael, era al mismo tiempo lo mejor y lo peor. Lo mejor porque cualquier mujer desearía sentir, en la que parecía la primera vez de su vida adulta, cómo era ser besada por un hombre de verdad. Y lo peor porque solo hacía falta ese beso para que Tamira empezara a tomar algunas decisiones realmente malas. Como pedirle a Raphael que se acostara con ella.

Antes de que se diera cuenta ya no estaba tocando el suelo y las manos de Raphael estaban sujetas debajo de su trasero asegurándose de levantarla por encima de la altura de su cabeza. Desde ese ángulo, ella pudo tomar el control del beso, algo que hizo, tomando su cara con las manos e inclinando su propio rostro de un lado a otro, devorándolo con la misma avidez con la que él la había devorado a ella.

Sin notar su peso en el pie gracias a que Raphael la estaba sosteniendo con sus fuertes brazos, Tamira pudo apartar la mente de cualquier molestia, que en realidad no sentía en ese instante. Sus puntos débiles parecían palpitar la misma fuerza con la que sus pezones parecían vibrar de deseo mientras se arrugaban y se endurecían. Si un beso podía hacerla sentir tanta lujuria irrefrenable...

Rafe la llevó hacia la pared más cercana y la apretó contra ella mientras le levantaba la falda. Colocó su erección en el hueco que había entre sus muslos, y Tamira sintió cada centímetro de su hinchado miembro. Ooh... Era grande y estaba *duro*. Sin pensar, se movió con fuerza sobre su virilidad atrapada por los pantalones. Dios mío, estaba a punto de correrse. El mero hecho de pensar en él cuando se quitara la ropa hacía que Tamira se mojara.

Él apartó los labios de los de ella y los pasó con ardor por su cuello. Su voz fue casi un rugido cuando dijo:

—Te deseo. Y tú también me deseas. Joder, puedo olerlo.

Metió una mano entre sus piernas. Tamira se sorprendió, pero no hizo nada por detenerlo. Puso la mano por encima de las bragas y apretó, haciendo que Tamira se humedeciera y gimiera más.

Ella no quería que pensara que podía salirse con la suya, pero joder, la estaba volviendo loca ver cómo ese hombre reclamaba lo que quería de su cuerpo. Él apartó la tela de la braga que la protegía y deslizó los dedos entre

sus labios empapados, haciendo que Tamira chocara la cabeza contra la pared. No la penetró, sino que simplemente se movió superficialmente por sus pliegues hinchados mientras tocaba el clítoris con el pulgar. Movi6 la cara de su cuello hasta el escote, algo expuesto por el cuello en V de su vestido. Ella oyó c6mo inhalaba de forma profunda y fuerte mientras seguía moviendo el pulgar sobre el clítoris. Como si fuera una peonza, ella cada vez daba más y más vueltas en un mismo lugar. «Dios mío... ¡sí! ¡sí!». Sorprendentemente receptiva a sus caricias, Tamira tardó unos instantes en correrse. Con tanta fuerza y júbilo que de sus labios brotó una risa exultante. «Vaya. Qué pasada».

—Tamira —dijo Raphael contra su pecho, mordisqueando suavemente las puntas de sus pechos firmes. Dejó escapar un suspiro irregular—. Debería llevarte a casa o seré un cerdo y me aprovecharé de ti. Más de lo que ya lo he hecho. —Sonaba casi enfadado, mientras que Tamira simplemente estaba intentando no quedarse ciega mientras parpadeaba varias veces para recuperar la visión después de ese orgasmo que le había dejado la mente adormecida. Mientras Raphael empezó lentamente a sacar a mano de entre sus muslos, acercó los labios a la oreja de ella y se la mordió—. Pero quiero estas bragas antes de que deje que te marches.

Sus roncas palabras hicieron que sus pezones hipersensibilizados se endurecieran aún más y de forma más dolorosa.

Tamira esperó hasta que Raphael se giró para mirarla a la cara y ella lo miró a los ojos directamente.

—¿De quién es el derecho a decidir si me quedo o me voy?

Un momento... ¿Qué coño estaba diciendo su boca? No parecía estar conectada con su cerebro en absoluto; un cerebro que Tamira ni siquiera sabía que pudiera funcionar para formar sílabas después de un orgasmo así. Tan rápido, tan intenso. Tenía que ser un récord Guinness, pensó sonriendo por dentro, impresionada.

Raphael estaba negando con la cabeza.

—Los derechos no tienen nada que ver.

—Entonces, ¿qué? ¿El hecho de que creas que nos acostaremos si me quedo?

Los labios de Raphael se curvaron en una sonrisa.

—Tengo la sensación de que no será simplemente acostarnos, cariño. Estoy a punto de absorberte, de comerte por completo.

—¿Prometido? —bromeó ella. Y la sonrisa que él le dio como respuesta relajó la crepitante atmósfera. Casi.

Él la bajó al suelo, deslizándola con suavidad por su cuerpo, sin dejar aún que apoyara todo su peso sobre sus pies, sosteniéndola con la rodilla medio apretada contra la pared. A Tamira le gustaba la sensación de estar enjaulada con su cuerpo, le gustaba demasiado. Sentir su erección aún intensa le

recordó lo cerca que había estado unos instantes antes de acostarse con él. De que Raphael la tomara contra la pared con su largo miembro en su interior mientras ella lo rodeaba con los brazos y las piernas como si fuera un pulpo.

—Es bastante tarde y no sería bueno forzar al límite tu tobillo antes de que se cure bien —dijo Raphael, y el corazón de Tamira, completamente incongruente, dio un vuelco. «¿Quería decir...?»—. Quédate.

Tamira iba a quedarse.

Capítulo cuatro

¿Sólo habían pasado tres años desde que Tamira decidió abrir su propio negocio orientado a reintroducir marcas en distintos mercados? Incluso sus padres creyeron que estaba loca. Estaban completamente convencidos de que las grandes empresas de relaciones públicas tendrían ese campo dominado. Pero los rumores sobre su talento y su conocimiento corrieron como la pólvora por toda la ciudad de Nueva York. Y ahora Tamira tenía que quitarse a los clientes de encima.

Mucho antes de eso, había empezado con la idea de querer diseñar por sí misma, pero no consiguió decidir si le interesaba la moda o la decoración de interiores. Así que empezó a especializarse en la comercialización y en las escenografías. Básicamente conseguía que todo, desde hamburguesas con queso hasta carruajes, se viera bien cuando estaba a la vista del público.

Su trabajo le permitía trabajar con todo eso, encontrando algo nuevo cada día para mantener satisfecha a su parte hiperactiva y para mantener su creatividad en marcha. El hecho de que ella quedara bien delante de la cámara con su sorprendente físico sin duda alguna no le hacía ningún mal a su iniciativa.

Una lástima que los mismos triunfos no se reflejaran en su vida privada. Tamira anhelaba la compañía de alguien con las mismas ideas y con el

mismo nivel de química entre ellos. Pero nunca ocurría; últimamente no.

Pero el fin de semana con Raphael le había dado una perspectiva completamente nueva.

Había sido inteligente, amable y sofisticado hasta el extremo. Y vaya si era atractivo. Del tipo de atractivo que una madre y los amigos clasificarían de atractivo. No había esperado una conexión física tan rápida, y el intercambio intelectual también había sido toda una revelación. Habían encontrado temas lo bastante interesante de los que hablar, y sin duda habían coqueteado, pero habían mantenido la conversación alejada de cualquier cosa relacionada con el trabajo. Era posible que él no hubiera querido revelar quién era, y Tamira estaba más que dispuesta a seguirle el juego. Ella había imaginado que era más bien un chico normal que había entrado en el bar de los chicos mayores por la facilidad con la que parecía encajar sin intentarlo siquiera.

Le gustaba. Era genial, divertido y resultó ser también un caballero cuando ella casi había acabado con la cara en el suelo, con un tobillo torcido y el tacón roto. Lo siguiente que Tamira sabía es que había aceptado que la llevara a su casa en su coche con chófer.

El hecho de que tuviera chófer debería haber hecho que le saltaran las alarmas. Cuando el coche los llevó a un ático con vistas a Central Park, Tamira se dio cuenta de repente de que ese hombre no había querido decirle a

qué se dedicaba porque no tenía simplemente un trabajo genial: o bien tenía un trabajo espectacular o un fondo fiduciario increíble. Al principio le había parecido surrealista, esa preciosa casa y el elegante interior, ideales para el decorado de una película. Le había dado primeros auxilios con una compresa fría, y una serie de factores hicieron que Tamira se sintiera temeraria. Por una parte, su extraña atracción por él; por otra, el hecho de que estaba un poco embriagada; y por último, esa sensación de que estaba perdida en una fantasía con su atractivo desconocido.

Llevaba un vestido nuevo y sensual, y estaba con un hombre nuevo, misterioso y atractivo en un ático que costaba más o menos lo mismo que la mayoría de los principales sorteos de lotería daban cada semana. Tal vez Tamira estaba como drogada por la mera atracción de todos esos factores, y se permitió actuar de una forma completamente impropia en ella. Cuando llegó el domingo, había pasado la mayor parte que estuvo despierta teniendo sexo salvaje en la enorme cama de matrimonio estilo California de ese hombre.

Capítulo cinco

Tamira llegó al trabajo el lunes y Nisha le informó de que esa tarde tendría una reunión con Rafe Cavendish.

—Llamó y dijo que sentía no haberse encontrado contigo en el Sky Bar, y que quería compensártelo con una reunión en persona. Supongo que quiere seguir cortejándote para su portafolio —dijo Nisha sonriendo.

—Debería investigar más a la empresa. Considerando que Rafe Cavendish es un director de tercera generación, no me sorprende que esté interesado en el panorama general para la marca. El equipo me informó de que quiere conseguir que los grandes almacenes los tomen más en serio —dijo Tamira, frotándose el mentón pensativa—. Tienen los diseños y una primera idea preparada para el lanzamiento, así que tendremos que llegar a un acuerdo lo antes posible.

Nisha asintió mostrando su comprensión.

—He estado investigando un poco. Parece que Rafe Cavendish no es muy devoto de contratar fuera de su empresa. Le gusta que la empresa se conozca como una marca que trabaja con recursos internos para todo. Pero tienes razón, al final tuvo que admitir que necesitaban un cambio. Sin duda quieren que su nueva línea de ropa de *ahtleisure* parezca más exclusiva que su aspecto tosco tradicional.

—Si necesitan atraer a los grandes almacenes más importantes, han

venido al sitio adecuado —dijo Tamira sin una pizca de falsa modestia. Después de todo, era conocida por ser la mejor creando nuevos espacios en los locales para las marcas—. Sólo hay un problema que veo venir —añadió Tamira con un profundo suspiro mientras se volvía a sentar en su silla.

—¿Cuál? —preguntó Nisha con curiosidad.

—Tú deberías conocer la respuesta mejor que nadie —dijo Tamira con ironía—. Como puedes ver, ahora mismo no tengo tiempo realmente para hacerme cargo de Cavendish. Es decir, será uno de los mayores clientes que haya tenido nunca, pero estoy pensando que tendré que dejar todo lo demás si voy a dedicarle a su proyecto el esfuerzo que merece.

—Bueno, los Cavendish otra cosa no son, pero persistentes... Organizaron esa reunión repentina el viernes pasado, y ahora vas a conocer al director hoy mismo, sin duda alguna para satisfacer sus demandas. Por lo que he oído de Rafe Cavendish, su encanto y su apariencia son irresistibles.

—Eso habrá que verlo. Hará falta más que su apariencia y su encanto para persuadirme —dijo Tamira sacudiendo la cabeza y sonriendo mientras se sentaba hacia adelante y empezaba a repasar su agenda.

Nisha se quedó allí con la cabeza inclinada hacia un lado, y Tamira levantó la mirada, interrogante, después de unos segundos.

—¿Qué pasa? —preguntó Tamira.

—¿Por qué te noto algo distinto? —preguntó Nisha medio en broma—.

No logro saber qué es, pero... hay algo más resplandeciente en todo tu comportamiento.

Tamira abrió los ojos con Inocencia.

—No sé de qué me hablas. Pero supongo que es porque es lunes, y ya sabes cuánto me gustan los lunes.

—Bueno, si tú lo dices. Iré a preparar la sala de conferencias pequeña para la reunión —dijo Nisha con una sonrisa de lado, y se marchó de la oficina.

Capítulo seis

Tamira estaba esperando en la sala de reuniones cuando llegó Rafe Cavendish. Llegaba justo a tiempo, lo cual estaba genial. Lo que no estaba tan genial eran los sentimientos encontrados que tenía con respecto a todo esto. Ella *quería* el portafolio de Cavendish, pero ¿lo necesitaba? No estaba intentando abarcar más de lo que podía gestionar. Pero el desafío de encargarse de algo tan grande y valioso era demasiado difícil de resistir.

Bueno, tendría que esperar a ver lo persuasivo que el director de Cavendish podía ser. Y justo en ese momento entró por la puerta guiado por una sonriente Nisha.

Tamira abrió la boca para saludar mientras extendía la mano para estrechársela. Alzó la mirada hacia la imponente figura que tenía delante, posó la vista en los ojos de color avellana y se quedó paralizada.

Ay. Mierda.

El hombre al que había dejado solo unas horas antes estaba ahora delante de ella. Vio la misma expresión de sorpresa en su cara, antes de que controlara el gesto y sonriera con amabilidad.

—Es un placer volver a verte, Tamira.

Su mano, súbitamente fría, se deslizó en la de él. De repente, Tamira se dio cuenta de que Nisha estaba observando con curiosidad e intentó recobrar la compostura. ¿Qué estaba pasando? La cabeza le daba vueltas al sentir el

conocido y cálido contacto alrededor de sus dedos congelados. De repente, le golpeó directamente en el estómago. Oh no... ¡R de Rafe! Raphael y Rafe Cavendish eran la misma persona. ¡No, no, no!

Y pensar que había olvidado por completo su fin de semana de una mezcla confusa entre deliciosa comida para llevar y un sexo aún más delicioso. Recordaba haberse sentido como si hubiera ganado la lotería en su primera noche como soltera oficial. ¿Y ahora descubría que ese mismo hombre, que fácilmente podría quitarle el puesto a la estrella del porno más premiada, era Rafe Cavendish?

Capítulo siete

El viernes anterior por la noche.

—¿Sabes qué es lo siguiente mejor al sexo?

Raphael arqueó una ceja ante la pregunta en broma de Tamira. Entonces dijo, algo dudoso:

—Eh... ¿la comida?

—Exacto —dijo ella sonriendo. Ya estaba cogiendo el teléfono—. Me muero de hambre.

Conocía un montón de sitios increíbles en los que pedir la mejor comida para llevar por la noche.

Rafe no pudo evitar sonreír ante el entusiasmo de Tamira y su ánimo se le contagió. No había nada de malo en unos antojos de medianoche, pensó. Casi le parecía difícil creer que acabaran de conocerse unas horas antes. Además de ser la mujer más deseable a la que había conocido nunca, Tamira también era demasiado simpática para su propio bien.

Más allá de su elegancia y de su belleza de modelo, tenía ese toque de chica normal que hacía que Rafe se sintiera cómodo con ella. Había aprendido pronto a no bajar nunca la guardia con las mujeres. Especialmente con aquellas con las que había tenido la suerte de acostarse. Solo por el hecho de que compartieran un acto íntimo, algunas sentían que podían atraparlo. De algún modo, siempre querían algo. Dinero, estatus e incluso un anillo de

boda. No le sorprendía nada de ellas. Por ese motivo se había mantenido alejado de cierto tipo de mujeres por el momento. Simplemente no podía conseguir sentir esa confianza todavía.

Tamira... era diferente. Se dio cuenta de que quería pasar más tiempo con ella, incluso aunque no tuviera que ver con sexo. El simple aroma de su perfume hacía que se excitara, y apenas conseguía tragar saliva al pensar en verla correrse para él como lo había hecho. Y aun así, descubrió que le gustaba como persona y no sólo como a una mujer a la que necesitaba para satisfacer sus ardientes necesidades.

No se imaginaba que pasarían el fin de semana juntos. Cuando el pedido llegó, disfrutaron del delicioso festín de madrugada acompañado por un vino de la bodega de Rafe.

No era exactamente así como había esperado que fuera la noche, pero Rafe definitivamente no estaba decepcionado por el resultado. Un rato después miró hacia un lado y vio la cabeza de Tamira, que dormía, apoyada en su hombro, y una sonrisa burlona se le escapó de los labios. Poco después estaba metiéndola en la cama de la habitación de invitados tras llevarla en brazos desde la sala de la televisión donde se había quedado dormida a su lado mientras veían programas de madrugada.

Era la primera vez que una mujer había pasado la noche en su casa. Rafe no tenía por costumbre invitar a mujeres a su casa y solía escoger cualquiera

de sus otras viviendas de la ciudad, a menos que la mujer lo invitara a su casa. Las circunstancias de esa noche habían instado a Rafe a llevar allí a Tamira, ya que estaba más cerca del lugar donde se había torcido el tobillo. Sin embargo, no lo lamentaba ni lo más mínimo. Contemplando su precioso rostro mientras dormía, sintió que algo se agitaba en su interior. No quería nada más que compartir esa cama con ella, y despertarla con cálidos besos, caricias y ese tipo de cosas, que acabarían en un sexo que haría temblar las paredes hasta el amanecer.

Pero no era tan insensible. Ella necesitaba más tiempo para curarse después del accidente. En cierto modo, le gustaba la idea de tener su dulce compañía durante la noche, incluso aunque estuvieran separados por algunas puertas. Dirigiéndose de vuelta a su habitación, intentó no mortificarse demasiado por sus extraños caprichos. ¿Qué tenía Tamira que le hacía hacer cosas que nunca había pensado que haría?

A la mañana siguiente, él le preparó el desayuno. La había visto comer, así que sabía que era una mujer a la que le gustaba la comida, y eso le parecía adorable. Estaba demasiado acostumbrado a esas mujeres que comían como pajarillos o que trataban la comida como si fuera una palabra sórdida. Rafe sonrió y llamó a la puerta de la habitación de invitados, pensando en la suerte que tenía Tamira por comer lo que le gustaba y mantener su fantástica figura. Él mismo estaba metido en el tema del *fitness*, y sabía qué...

Los pensamientos de Rafe se interrumpieron cuando entró en la habitación y encontró las sábanas arrugadas vacías. Un rastro de ropa y ropa interior tirada en el suelo iba desde la cama hasta el baño. Oyó el sonido de la ducha corriendo y Rafe sintió cómo se excitaba al pensar en Tamira desnuda y mojada. «Mojada». Joder, había estado muy mojada la noche anterior cuando puso la mano entre sus piernas y la tocó hasta que llegó a un clímax rápido y vibrante. Sería mejor que dejara la bandeja y se marchara antes de ceder al ansia de meterse a la ducha con ella.

Justo cuando se giró para marcharse, la puerta del baño se abrió y Tamira volvió a entrar en la habitación. Tenía una toalla enroscada en la cabeza como si fuera un turbante y otra envolviéndole el cuerpo. Lanzó una mirada a Rafe y se le iluminaron los ojos.

—Hola.

—Hola —dijo él con una lenta sonrisa bailándole en los labios. Dios, estaba muy buena. Alta y proporcionada, con esa piel tan sexi que brillaba haciendo que ansiara tocarla, devorarla y penetrarla.

—Me alegro de ver que tienes mejor el tobillo —dijo mientras ella caminaba hacia él.

—Sí, aguanta mejor. Ya veo que has hecho el desayuno.

—Pensé que podrías tener hambre. Yo al menos sí tengo, aunque de otra cosa que no es comida.

Ahí estaba. O bien le daba una bofetada en la cara o le daba la respuesta que necesitaba. Los ojos de Rafe ardían sobre su cuerpo, y sabía que ella notaba por la erección que le apretaba en los pantalones que su apetito era más bien carnal. Se había dado una ducha helada y había pasado la noche dando vueltas en la cama por no haberla tomado la noche anterior. No iba a dejar pasar otra oportunidad.

Al fin y al cabo, era solo un hombre. E incluso un santo se vería tentado a renunciar a su vocación por una mujer con un cuerpo como el de Tamira. Un cuerpo que destapó lentamente para disfrutar de las vistas, agarrando el nudo frontal que tenía en el escote. Sin romper el contacto visual, apartó la toalla y la dejó caer al suelo. Tamira respiraba con rapidez, el pecho subiéndole y bajándole, con sus preciosos pezones de color rosado endurecidos por la ducha. Él absorbió la exuberancia de esos pechos naturales, llenos y prominentes, de su vientre suave y plano y del montículo igualmente suave y blando que tenía entre sus atractivos muslos.

—Tenía razón. Eres preciosa. —Con las manos sobre sus hombros desnudos, la atrajo hacia sí hasta que estuvieron pecho contra pecho. La miró con ardor durante unos instantes más y sintió que un escalofrío recorría el cuerpo de ella. Rafe no necesitaba más señales.

Le tomó los labios en un beso ardiente. Su cuerpo poderoso estaba apretado contra el de ella, aplastando su figura desnuda contra él. Ella se

retorció, subió las manos al pecho de él, y Rafe pensó que lo iba a apartar, pero unos instantes después gimió y frotó las manos por su pecho y sus hombros, aún cubiertos por la camisa. Su contacto lo volvió loco.

Rafe agarró y retorció su pezón y llevó la otra mano entre sus piernas. Apretó la boca contra la de ella, su lengua la penetraba del mismo modo en que sus dedos se abrían paso por los pliegues húmedos de su sexo. Oírla gimotejar ante su contacto punzante e inquisitivo hizo que se excitara aún más. Notaba que le gustaba lo duro. Algunas mujeres no podían soportarlo, pero el cuerpo de Tamira temblaba con violentos espasmos cuando apretaba, golpeaba y hería sus pezones mientras su dedo grueso golpeaba sus paredes interiores. Deslizó el dedo índice para unirlo al dedo corazón y su abertura resbaladiza se estiró ante de sus embestidas invasivas. La penetró varias veces más hasta que sintió que su humedad cubría sus dedos hasta el final.

Levantó la mano y le quitó la toalla del pelo. Después la arrastró a la cama y la lanzó sobre las sábanas.

—¡Oh! —gritó Tamira mirándolo con los ojos abiertos. A Rafe le gustó la expresión de asombro y excitación que había en su rostro. Nunca podría imaginarse cuánto hacía que la sangre le ardiera por las venas. No recordaba haber deseado nunca tanto a una mujer. Había algo único en ella que no podía esperar a saborear, por dentro y por fuera.

Él se arrancó la ropa mientras ella lo miraba, y el simple modo en que sus

ojos seguían cada uno de sus movimientos hizo que casi le estallara el cerebro. Era una mezcla de inocencia y tentación y era toda suya para que la devorara todo el tiempo que deseara.

Y Rafe pensaba pasárselo muy bien con su belleza.

No tardó en unirse a ella en la cama y le separó las piernas temblorosas con las manos. Le gustaba el contraste de su piel áspera contra la de ella mientras clavaba los dedos en su carne. Estaba jodidamente suave y blanda al tacto. No quería nada más que entrar hasta lo más profundo de su cuerpo cálido y húmedo.

Y eso fue exactamente lo que hizo. Agarró la base de su miembro grueso y duro y la penetró por completo con una única embestida violenta.

—¿Te gusta, cariño? ¿Te gusta cómo te lleno?

Joder, estaba muy caliente y apretada. Cada una de sus embestidas era dura e incluso tosca, sus cuerpos se encontraban con sonidos de bofetadas que llenaban la habitación.

—Por favor —gimoteó ella—. Eres demasiado grande y estás demasiado duro. —Estaba sacudiendo la cabeza, incluso mientras su cuerpo se arqueaba bajo el de él y sus caderas se alzaban para recibir sus envites.

—Necesitas más —gruñó Rafe contemplando sus pechos oscilantes mientras la penetraba profundamente.

—Yo... por favor... no... —Tamira jadeó y se retorció.

—Dime lo que quieres, Tamira —rugió Rafe.

—Por favor... no pares.

Su cuerpo se movió con más urgencia bajo el de él. Sus paredes húmedas empezaron a contraerse y Rafe soltó una maldición y salió de ella.

Tamira sollozó, pareciendo demolida por haberla dejado vacía y jadeando. Su cuerpo negado temblaba de anhelo.

—Por favor —suplicó, balanceando las caderas con necesidad. Rafe sabía que había estado muy cerca del orgasmo, pero aún tenían mucho tiempo para eso. Tenía muchos, muchos orgasmos por venir por lo que a Rafe respectaba.

Dejó escapar una carcajada brusca, levantándose de la cama para quedar de pie al lado. La agarró del pelo y le arrastró la cara hacia su erección dura y húmeda.

—Tendrás lo que quieres, cariño. Cuando yo tenga lo que quiero.

Ella abrió los ojos asombrada. Rafe tenía suficiente experiencia como para saber que nunca la habían tratado así en la cama. Tendría que enseñarla que había mucho más que el sexo suave al que estaba acostumbrada. Rafe disfrutaba dominando a sus mujeres en la cama, y aunque sus gustos eran un poco más duros, no planeaba llevar a Tamira más allá de sus límites. Mientras ella lo consintiera, la introduciría a su marca especial de BDSM y pasarían un momento juntos que no olvidarían en mucho, mucho tiempo.

La arrastró más cerca y se apretó contra su boca; su erección larga y dura

le atravesó la boca. Ella gimió e intuitivamente balanceó la cabeza, dejando que Rafe usara su boca mientras la sostenía por el pelo y guiaba sus movimientos. Cada vez que ella intentaba usar las manos, él se las apartaba de un golpe hasta que ella aprendió a dejarlas a los lados y utilizar con él sólo los labios y la lengua. Con la otra mano, él tiraba y pellizcaba sus pechos y de vez en cuando los abofeteó con una fuerza controlada. En Rafe todo estaba dictado por el control. Esa era la única forma en que él podía mantener la situación segura y cuerda, asegurándose de que nunca hacía daño a su amante, ya fuera una sumisa con experiencia o una principiante.

Él vio la sorpresa y la lujuria salvaje reflejadas en sus ojos mientras lo miraba fijamente, mientras la erección dentro de su irresistible boca aumentaba. Estaba tan atractiva con sus labios carnosos alrededor de su pene... Podía ver y sentir cómo se atragantaba cada vez que llegaba a la garganta, haciendo que lo tomara cada vez más profundamente. Él apretó los dedos sobre su cabello mientras ella gemía y el sonido vibraba alrededor de su miembro disparándose a través de la parte posterior de su lengua. Sintiendo el pulso amenazante de su orgasmo, Rafe soltó un gruñido feroz y se apartó de sus labios. ¡Joder! Había pasado mucho tiempo desde que casi había perdido el control, y había estado demasiado cerca de llenar esa boca tan sexi con su semen sin previo aviso.

Gruñendo, se inclinó para capturar sus labios en un beso. Sabía que ella

había probado su propio sabor sobre su erección, y ahora él podía degustar los rastros de los sabores de ambos en sus labios. Devoró su boca y deslizó las manos entre sus piernas arrodilladas. Estaba más mojada que nunca, prácticamente goteando sobre sus dedos. Dios, estaba tan jodidamente buena. Su cuerpo respondía tan bien y estaba tan ansioso, tan deliciosamente necesitado, que desataba más su lado dominante.

Retiró los dedos de su vulva antes de abofetear ligeramente la parte interna de su muslo e indicarle que se girara. «Buena chica», pensó Rafe cuando ella no perdió tiempo en obedecer. Ella era natural. Sería la sumisa perfecta para él si pudiera llegar a entrenarla. Pero no iba a dar por hecho que quisiera convertirlo en una elección de vida solo porque ella estuviera disfrutando de ese tipo de cosas en ese momento.

Y por ese motivo había planeado aprovechar al máximo esos momentos con ella, sabiendo que, al igual que todos sus otros encuentros pasajeros, podría no repetirse una vez separaran sus caminos.

Rafe no iba a pensar en ello, especialmente cuando, por alguna extraña razón, sentía pesar al imaginarse no volver a ver a Tamira después de eso. ¿Y si quería más que una breve aventura con ella?

Llamándose loco, se centró en el presente y en la exquisita imagen de Tamira a cuatro patas con el culo en el aire mientras él le empujaba la espalda y agarraba sus caderas para colocarla en la posición que quería.

Podía ver su preciosa vagina rasurada entre ese voluptuoso culo. Lentamente pero con firmeza, empezó a jugar con su sexo con los dedos, sintiendo que su erección se endurecía aún más cuando ella se echó hacia atrás contra su mano. Al momento siguiente, sacó los dedos y le dio una bofetada en el culo con fuerza.

Ella gritó e hizo como que protestaba mirándolo por encima del hombro, pero Rafe fue más rápido. Agarrándola del pelo, le apretó la mejilla contra la almohada.

—Mantén la cabeza baja y quédate completamente quieta. Soy yo el que está a cargo de tu placer, no tú. Así que no te atrevas a mover el cuerpo a menos que te lo diga, o te golpearé otra vez. Y la próxima vez será más fuerte.

Su respuesta fue un simple gemido medio amortiguado por la almohada. Satisfecho de que fuera lo bastante obediente como para quedarse quieta, tal y como le había indicado, continuó provocando a su cuerpo. La rodeó con un brazo para llegar a sus pechos oscilantes y exuberantes y acarició uno con avidez, jugando con el apretado pezón. Inclinandose sobre ella, le gimió al lado del cuello, con la punta de su erección frotándose entre sus nalgas. Él era grande y duro como una roca, mientras que la piel de ella era suave y sedosa. Notaba que temblaba bajo su cuerpo, pero por lo demás, no se movía.

—Abre más las piernas, preciosa —le dijo al oído en tono áspero.

Ella gimió en voz baja, separando ligeramente las piernas para dejarle entrar, tal y como quería, y él se deslizó en su interior sin esfuerzo.

—Ooooh —dijo Tamira, medio suspirando, medio jadeando.

Rafe sabía que tardaría un rato en acostumbrarse a su tamaño, pero por otra parte, tenía pensado tomarla las veces suficientes para que se encontrara cómoda con su longitud y su diámetro. Llevado al límite por ese pensamiento, Rafe la embistió una y otra vez de forma metódica y enérgica. Le retiró el pelo del cuello y le dio sensuales besos, mientras que, por el contrario, sus potentes embestidas la abrían cada vez más y hacían que gritara extasiada.

La mano que tenía sobre su pecho había bajado hasta el vientre para sujetarla mientras se abría paso en su interior lo más profundamente que podía. Le mordisqueaba el cuello y le frotaba el clítoris a la vez que la tomaba más rápido y más hondo. Deslizarse dentro y fuera de su sexo caliente y húmedo era una sensación increíble que quería notar el máximo tiempo posible. Pero ya habían llegado al límite. Rafe estaba demasiado cerca y ella también, teniendo en cuenta que sus paredes se estaban estrechando alrededor de su miembro mientras ella goteaba y temblaba bajo su cuerpo.

—Mueve ese culo sexi contra mí, preciosa —la ordenó con aspereza en su oído—. Voy a hacer que te corras a lo bestia.

Ella sollozó y como si tuviera puesto el piloto automático, empezó a girar

sus caderas y su trasero para recibir sus embestidas. Joder, sí. Rafe se acompasó a su ritmo, deslizándose dentro y fuera de ella a un paso que lo dejaba aturdido. Le daba golpecitos y le frotaba el clítoris por turnos, y la estimulación combinada de eso y de su erección masajeándola muy dentro para llegar a su punto G la hicieron enloquecer. Gruñendo con aspereza y lanzando maldiciones, Rafe no estaba muy lejos.

Cuando ambos llegaban al orgasmo, agarró sus dos pechos generosos y los apretó mientras se corrían a la vez.

Habiendo terminado la primera fase de lujuria salvaje y desenfrenada, Rafe planeaba mostrarla que él no era de los que tomaban lo que querían y hacían que todo girara en torno a ellos. Sonriendo para sí, se retiró de su vagina y le besó la espalda mientras ella se dejaba caer en la almohada. Iba a tener que darle una buena comida porque sin duda iba a necesitar la energía para más tarde. O para dentro de poco, porque él ya estaba sintiendo que se excitaba al mirarle el culo mientras ella permanecía tumbada boca abajo, temblando sobre las sábanas. Joder, le encantaba su culo. Tenía planes para ese culo que requerían su tira y su fusta de cuero. Y también tenía ese látigo de nueve colas que aún tenía que estrenar. Ay, el tiempo con la preciosa Tamira ofrecía muchas posibilidades, y siempre era emocionante probar sus pequeños vicios con las principiantes...

Capítulo ocho

Habría sido una pesadilla, o como mínimo una situación incómoda, encontrarse con Rafe Cavendish y saber que era el Raphael del fin de semana.

El amante que había mostrado a Tamira cosas de su cuerpo y de su mente que nunca habría esperado. Había sido tan dominante y duro... y al mismo tiempo le había mostrado su lado tierno y apasionado. Incluso teniéndola atada, tumbada sobre su espalda como si fuera una estrella de mar, con las muñecas y los tobillos amarrados a las esquinas de la cama, había hecho que se sintiera segura. Había besado y acariciado su cuerpo desde la cabeza hasta los pies. Sus labios habían jugado y dado placer a su piel, los dientes le habían mordido los hombros con suavidad, y después los pechos e incluso el vientre. Después, había hundido la cara en la cima de sus muslos y la había devorado hasta que ella gritó y se corrió mientras él lamía sus fluidos.

Todo ese tiempo, había sido incapaz de hacer nada excepto aceptarlo; con el cuerpo destrozado arqueándose mientras tiraba de las esposas. Nunca se había sentido más indefensa y al mismo tiempo tan viva y elevada, hasta que sintió como si casi pudiera flotar hasta el techo.

Nunca había sabido que la lengua de un hombre ahí pudiera darle tanta satisfacción. Se había tomado su tiempo, lamiendo, succionando y agarrando sus labios hinchados y húmedos. Tener su boca en su sexo había sido el momento más erótico de su vida, y ver cuánto disfrutaba de su sabor había

añadido más excitación y placer.

Pero el sexo con él le había mostrado mucho más que eso. También había disciplina e incluso dolor, pero nunca más del que podía soportar. Sin duda, Tamira se había sorprendido a sí misma con las cosas a las que había accedido. Cuando la había inclinado sobre el respaldo del sofá y había usado varios instrumentos de cuero en su culo, se había quedado deslumbrada al ver cuánto le gustaba experimentar el placer sexual de esa forma.

Su piel había palpitado y sus terminaciones nerviosas se habían estremecido en una extraña combinación de dolor y éxtasis, y había sido como si un nivel completamente nuevo de percepción se abriera en su subconsciente.

Por primera vez en su vida, había sentido el restallido de un látigo en su trasero. Había tenido un impacto distinto a cuando había usado la mano, la fusta o el cinturón con ella. El látigo tenía nueve cuerdas con nudos y estaba forrado con tachuelas y terciopelo. Todo el tema tabú de que su amante la azotara con una herramienta así hacía que los fluidos le llegaran hasta las rodillas. La azotó durante uno o dos minutos. No llevó la cuenta realmente.

Tamira se dio cuenta de que tal vez había aceptado todo eso al saber que no volvería a verlo. Qué equivocada y estúpida había sido. A veces no se puede escapar a los hechos del pasado. Y hoy era una prueba flagrante de que el pasado podía volver y morderte el culo. Y hablando de culos, la mente de

Tamira volvió de inmediato a seguir recordando el momento del sofá...

Cuando se detuvo y tiró el látigo a un lado, se inclinó sobre ella y le mordió el cuello, susurrándole al oído, preguntándole si le había gustado que le azotara el culo con el látigo.

Tamira había deseado con todas sus fuerzas correrse en ese momento.

—Me ha... gustado.

—Eso es —dijo él en ese tono perfectamente seductor. A ella le encantaba—. Sé algo que te gustará aún más —dijo con voz áspera.

Se estaba acariciando el pene y se puso directamente detrás de ella. Su mano libre se deslizó entre sus piernas y metió un dedo en su interior. Tamira estaba gimiendo, sintiendo cómo metía otro dedo más en ella. Sus músculos empezaron a convulsionar por la excitación.

—Ahora dime, Tamira, cuánto lo deseas.

Frotó con suavidad la cabeza de su miembro por su ranura resbaladiza, húmeda y sobreexcitada. Ella se estremeció una y otra vez. Él deslizó solo la cabeza y jugó así unos momentos, y Tamira intentó engullirlo con rapidez, pero él salió del todo y chascó la lengua con desaprobación.

Él le azotó el culo con fuerza con su mano grande y fuerte, y ella gritó. Demasiado necesitaba, decidió soltarlo:

—Por favor, ¡no lo aguanto más! Te necesito muy dentro de mí.

—Buena chica.

Volviendo a colocarse detrás de ella, le sujetó las caderas con determinación. Metió solo el primer centímetro en su abertura empapada y se movió hacia adentro y hacia afuera. Cuando sintió que se contraía, entró hasta el fondo de manera violenta y desafiante. Tamira se corrió al instante, gritando su nombre. Cuando dejó de temblar, él empezó a moverse hacia adelante y hacia atrás con un ritmo fuerte. Entonces la sorprendió cuando tomó parte de sus fluidos de su vagina y dibujó varios círculos alrededor de su ano. Una parte de su mente quiso negarse, pero descubrió que no podía. Algo en su interior hacía que no quisiera disgustarle, y al mismo tiempo sentía curiosidad y estaba emocionada por ver hasta dónde llegaría.

Continuó lubricando su ano con su humedad resbaladiza, frotando a su alrededor. Notó unas sensaciones extrañas en su interior, hacienda que su mente quedara en blanco ante cualquier cosa que no fuera la forma en que lo sentía dentro de su vagina, embistiendo continuamente mientras al mismo tiempo jugaba con su otra entrada prohibida. Entonces, por arte de magia, deslizó un dedo en su ano.

Tamira soltó un grito ahogado y se quedó paralizada. Poco a poco, metió el dedo hasta el fondo. Él les dio a sus músculos la oportunidad de acostumbrarse a la idea, y finalmente se relajaron y comenzó a penetrarla siguiendo el ritmo de sus embestidas en la vagina. Tamira gemía, casi indefensa ante él, inclinada hacia adelante sobre el sofá. Nunca antes había

tenido nada en el culo, y le encantaba la sensación de tener su dedo introduciéndose en su interior. La doble penetración suponía más intensidad de la que podía soportar al mismo tiempo. Su propio orgasmo la tomó por sorpresa, y la impactó con tal fuerza que casi hizo que se desmayara. Esa debía de ser la décima vez que se corría ese día, y apenas había pasado la hora de la comida. Ni siquiera sabía cómo podía correrse tantas veces en un periodo de tiempo tan corto. ¿La estaba convirtiendo en una fanática?

Continuó embistiéndola, y ella supo que después le dolería. Pero joder, le gustaba tanto. Su cuerpo había llegado a ansiar que lo tomaran de esa forma, descuidada y peligrosamente. Se dio cuenta de que la había aburrido que sus dos antiguos amantes la trataran como si se pudiera romper. Tamira se alegraba de haber encontrado un hombre que sabía cómo necesitaba que la trataran a veces. Él chocaba contra su castigado trasero, metiendo el dedo muy dentro de su ano mientras penetraba con su grueso miembro su dolorida vagina de forma rítmica.

Brevemente, se lo imaginó sustituyendo ese dedo de su ano con su enorme erección, casi rompiendo su culo virgen y de repente se quedó en blanco. Temblando de forma salvaje, se corrió una y otra vez. De forma distante, oyó su rugido gutural cuando él también se corrió en una sucesión de fuertes embestidas, y después se derrumbó contra su cuerpo flácido. Durante mucho tiempo después de eso, ninguno de los dos pudo moverse ni

hablar.

Tamira tuvo que parpadear varias veces para volver a traer su mente al presente. Madre mía. ¿Cómo podía haber olvidado ni siquiera por un momento esos instantes prohibidos con su perverso amante? Había vuelto al mundo real y había retomado sus tareas normales, pero una parte de ella había hervido a fuego lento y constante, y ver a Raphael —Rafe— de nuevo hizo que todos los recuerdos volvieran a salir de golpe a la superficie.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó él con voz suave y la ceja arqueada como si estuviera desafiándola.

Tamira pudo ver que estaba dejándolo todo a su elección, y supo que era decisión suya.

—Procederemos con la reunión, por supuesto —dijo alegremente. Hizo un gesto de asentimiento a Nisha, que seguía revoloteando por allí, e informó a su asistente de que no la necesitaría por el momento. Si surgía cualquier cosa, Tamira la haría llamar.

Ya sola con Rafe Cavendish, Tamira le ofreció un asiento en la mesa de conferencias y ella se sentó en el extremo opuesto. Una lástima que no estuvieran en la sala grande con la mesa grande, pensó. Necesitaba mucha más distancia entre ella y el hombre que estaba contemplándola con una enigmática sonrisa, como si supiera qué le estaba pasando por la mente.

—Relájate, Tamira. Cualquier cosa que haya pasado antes de este

momento es un capítulo cerrado —dijo, haciendo que ella levantara la vista hacia él rápidamente—. No tiene nada que ver con el presente y no debería tener que ser así. Estoy seguro de que los dos somos profesionales y no dejaremos que una cosa sobre la que no tenemos ningún control afecte al prometedor proyecto entre nuestras empresas.

—Ah. Bueno, tienes razón, claro.

Él sonrió de repente, y sin querer Tamira sintió una ola de calidez en su interior. Recordó con nitidez el último momento en que lo había visto, solo unas horas antes, cuando se había apartado de su lado mientras él dormía en su enorme cama. Se había sentido un poco preocupada de que no fuera capaz de marcharse si él estaba despierto.

Y ahora allí estaban, cara a cara de nuevo. No podía hablar en serio cuando decía que tenían que centrarse en el presente, no cuando su breve encuentro con él parecía estar grabado en las células de su cerebro y, definitivamente, también en su entrepierna, que aún palpitaba en cierto modo. *De ninguna manera* se plantearía aceptar el proyecto Cavendish ahora. No importaba lo tentador que fuera el beneficio económico, ni lo fascinante que fuera el reto, ni el prestigio que le aportaría a su reputación en la industria: tendría que rechazarlo.

Durante la siguiente hora, Rafe Cavendish expuso las mejores ideas, que hicieron despertar su imaginación con la estimulante forma en que

funcionaba su mente, y ella se imaginó trabajando con él y formando el equipo perfecto. Pero no podía superar el hecho de que habían realizado el acto más íntimo y prohibido cuando ella había estado convencida de que él era solo un desconocido.

—Me juego mucho en este proyecto —dijo finalmente—. Como director, la atención está puesta en mí para que demuestre que puedo conseguir resultados y que no me he ganado mi puesto solo por ser el heredero y el nieto del fundador.

Tamira se levantó de golpe y comenzó a caminar de un lado a otro con una inquietud mal disimulada.

—Entiendo lo que dices: hay demasiado en juego. Más razón aún para pensarnos bien el hecho de crear cualquier tipo de acuerdo comercial, no después de...

—De verdad que en ese aspecto no veo ningún problema —dijo Rafe tranquilamente mientras se ponía de pie con agilidad y rodeaba la mesa hasta quedarse a pocos metros de ella—. Eres una profesional, no eres del tipo de persona que se altera por algo que ocurrió antes de que supiéramos siquiera que íbamos a trabajar juntos.

—¿Por qué me dijiste que tu nombre era Raphael? —soltó ella de repente.

Rafe se encogió de hombros.

—Es mi nombre completo, aunque normalmente no lo uso. Para mantener

mi anonimato, a veces lo uso, ya que así sería difícil relacionarme con mi verdadero yo: un heredero y director multimillonario. Como todo el mundo, valoro mi privacidad y la protejo siempre que puedo. No tenía ninguna intención oculta.

—Y cuando yo te dije que me llamaba Tamira, ¿no se te ocurrió que podía ser la misma Tamira Fontaine con la que se supone que tenías que reunirte esa misma noche junto con tu equipo de Cavendish?

—No relacioné ambas cosas, sinceramente. Tenía en la cabeza el nombre de Sra. Fontaine como la diseñadora que mi equipo quería que consiguiera para el proyecto, pero no hasta el punto de establecer una conexión.

Enfadada, Tamira se alejó de él. Sonaba demasiado razonable y eso no le gustaba. Quería seguir enfadada con él por un millón de razones, pero cada vez le parecía más difícil. Tenía la cabeza hecha un lío cuando sintió que un brazo fuerte le rodeaba la cintura y la apretaba estrechamente contra un pecho duro y trajeado. Rafe bajó los dedos por su brazo e incluso bajo la tela de la manga, la piel se le puso de gallina.

Los labios de él le rozaron el cuello mientras la besaba suavemente con la boca abierta. Tamira no podía creer que estuviera haciendo eso allí y en ese momento. Cerró los ojos con fuerza y arqueó el cuello hacia un lado mientras Rafe continuaba besándole la clavícula y succionaba su piel con dulzura. Como respuesta, de sus labios escapó un grito ahogado.

Esos labios sedosos recorrieron el camino hasta el lóbulo de su oreja, que tomó con suavidad entre sus dientes. Tamira no pudo seguir aguantando y dejó escapar un leve gemido.

—Me vuelve loco ver cómo responde tu cuerpo al mío. Todo me parece tan nuevo contigo... —dijo él con la voz espesa.

La mano que tenía en su cintura pasó hacia adelante y quedó en su cálida entrepierna a través del ligero material de su vestido. Era casi como si ella pudiera sentir su contacto directo contra su sexo desnudo, hasta ese punto había afectado ese hombre a sus sentidos. Su cuerpo ya no era suyo, había perdido el control. Estaba sucumbiendo a él de la forma más intensa posible. Tan intenso como el modo en que el deseo de él le rozaba la espalda.

La tortura de él en las terminaciones nerviosas de ella continuó; sus dientes le mordían la oreja mientras le susurraba con voz áspera:

—Eres tan jodidamente atractiva, Tamira... Las cosas que me están pasando por la mente ahora mismo... Bueno, desde el momento en que entré por la puerta y te vi. No veo alternativa, cariño. Es muy sencillo, piénsalo. ¿Adivinas qué es?

Tamira arqueó la espalda ligeramente y se mordió con fuerza los labios para amortiguar el gemido que amenazaba con escapar. Esa voz. Joder, no. Si seguía prestándole atención, no habría forma de decir lo que había decidido. Si quería ponerla encima de la mesa de conferencias con las piernas abiertas,

arrancarle las bragas y penetrarla con la misma fuerza y rapidez que recordaba, probablemente no tendría la voluntad suficiente para negarse.

Tamira se giró con los ojos abiertos y posó la vista en su mirada resplandeciente. Sus ojos eran intensos; su deseo, evidente mientras la miraba fijamente. Ella captó una ligera sonrisa de superioridad que bailaba en sus labios esculpidos y se le sonrojaron las mejillas al mirarlo. Oh, él sabía muy bien el efecto que tenía en ella. A pesar de lo enfadada que estaba con él, no podía dejar de mirar esa boca y de pensar en todas las cosas que podía hacerle a cada centímetro de su cuerpo.

Tamira cerró los ojos y sintió como si pudiera evaporarse al momento. Apoyando las manos sobre su pecho, intentó apartarlo para poder escapar de la sala, que ahora le resultaba sofocante. Pero era como una roca sólida, inamovible. En cambio, la atrajo más hacia sí, el cuerpo de ella se sonrojó contra el suyo cuando él cerró un brazo a su alrededor como si fuera una barra de acero.

—Abre los ojos, Tamira —dijo con suavidad.

Tamira sentía que el corazón le golpeaba en el pecho. Él le agarró la barbilla con el pulgar y el índice y le giró la cara hacia él, pero ella no le complació y mantuvo los ojos cerrados con fuerza. Ella podía sentir cómo su aliento le rozaba la cara, cálido y con un frescor mentolado. No iba a intentar besarla, ¿verdad? No cuando podía entrar cualquiera. Tamira se podía

imaginar la cara de Nisha si entrara y presenciara eso.

Incluso ahora estaba demasiado cerca para que estuviera cómoda. Hacía que se sintiera pegajosa y destemplada por el mero hecho de estar tan pegada a él.

—Bueno, está bien. Escúchame —dijo él, con una leve carcajada retumbando brevemente en su voz antes de acercar su mejilla a la de ella. Después, susurró—: No hay nada de malo en que hagamos las dos cosas. Podemos trabajar y jugar. Mantendremos una relación profesional durante el día y por la noche seguiremos con nuestra diversión y nuestros juegos. No hace falta que nadie lo sepa. Y cuando el proyecto termine, podemos volver a analizar la situación. ¿De acuerdo?

Con los ojos aún cerrados, Tamira no pudo evitar imaginárselo en su cabeza. Bueno... tenía que admitir que era una perspectiva muy, muy tentadora. Realmente no quería perder la oportunidad de encargarse de la marca Cavendish. Quedaría bien en su portafolio, de eso no había duda. Y si era sincera, ahora que se habían vuelto a encontrar, no le alegraba pensar en que esa fuera la última vez que veía a Rafe.

No era posible que estuviera enamorándose de él, ¿verdad?

El mero hecho de pensarlo hizo que abriera los ojos alarmada. ¿Quién se enamoraba tan tontamente hoy en día? ¿Después de conocerlo apenas tres días? Tamira se sacudió mentalmente. No era posible. Era algo solo físico. Y

lo demostraría. Aceptaría el proyecto, disfrutaría de una pasión sin ataduras después del trabajo y se lo pasaría muy bien. Sin romances ni expectativas. De todas formas, no funcionaría. Rafe Cavendish y los hombres de su tipo posiblemente ya tendrían el compromiso con sus futuras esposas acordado de antemano desde que eran niños. Al fin y al cabo, era el heredero de tercera generación de una fortuna multimillonaria.

Ella procedía de unos orígenes mucho menos resplandecientes. Tamira no se sentía avergonzada de sus raíces, ni mucho menos, pero era lo bastante realista como para saber que eso era, sin duda alguna, una división. Así que le parecía bien acordar algo informal que los beneficiara a ambos.

—¿Lo has decidido ya o te gustaría tomarte más tiempo para pensar en ello? —Rafe interrumpió sus pensamientos y Tamira clavó la mirada en su rostro perfectamente esculpido. Esos ojos color avellana con tupidas pestañas tenían una naturaleza sugerente que hacía que se disipara hasta la última de sus dudas. Tomando un respiro entrecortado y con la esperanza de no arrepentirse en el futuro, Tamira finalmente le dio su respuesta a Rafe Cavendish...

Capítulo nueve

Apenas habían puesto el contrato en marcha y Rafe ya estaba dando sorpresas. Como agradecimiento a Tamira por aceptar el trato, ofreció llevarla un destacado evento de arte esa noche.

Tamira no estaba segura de lo que significaría porque aún no tenía claro si los límites entre lo personal y lo profesional estaban definidos. Como si pudiera leerle el pensamiento, Rafe le dijo que lo considerara parte de sus obligaciones profesionales.

—Ahora somos algo así como un equipo. Mucha gente de la industria estará allí y tomarán nota cuando se den cuenta de que tengo el mejor nombre en mi equipo.

Tamira se sonrojó al pensar que Rafe la tenía en alta estima. Cuando pensó en la historia de la identidad equivocada y en el problema de comunicación que había habido, supo que tenía que tener más cuidado en el futuro y hacer siempre las cosas con los ojos bien abiertos. Nada de que la pillaran desprevenida porque se estaba ahorrando detalles. Si Rafe quería que se supiera que Tamira estaba conectada a su proyecto, ella estaría totalmente de acuerdo. Causar revuelo siempre era parte del proceso creativo.

Ella no se imaginaba que el revuelo sería en su mayor parte negativo. O al menos bajo su punto de vista. ¿Quién iba a pensar que otros entenderían las cosas tan mal?

En el evento de arte tanto Rafe como Tamira conocían a mucha gente. Era como una plantilla para sus líneas de negocio, teniendo en cuenta que la exhibición era sobre materialismo en el arte moderno. Parecía que las cosas se iban a poner raras cuando vieron a Tamira y Rafe llegar juntos.

Por lo que ella sabía, ambos estaban orgullosos individualmente de sus carreras profesionales, y tenían su orgullo y su ego. Ahora varias personas les estaban parando para acribillarles a preguntas. Por ejemplo, que la gente diera por hecho que Rafe estaba con Tamira para salvar su colección de *athleisure* desesperadamente (¡cierto!) molestó mucho a Rafe. Él quería creer que podía hacerlo solo y pensaba en Tamira como una garantía extra para que funcionara. Y además de eso, su equipo de asistencia había sido firme sobre la necesidad de tener a alguien con una perspectiva como la de ella involucrado en el proyecto.

Otros pensaban que Tamira estaba con Rafe para intentar atraerlo sexualmente para hacerse con su negocio (¡mentira!). Eso molestaba a Tamira infinitamente. No se esforzaba tanto en llegar tan lejos para que la gente especulara con que lo conseguía con su cuerpo. Podía haber entrado cogida del brazo de Rafe y podía imaginar la imagen que daban, los dos solteros y atractivos, de forma individual y como pareja. Pero no era asunto suyo teorizar sobre lo que tenía o no tenía que ver con el proyecto en sí.

Por suerte, otros los conocían a los dos y los elogiaban por haberse

encontrado, además de pensar que seguramente hacían muy buenas migas (¡y así era!).

Las malas lenguas siempre hablarían sobre si tenían alguna relación de puertas adentro. Tamira se dio cuenta de eso y se lo tomó con calma. Sabiendo lo que sabía sobre la naturaleza humana y después de años escalando posiciones para ganarse el reconocimiento del que disfrutaba ahora, no iba a dejar que ese pequeño inconveniente la preocupara. Su mejor respuesta sería conseguir que el proyecto fuera un éxito tremendo. Aunque ahora no estaba tan segura de seguir manteniendo una relación sexual con Rafe mientras estaba ocupada con el proyecto.

La posibilidad de que nublara su juicio le pesaba demasiado para seguir tratándolo con tanta naturalidad como antes. ¿Y si los pillaban? Alguien lo descubriría si no eran discretos o si tenían algún tipo de desliz. Y cuando estuviera en boca de todos, estaría prácticamente confirmado sin importar si eran conjeturas.

Tamira no dudaba de que después de cómo fuera la noche, Rafe pondría las cosas en perspectiva. Tenía que ver las cosas de la misma forma que ella. ¿No? Porque el proyecto era de máxima importancia, así que no podían arriesgarse a que nada lo pusiera en peligro. No importaba lo salvaje que fuera el sexo, no merecía la pena.

Así que el hecho de que Tamira acabara aceptando ir a su piso y

acostándose con él se escapaba a la comprensión humana. Lo que sí sabía es que estaban en el coche de él después del evento y había tensión en el aire. La noche no había ido como habían planeado, pero habían conseguido llegar al cierre guardando las apariencias y sin mostrar reacciones a las especulaciones que llegaban a sus oídos o a su conocimiento. Eran las opiniones de otras personas. Seguramente los rumores se expandían entre sus rivales, desde cualquier extremo del espectro de la industria. Tamira tenía su ración de rumores, y Rafe también.

El evento empezó a parecer una gran broma e incluso ellos se reían, sobre todo cuando sacaban a colación un personaje u otro que habían asistido al evento y que les habían resultado desternillantes. La mayoría de esos intolerantes prepotentes eran anónimos, sin influencia en lo que era importante en la misma industria a la que intentaban menospreciar con sus «puntos de vista».

—Deberías haberles visto la cara cuando hemos entrado —dijo Tamira de forma burlona—. ¿Y de verdad tenías que sacarme a bailar? Parecía que nos estaban apuntando con un foco.

—La música estaba para bailar —dijo Rafe encogiendo los hombros, apartando la vista de la carretera para dedicarle una sonrisa a Tamira—. No puedo llevar a una mujer preciosa del brazo y no darle al menos una vuelta en la pista de baile. He disfrutado teniéndola en mis brazos, Sra. Fontaine.

Él la volvió a mirar y la sonrisa de Tamira se desvaneció lentamente. A ella también le había gustado, y mientras bailaban casi había olvidado las miradas que los contemplaban y las bocas que rumoreaban.

Su acompañante estaba deslumbrante con su traje y su corbata de Armani. Ningún otro hombre en la sala le llegaba a la suela de los zapatos. Y la forma en la que la miraba la hacía sentir como una obra de arte en sí misma mientras que no le había dedicado ni una mirada a ninguna de las otras bellezas que había en la sala.

Más de una había intentado atraer su atención. Un joven y guapo director y heredero multimillonario no podía pasar desapercibido en un evento de tanto calado repleto de miembros de la alta sociedad y debutantes. Pero, para su disgusto, él parecía centrado en su pareja, cuya belleza podía ver cualquiera, que lo agarraba con gracia, estilo y seguridad. Su atuendo destacaba sus curvas, y su sencilla elegancia atrajo aún más atención a sus agraciados atributos de una forma que las mujeres arregladas de forma más artificial, con enormes joyas y vestidos de alta costura, no podían lograr.

Incluso con las corrientes turbulentas que habían ensombrecido la salida, Tamira no se arrepentía de estar con Rafe. No había forma de decir por cuánto tiempo esa atracción la mantendría fascinada. Todo llegaría a una conclusión de forma natural cuando terminara el proyecto. No, no había un «quizá», se dijo Tamira a sí misma. Quería ser realista y no podía ver

ninguna razón para seguir juntos cuando los negocios terminaran y siguieran su curso.

Tamira apartó los ojos de la ardiente mirada de Rafe y miró por la ventana en la dirección en la que iban.

—Por aquí no se va a mi casa.

—No —dijo él. Él la miró y ella sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo—. Estamos a tiempo de dar la vuelta si quieres.

Tamira no podía creer a ese hombre. Estaba agitada por dentro por todo lo que había pasado desde que se habían visto esa misma mañana. Las circunstancias seguían haciéndoles construir una conexión que no eran capaces de deshacer. Ella seguía cambiando de parecer y sintiéndose indecisa sobre lo que realmente quería, y ahora se había dado cuenta de que a veces estaba bien dejar que otra persona se hiciera cargo de las cosas.

En vez de responder, ella apartó la vista y mantuvo la mirada al frente intentando calmar su respiración. Rafe también se quedó en silencio mientras conducía el deportivo con precisión y tranquilidad. Teniendo en cuenta lo que acababa de aceptar de forma tácita, Tamira estaba sorprendida por la tranquilidad con la que estaba viviendo la situación. ¡Debería estar como loca! El sexo no era un juego para ella, y no era normal que aceptara tener encuentros aleatorios, pero lo estaba haciendo. Con un hombre y un objetivo en mente: que tomara su cuerpo, que la usara y la castigara por su placer y

mucho más. El placer sería recíproco, eso era seguro, pero tampoco había dudas sobre quién tendría el control.

Tamira siempre se había enorgullecido de ser juiciosa, tal vez un poco convencional, pero cada vez que Rafe estaba cerca, traspasaba las normas del decoro y se convertía en una Tamira diferente. Una a la que le gustaban la servidumbre, la disciplina, y otras prácticas pervertidas que antes consideraba que no eran su estilo. Cuán equivocada había estado, y qué contenta estaba de haber encontrado a alguien como Rafe que entendiera lo que necesitaba.

¿Y si había más?

Aclarándose suavemente la garganta, se giró en su asiento para mirar a Rafe. Resultaba emocionante contemplar ese perfil aristocrático con sus líneas hermosamente definidas, y Tamira no pudo evitar admirar al espécimen que tenía como amante. Sin duda, él sintió su atención y dibujó una sonrisa engreída. Menudo era.

—¿Quieres preguntarme algo?

—En realidad, sí. —Tamira tragó saliva ligeramente e intentó no moverse con nerviosismo en el asiento—. El tiempo que pasamos juntos... Las cosas que hicimos, o sea, el juego de roles y todas las «escenas», como me dijiste que se llamaban, ya sabes, cuando me ataste, o el juego de impacto y el sexo duro.

Ella se detuvo y captó su leve sonrisa.

—¿Te interesa saber más?

Tamira era reacia de repente, pero también estaba emocionada. Se mordió el labio inferior.

—Tendremos que hablar de ello largo y tendido al principio, claro, pero sí, creo que me interesa. ¿Me enseñarás?

—Sí, Tamira. Te enseñaré todo lo que quieras saber. De hecho, estoy muy por delante de ti en este tema —dijo, haciendo que Tamira levantara las cejas. Él añadió—: Estamos yendo a uno de mis lugares privados en la ciudad. Acabo de acondicionar el lugar, así que esta es la primera vez que podré probar todo el conjunto de habitaciones y accesorios. Lo he diseñado todo yo mismo, tengo ganas de saber qué opinas del montaje.

Tamira soltó un grito ahogado indignada cuando su mente no tardó en entender lo que estaba diciendo.

—No me puedo creer que me estés llevando a tu... ¡tu guarida del sexo!

Su respiración se volvió rápida y pesada. ¡Era realmente despreciable! ¿Por qué la había tomado? ¿Y por qué a ella le estaba excitando todo esto?

—Tú misma has dicho que querías aprender más. Una estudiante necesita la atmósfera y las instalaciones adecuadas.

Él le lanzó una mirada, con esa sensual boca torciéndose sospechosamente. ¡Tamira podría haberle abofeteado si se hubiera atrevido a reírse!

—Relájate, Tamira. No es una mazmorra extrema donde planeo realizar todo tipo de perversiones a las mujeres. Al principio solo lo diseñé por diversión y disfruté viendo cómo tomaban forma mis ideas. Como te he dicho, acaban de terminarlo, y lo primero que pensé fue en que tú estuvieras allí conmigo. —Extendió la mano para coger la suya, y se la llevó a los labios para besarla.

Agh, era un encantador. Tamira apartó la mano bruscamente y vio la sonrisa de él.

—Piensa en ello simplemente como en una forma de crear ambiente. A veces hace falta el entorno perfecto para hacer bien las cosas. Si resulta que no te sientes cómoda en absoluto con nada, te prometo que nos iremos de inmediato.

Tamira se volvió a acomodar en su asiento, un poco pensativa. Bueno, ella lo había pedido. ¿Qué eran unas horas de servidumbre y juegos sexuales? Ambos eran adultos, después de todo. Y confiaba en Rafe. En cierto modo, se sentía apaciguada por que él también confiara en ella. No era tan tonta como para pensar que haría esto con cualquier persona. Al menos ella sería la primera en probar su pequeño escondrijo. ¿No era ya hora de que empezara a vivir al máximo, explorando su lado sexual y descubriendo qué le gustaba y qué no?

La tranquilizaba saber que Rafe tenía paciencia para hablarlo con ella

primero, para que ella supiera en qué se estaba metiendo. De repente, la vida estaba tomando una perspectiva completamente nueva. Tamira no se hacía ilusiones de que eso significara algo más profundo de lo que era. Ninguno de los dos estaba buscando un romance ni ningún compromiso real.

Aun así, Tamira tomó nota para asegurarse de que Rafe entendiera que, mientras estuvieran juntos, ambos lo harían de forma exclusiva. Tras las primeras veces, no habían utilizado condón: habían hablado de ello y Tamira se alegraba de que hubieran aclarado temas como que ambos estaban limpios y que Tamira tomaba la píldora, principalmente para regular el periodo. Se habían asegurado de evitar ser imprudentes de nuevo, y ella se alegraba de que se hubieran atendido a ello desde entonces.

De esa forma, Tamira podía centrarse de verdad en experimentarlo todo. Le alegraba que fuera Rafe y no otra persona. ¿Acaso la vida no iba de crear recuerdos, seguir al corazón y aprovechar las oportunidades? Tamira se prometió que no volvería a dejar que nada le hiciera dudar de sus decisiones. Cometería sus propios errores, formaría su propio camino y se lo tomaría simplemente como un viaje bien planteado. Ahora se moría de ganas por saber qué la aguardaba, no solo esa noche, sino incluso más allá.

Capítulo diez

Una habitación fresca y oscura.

Ahora la miraban unos ojos castaños con manchas doradas que reflejaban su deseo. Los rasgos de Rafe eran feroces, con la mandíbula apretada y las líneas bien marcadas. *Necesidad*. Una gran necesidad salvaje y evidente en la cara. Tamira no podía imaginar una vista más agradable.

Él parecía una persona completamente diferente. O quizá era por el ángulo desde el que ella lo estaba mirando, arrodillada. Él estaba enfrente de ella sosteniéndole la mirada cuando se desabrochó los pantalones. Tenía la camisa negra desabrochada a la altura del cuello y las mangas subidas hasta sus fuertes antebrazos. La corbata negra envolvía las muñecas de Tamira, que estaban atadas a su espalda. Su mirada intensa le hacía imposible apartar la vista de él mientras se liberaba el miembro por la bragueta. Decir que su erección era impresionante era quedarse corto. Simplemente mirarlo agarrarse la base del miembro en un puño hizo a Tamira pensar en todas las veces que lo había tenido en su boca o en su sexo. Era asombroso que consiguiera hacerlo.

Su mirada volvió a posarse en la de él, mostrando su impaciencia que le dejaba seca la garganta, su deseo. Él vio cómo las emociones aparecían en su cara mientras él movía su grueso miembro con una mano lentamente. Estiró la otra mano para dibujar la línea de su mandíbula con los nudillos.

—En ti todo es afrodisíaco —dijo con voz áspera—. Eres tan cautivadora...

Pasó el pulgar por los labios de ella antes de metérselo en la boca. Tamira succionó el dedo manteniendo el contacto visual con su amante dominante. Con un gemido, él retiró el pulgar y enredó los dedos en su pelo, atrayéndola hacia su gruesa erección.

—Métetela en la boca, Tamira.

Tamira sintió un golpe de timidez, pero no se podía imaginar parar ahora. Con cuidado sacó la lengua hacia su precioso miembro con las venas marcadas, con un tono color marfil, que emanaba un aroma limpio y terrenal que hacía que el interior de sus muslos se rasgara. Proyectó un arco y retrocedió cuando ella se acercó al lugar en que se unían la bolsa y el pene y dio un largo lametazo. Rafe cogió aire con brusquedad y ella lo miró rápidamente a los ojos, preocupada.

—No pares hasta que yo te lo diga —gruñó él.

Tamira asintió y en su interior se formó una gran determinación mientras se recordaba a sí misma las cosas que le gustaban y que le hacían responder, tal y como había aprendido las noches que habían pasado juntos el fin de semana anterior. E intuitivamente sabía qué era lo que más le afectaba. Como ahora, que lo devoró como si fuera un cono de helado derritiéndose, pasando la lengua por todo él, sorbiendo su erección gruesa y pesada y

humedeciéndola por completo. O como cuando frotaba su cara por él y después lo engullía por completo hasta que se atragantaba y tenía arcadas, y la saliva y el líquido preseminal le goteaban por los labios y la barbilla. A Rafe le gustaban las cosas sucias, y Tamira quería obligarse y darle algo que lo llevara al límite.

Simplemente su mirada ardiente bastaba para que el cuerpo de Tamira se agitara de necesidad. Empezó a bañar la ancha punta de su miembro con la lengua, oyendo cómo siseaba entre dientes.

Sonriendo ligeramente, continuó metiéndoselo lentamente en la boca. Mantuvo la lengua apretada contra la base, deleitándose en su calor y en su energía, y disfrutó del sabor de su líquido preseminal.

Rafe empezó a gruñir y le embistió en la boca con su erección, y Tamira captó la señal de que aumentara el ritmo. Se sintió inmensamente excitada al darle placer de esa forma. No lo encontraba denigrante en absoluto. Rafe nunca, jamás era grosero ni hacía nada humillante.

Todo lo que ocurrió, ocurrió porque ella lo consentía. Disfrutaba de sentir cómo se movía en su boca mientras le agarraba el pelo con las manos en puños. Le encantaba que le dijera guarrerías con la voz convertida en poco más que un gruñido.

—Eso es. Demuéstrame cuánto lo quieres. Atragántate, cariño. Trágate cada centímetro.

Ella no se saciaba de esa sensación de dar rienda suelta a sus inhibiciones y de ser tan adicta a cada una de sus órdenes, a cada invitación.

Después, él le retiró la boca, tiró de ella para que se alzara sobre sus temblorosos pies, y la llevó al espejo oscuro. Estar allí de pie, mirando su salvaje reflejo, desnuda mientras Rafe permanecía completamente vestido con la camisa y los pantalones puestos, hizo que se sintiera sobreexpuesta. Mirar el espejo mientras él la tocaba y la provocaba con las manos era un grado más de excitación, como una mezcla de exhibicionismo y de ser una mirona. Era carnalidad absoluta y desconcertante, y ni siquiera había terminado todavía, tal y como Rafe no tardó en informarle de forma muy clara.

—¿Preparada para lo que viene ahora? —le susurró al oído antes de lamerle el borde de la oreja.

Él le desató las muñecas y la llevó al banco revestido en cuero que había en el rincón. La dobló por la cintura y le colocó ambas manos en la superficie mientras sus pies quedaban colocados sobre el suelo.

—Esas manos no se mueven sin mi permiso, ¿entendido? —le ordenó mientras usaba un pie para separar los de ella al tiempo que le daba besos en la espalda.

—Sí, Rafe —dijo ella sumisamente con el corazón latiéndole con fuerza por la cercanía de él; los botones de la camisa se le clavaron en la espalda

cuando se inclinó sobre ella.

Tamira podía sentir el bulto de su erección que le apretaba entre las nalgas. Un delicioso temblor le recorrió las células nerviosas. Antes de que pudiera salir un solo sonido de sus labios entreabiertos, Rafe la embistió, penetrando su resbaladiza vagina.

—Ahhh —gimió ella; el aire se le escapó de los labios mientras él seguía empujando, estirándola y llenándola.

Ella quería rogarle, decirle que necesitaba tiempo para ajustarse a su diámetro, que necesitaba respirar antes de que él... Pero no, ella no iba a pedir clemencia. Su rudo amante se echó hacia atrás y la penetró con un gruñido profundo y satisfecho. Las rodillas de Tamira no cedieron y apretó los puños sobre la superficie de piel del banco. Sentirlo era exquisito, notarlo dentro de ella, haciendo que lo sintiera en cada centímetro de su conducto. Él se inclinó hacia adelante y le dio besos ardientes por la columna, haciéndola gemir y moverse hacia atrás para recibir sus envites, consiguiendo que llegara aún más profundo, si eso era posible. Los sonidos carnales del sexo, una sinfonía resbaladiza de golpes de pasión, llevaron a Tamira a la cima de la excitación y el placer.

No podía resistir el temblor que se apoderaba de su cuerpo, y sentía que estaba indicando que su orgasmo estaba a punto de llegar. Rafe escogió ese momento para salir de ella y ella casi gritó. ¿Acaso ese hombre estaba

intentando matarla? Por fin estaba recibiendo lo que quería, que él la reclamara con desenfreno y brusquedad, ¿y ahora esto? Su sombría carcajada le indicó que disfrutaba torturándola y sin pensarlo se incorporó, quitando las manos del banco mientras se daba la vuelta.

—¿Qué te había dicho? —Esa voz tranquila, que no se elevó ni una octava, hizo que Tamira se quedara congelada. Oh, oh... Entonces chilló cuando Rafe la azotó con tanta fuerza que el hormigueo le llegó hasta los dedos de los pies—. No se te ocurra desafiarme, nunca. O verás qué es lo que ocurre. Las manos al banco.

Tamira no tuvo que mirarlo para sentir su fría autoridad que hizo que sintiera escalofríos en la espalda. Se inclinó hacia adelante y se puso en la misma posición, temblando ligeramente por el miedo, la excitación y la necesidad.

—Me pongo desquiciado contigo, Tamira. Ese es el efecto que tienes en mí. ¿Quieres que sea suave contigo esta vez? —murmuró, metiendo las manos entre sus piernas y embistiéndola con languidez.

¿Por qué su cara amable, su tono calmado, la hacían sentir incluso más inquieta? «Creo que me gustaba más cuando gruñía o gritaba, o cuando me azotaba», pensó Tamira con un escalofrío.

Ahora tenía que esperar. Se le aceleró la respiración mientras las manos de él se apartaban de su cuerpo y ella oyó cómo abría un cajón. Parecía estar

abriendo unos paquetes, y su impaciencia y su preocupación aumentaron. Eso podía ser muy bueno o muy malo, pensó inquieta.

Esa vez, cuando su mano volvió a su cuerpo, lo hizo en el lugar menos esperado. Tamira casi dio un brinco cuando notó un líquido frío en su pequeño ano.

—¿R...Rafe?

—Shh. Ya hemos hablado de esto, ¿te acuerdas? Confía en mí. Sea lo que sea. Confía en que sé qué es bueno para ti, y confía en que pararé cuando uses la palabra clave. En cualquier caso, estate tranquila.

Tamira asintió y dio unos cuantos respiros más. Vale. Bien. Podía hacerlo. Rafe nunca le haría daño intencionadamente, de eso estaba segura. Se obligó a relajarse, sintiéndose ahora emocionada por lo que estaba por venir.

Él extendió más la humedad entre sus nalgas y Tamira dedujo que era algún tipo de lubricante. Se relajó más cuando los labios de él le recorrieron el cuello con calidez. Su cuerpo se estremeció cuando sintió que él exploraba su entrada prohibida, metiendo un dedo dentro. Tamira soltó un fuerte jadeo.

No pensó en detener esa invasión indecente, incluso cuando unos minutos después deslizó el segundo dedo. Al mismo tiempo, su mano libre recorrió su piel, apretando sus pechos, acariciando su vientre, tocando su clítoris y jugando con sus pliegues húmedos. Cada sensación se mezclaba y daba

vueltas, convirtiendo su mente en una colorida juerga de neuronas.

En poco tiempo acogió esos lascivos dedos, algo que quedó demostrado por la forma en que los músculos de su esfínter se volvieron menos resistentes y más estirados.

—Ahora es hora de tu pequeño regalo —anunció Rafe con un rugido.

Tamira estaba temblando cuando sintió que los dedos de Rafe salían mientras cogía un objeto de la balda que estaba a su lado. Por el rabillo del ojo, Tamira llegó a ver un objeto cilíndrico y pequeño que emitía destellos plateados en la oscura habitación. Un momento... ¿qué?

Rafe soltó una carcajada ronca como si en cierto modo disfrutara de su evidente consternación.

—Es un vibrador anal, si es eso lo que te estás preguntando. No te preocupes, es para principiantes. ¿Preparada, nena?

¡No! Dios mío, ¡no! Pero aun así...

—Sí. Por favor, papi. Métemelo.

De nuevo esa carcajada sombría mientras le acariciaba el culo con una mano con una caricia de aprobación.

—Me encanta que me llames así. Y eres la chica sexi de papi, ¿verdad? Su nenita.

—Ajá —gimió ella asintiendo.

Vale, ya se había puesto en modo raro. No podía evitarlo aunque lo

intentara. La mitad de ella posiblemente sentía que se trataba sólo de una fantasía perversa y oscura y ella simplemente decidió seguirle la corriente. Y si no, podría utilizar la palabra clave, tal y como Rafe le había dicho antes de que empezaran.

Ya lo notaba: Rafe estaba pasando el juguete por su ano, metiéndolo superficialmente, solo la punta. Tamira se dejó llevar por la experiencia. No sólo de sentirse invadida y ligeramente llena en el lugar más inesperado, sino también de rendirse a las experimentadas manos de su amante, moldeándola según lo que él creía que ansiaba su cuerpo. Y sí, ansiaba esto.

Esto. La sensualidad de tener el vibrador finalmente dentro del culo y de sentir distintos niveles de perplejo placer mientras Rafe la penetraba continuamente con él. Justo cuando creía que nada podría sobrepasar eso, él le dio una sorpresa.

Primero hizo que se incorporase y que cruzase la habitación hasta la cama. Con el vibrador dentro de ella. ¡Era tan excitante! Descubrió que le gustaba la emoción de tener ese objeto extraño en su lugar secreto, haciendo que se sintiera ligeramente llena, sin resultarle incómodo ni intimidante. Le maravilló cómo se quedó en su sitio mientras se movía y cuánto le gustaba la sensación de tener el fino contorno de acero en su interior.

Cuando Rafe le ordenó que se pusiera a cuatro patas sobre la cama, empezó a temblar. La tenía completamente húmeda, excitada y dedicada a él.

Se subió a la cama para arrodillarse detrás de ella, bajándole los hombros hasta el colchón. Entonces sintió la punta de su dura erección en su entrepierna, lo cual hizo que dejara escapar breves y rápidos jadeos.

De repente, encendió un botón y la función de vibración del consolador se encendió, y en ese mismo momento se hundió en su expectante vagina con su miembro grande y duro.

Tamira gritó y su cuerpo se estremeció por la infinidad de asaltos sensoriales en su sistema nervioso. Su cerebro se debatía entre el placer y el dolor, y ella se resistía y jadeaba por la maravillosa sobrecarga.

—No te resistas. Quiero que sientas todo lo que se puede sentir, cariño.
—La voz de Rafe parecía estar a años luz de distancia. Tamira sintió el consolador vibrando en el interior de su culo mientras Rafe cogía velocidad penetrando su diabólica erección en su delicada vagina. La sensación de plenitud se multiplicó cuando Rafe aumentó la potencia de las vibraciones. Tamira volvió a gritar.

Ella se movía contra él, instándolo a llegar más al fondo y a ir más rápido. Tamira cerró los ojos, olvidándose de todo excepto de Rafe y de las cosas carnales y decadentes que le hacía a su cuerpo. Clavó los dientes en la almohada que tenía bajo la mejilla y estiró el brazo hacia atrás para agarrar el antebrazo de Rafe, que le agarraba la cadera con una mano mientras la tomaba. Él echó a un lado el mando, dejando el consolador vibrando en su

interior, y la rodeó con un brazo para poner la mano en su esternón y atraerla hacia su pecho.

Su columna se curvó en un ángulo imposible, y la mano de Rafe le recorrió el cuerpo, deteniéndose para pellizcar y apretar sus sensibles pezones. Entonces le agarró el hombro con fuerza mientras chocaba contra ella. Tamira apoyó la cabeza en el hombro de él, dejando que gruñera palabras afectuosas en su oído, diciéndole lo dulce que era y lo apretada que estaba, y cómo sentía el latido de la vibración en su culo, lo cual se reflejaba en el modo en que ella palpitaba a su alrededor con entusiastas espasmos. Le dijo que era su chica traviesa porque le encantaba tenerlo dentro de ella y le encantaba tener el juguete en su culo al mismo tiempo. Tamira no podía pensar siquiera en negarlo porque, en realidad, era cierto. Le encantaban los escalofríos y los temblores que le daba el vibrador anal, que masajeara unos nervios que ni siquiera sabía que tenía, mientras la gruesa erección de Rafe la penetraba al máximo. El placer se convirtió en un fenómeno afilado y peligroso, y a Tamira le daba vueltas la cabeza. Ni siquiera podía distinguir los gemidos de los sollozos. Oyó los propios gemidos guturales de Rafe con cada embestida, y supo que estaba tan cerca del orgasmo como ella.

Tamira podía sentir cómo se humedecía cada vez más, podía oír el sonido del miembro de Rafe que golpeaba entrando y saliendo de su vagina que se contraía. El zumbido subyacente de vibrador hacía eco de fondo, aumentando

el *crescendo* ya lo bastante cargado. Sus caderas se movían con las de Rafe, decididas a sacar el máximo de cada sensación. Él tenía razón, necesitaba sentirlo todo, y Dios, lo estaba sintiendo hasta lo más profundo de sus huesos. Como siempre, Rafe sabía justo cuándo dar a los últimos pasos. Llevó la mano a la parte delantera de ella para jugar con sus labios, instando a sus pliegues a estar más húmedos, y la humedad cubrió su clítoris con abundancia. Apretando los dedos con fuerza en su dolorido botón, aplicó el grado perfecto de presión para tocar una fibra desconocida en su interior.

Tamira gritó su orgasmo, cada uno de sus músculos palpitaba mientras llegaba a lo más alto, mientras Rafe la sostenía con sus fuertes brazos. Con unas embestidas más, él también se corrió con intensidad. Tamira sintió cada sacudida de su miembro mientras seguía dentro de ella, haciendo que ambos orificios convulsionaran en respuesta mientras ella volvía a alcanzar el orgasmo. La intensidad de su continuo orgasmo rayaba en el dolor, y durante un instante la envió a un lugar profundo y oscuro, hasta que Rafe le mordió el hombro e hizo que volviera a la cordura.

—Shh... —la consoló susurrando a su oído mientras a ella le rodaban lágrimas de alegría por las mejillas y de sus labios temblorosos escapaban sollozos.

Completamente flácida, Tamira solo podía existir, sin pensar ni respirar siquiera. Entonces Rafe salió de su interior con suavidad, apagó el vibrador y

lo sacó con cuidado. La sensación de vacío la pilló desprevenida, y volvió a recuperar el pensamiento Incluso el hecho de perder ambas sensaciones de plenitud le resultó intenso.

—Lo has hecho muy bien, Tamira. Mi chica guapa y buena. Ahora deja que te muestre algo.

Tamira ni siquiera intentó adivinar qué sería, sabiendo que su amante de armas tomar todavía no había terminado con ella. Él le cogió un mechón de pelo y la arrastró hasta bajarla de la cama, cruzó la habitación con ella hasta llegar al gran espejo de nuevo. Poniéndose detrás de ella, la hizo mirar su propio reflejo mientras él mantenía el pelo sujeto y le levantaba la barbilla para que ella lo mirara a los ojos a través del espejo. Ahora ella veía lo que veía Rafe. Su cara y su pecho brillaban no solo por el sudor, sino por los fluidos de haberle masturbado antes. Entre sus piernas, sus fluidos le bajaban hasta las rodillas. Nunca había soñado con que su cuerpo pudiera producir tanta humedad por la excitación y el orgasmo.

Resoplando sorprendida al verse, Tamira contempló a Rafe mirándola mientras él la besaba detrás de la oreja. Su mano, segura y acuciante, empezó a deslizarse por el vientre de ella y entre sus piernas hasta acariciarle el clítoris. Tamira no podía creerse que ya estuviera excitada otra vez. Excitada por las caricias de Rafe, por su autoridad reafirmada claramente cuando él parecía decirle que todavía quedaba un orgasmo dentro de ella. Ella no podía

creer que fuera humanamente posible, pero al parecer, se equivocaba.

Su sensación de lujuria avergonzada aumentó hasta llegar al placer mientras él le acariciaba el clítoris con una habilidad irresistible. Lo siguieron el éxtasis y una liberación arrebatadora.

Cuando ella se vino abajo, él la sostuvo erguida y pegada a él con un brazo fuerte alrededor de su cintura. Tamira jadeaba con los labios entreabiertos mientras él los acariciaba con los dedos que acababa de tener sobre su sexo mojado. Instintivamente, ella le succionó los dedos y saboreó su esencia. Rafe le gruñó al oído con aprobación.

—Tu deseo me pertenece, así como tus fantasías ocultas y sucias. Ahora eres mía, Tamira.

Tamira solo pudo gemir cuando sintió que él le giraba la cabeza hacia un lado con la mano sobre la barbilla y le daba un beso en los labios.

Mucho, mucho antes, cuando acababan de llegar, Tamira se había sentido un poco abrumada por los muebles, los aparatos y los equipos desconocidos. Pero el escenario, con todo expuestos, era aun así elegante y ultramoderno, aunque no había duda del propósito del entorno. Estaba concebido para ser su espacio erótico privado, una lujosa galería de esclavitud con varias salas en las que se exhibían los artículos más excitantes para una aventura sensual.

—No tenemos que hacer nada, solo echa un vistazo —dijo Rafe al ver que estaba desconcertada—. De todas formas, mi plan inicial no era más que

dar una vuelta y pedir tu opinión.

—Es alucinante. Y no es que me asuste, es que... —Tamira mintió. Tenía miedo, pero sobre todo porque las vistas a su alrededor provocaban algo peligroso y oscuro dentro de ella. Algo que no estaba preparada para admitir aún: que tenía miedo de llegar a un punto de no retorno donde perdería más de sí misma de lo que podía permitirse. Se giró hacia Rafe al tiempo que él la tomaba entre sus brazos.

Él puso las manos alrededor de su cara y bajó la cabeza para encontrar su mirada caída.

—Ya lo sé, Tamira. Pero esto solo son las piezas, detalladas, por así decirlo. No son esenciales para lo que podemos compartir. Esta noche solo nos necesitamos a ti y a mí.

Y tenía razón. Desde ese momento, cuando él la acercó y la besó, Tamira se sintió dominada, reducida por unos lazos invisibles que solo Rafe podía manejar.

Ningún otro hombre la hacía sentir de esa forma. Durante las semanas que siguieron aquella fatídica noche, mientras él la guiaba pacientemente a través del apasionante y oscuro laberinto de su sumisa persona, Tamira admitió el verdadero poder que Rafe tenía sobre ella.

Pero empezó a convencerse a sí misma de que era una pequeña aventura de la que podría aburrirse. Y, si no lo hacía, cuando las cosas terminaran

entre Rafe y ella, se dijo que siempre encontraría la forma de saciar esa nueva búsqueda de lo desconocido. Habría otros caminos, otros amantes con los que explorar ese mundo, ¿no?

Ella nunca había imaginado que, al darle a Rafe autoridad sobre su mente y su cuerpo, él también empezaría a cautivar su corazón. Cuando ella se dio cuenta de lo que estaba pasando ya era demasiado tarde. ¿Cómo podía haber sido tan ingenua para pensar que podía contenerse? Se dio cuenta al poco tiempo de que algunas cosas no están bajo tu poder para poder decidir sobre ellas.

Capítulo once

Unas semanas después de aceptar el proyecto, Tamira tenía que admitir que era el más emocionante y desafiante al que se había enfrentado. El Grupo Cavendish estaba poniendo mucha atención en el departamento de su marca de *athleisure* y Tamira sentía tanta presión como el director, Rafe Cavendish.

Tamira estaba decidida a aportar algo fresco y animado a un estilo de vestir que se había hecho con todo el mundo en los últimos años. La apuesta de Cavendish por su marca estaba enfocada más al lujo que al mercado de masas y, si era posible, ella iba a poner patas arriba el mundo del diseño. Sí, pensaba llevar la marca Cavendish a lo más alto, como cualquiera de los nombres más conocidos del mundo de la moda.

—Quiero que los compradores vean esto como algo más que una moda. Veo que la marca puede llegar incluso a poner esos precios de lujo para ajustarse a las marcas de diseño. ¿Apunto demasiado alto? —Tamira sonrió a Rafe, que estaba sentado enfrente de ella. Estaban en una de sus reuniones con el resto del equipo de ambas empresas.

—Tú eres la directora de moda. Estás al mando —dijo él devolviéndole la sonrisa. Un escalofrío de conocimiento se extendió entre ellos, pero nadie en la sala lo detectó.

Tamira se estremeció profundamente. Tenía que admitir que sentía curiosidad por esa nueva dinámica. La excitaba que Rafe conociera su

interior más profundo, que supiera que tenía diferentes caras y que podía llevar a cabo sus sumisas fantasías tras unas puertas cerradas, pero mantener su personalidad asertiva en el día a día.

Era gratificante saber que tus preferencias sexuales podían ser diferentes de otros aspectos de tu estilo de vida, como el trabajo, las amistades y la familia. Tamira sabía que, como Rafe, quería mantener sus obsesiones fetichistas en privado, como debía ser. Así, ambos podían mantener una interacción profesional que pareciera lo más convencional posible sin que nadie pudiera adivinar lo que hacían cuando se les presentaba la oportunidad.

Sin embargo, Tamira se dio cuenta de que no había forma de ocultarle toda la verdad a Nisha. Nisha se sorprendió al descubrir que estaban unidos de una forma romántica, aunque Tamira la corrigió rápidamente para informar de que no había ningún tipo de relación.

—¿Entonces no dirías que estáis saliendo? —preguntó Nisha con curiosidad. Estaban cenando en una de las noches de chicas que se aseguraban de celebrar varias veces al mes.

—No, no lo llamaría así exactamente —murmuró Tamira, haciendo una pausa cuando el delicioso plato de *sashimi* para dos llegó a la mesa con guarniciones igualmente apetecibles. Cuando el camarero se fue, Tamira continuó—: Quiero decir... Sí, salimos juntos a cenar o vamos al teatro. Algunas veces echamos un vistazo a la escena artística, vemos algún

espectáculo que nos interesa a los dos. ¿Pero una aventura? No, no. Nada que ver.

—Oh. O sea, que no hay flores ni piropos ni caricias. ¿Solo sexo salvaje cuando tenéis la ocasión?

Tamira se atragantó con el *soju* al oír esas palabras. Nisha la miró con una sonrisa irónica.

—Soy más perceptiva de lo que cree, señorita Fontaine. O sea, venga, mira al chico. Tiene un aspecto increíblemente sexy y peligroso. Créeme, tengo mis propias teorías sobre lo que podéis hacer vosotros dos cuando nadie está mirando. Hay algo en sus ojos, sobre todo cuando te mira pensando que nadie lo puede ver.

Tamira se metió en la boca más *sushi* al estilo coreano de forma apresurada y casi martilleó los palillos con los dientes al intentar ocultar su vergüenza. No cabía duda de por qué Nisha era una asistente tan meticulosa.

—¿A ti no se te pasa ninguna? —suspiró Tamira.

Nisha negó con la cabeza torciendo los labios de forma engreída.

—No mucho. Por eso confías tanto en mí y me pagas tanto. No dejo de olfatear, mantengo la nariz pegada al suelo. Y eso me recuerda...

Tamira parpadeó cuando Nisha se acercó con una repentina emoción.

—¿Has oído lo que circula por ahí sobre el Grupo Cavendish?

—No, ¿qué? Todavía quedan unas semanas para presentar la marca de

athleisure en la tienda principal de Nueva York. El proyecto va por buen camino así que...

—Bueno, es solo un rumor y tiene que ver con la empresa en general. Por lo que he sabido, la madre de Rafe, Sylvia Cavendish, ha pedido celebrar una reunión de urgencia del consejo. Nadie sabe de qué se trata porque es algo privado, pero se espera una fuerte reestructuración.

—¿Crees que afectará a Rafe de alguna forma? Quiero decir, se acerca esta gran presentación y supongo que tienen los ojos puestos sobre el éxito de ese estreno —musitó Tamira, y se mordió el labio inferior.

—Como digo, nadie lo sabe. Aunque podrías preguntarle a Rafe. —Entonces Nisha pareció moverse con incomodidad—. Bueno, si no sois exactamente pareja quizá sea un poco intrusivo, ¿no? Preguntarle por algo tan personal.

Tamira empezó a parecer incómoda. Se preguntó cuándo habría sido la reunión y por qué Rafe no lo había mencionado. Debía de ser importante, pero se lo había ocultado, aunque hablaban o se veían varias veces a la semana.

Ocultando la extraña sensación de dolor, Tamira se rio levemente.

—A lo mejor no es nada. Después de todo, Sylvia es su madre. No querrá poner en peligro el puesto de Rafe. Sea cual sea la reestructuración, seguro que no le afectará.

—Bueno, si estás tan segura... —dijo Nisha con un tono ligeramente dudoso, pero sin presionar mientras devolvía la sonrisa a Tamira y sugería que terminaran de disfrutar del *sushi*.

Capítulo doce

Tamira estaba más afectada de lo que pensaba por esa reunión de urgencia del consejo y por el hecho de que Rafe no lo mencionara ni siquiera una semana después de que supuestamente se hubiera producido. Quizá Nisha no se había enterado bien y en realidad no había ninguna reestructuración ni nada por lo que preocuparse sobre esa reunión. Rafe, por su parte, no parecía afectado por nada y era el mismo de siempre. ¿Podía permitirse Tamira confiar en que no viera nada diferente en su fachada tranquila y serena?

Cada vez que dejaba que eso la molestara se llamaba tonta al momento. Si Rafe sentía que algunos aspectos de su vida no la incumbían, ella tenía que respetarlo. Había estado de acuerdo con las normas que habían puesto al principio y con mantener los negocios puramente profesionales y el juego solo un juego. Sin promesas ni expectativas y, desde luego, sin reclamaciones innecesarias.

Sin embargo, Tamira no sabía cómo se sentía sobre un acontecimiento reciente. Se había ocupado de actualizar el estado en sus redes sociales gracias a algunas nuevas ideas que había pensado en mostrar en sus redes. Bajando en su historial buscando algo que le interesara, se tropezó con una foto que le paralizó la mente.

Tamira había empezado a seguir a Rafe en Instagram al poco de

conocerse por motivos profesionales, claro. Tenía una cantidad de seguidores envidiable, no solo gracias a su marca de ropa deportiva y a su estilo personal, sino también a su estilo de vida motivador y a su afición al deporte. Ya fuera la escalada o terminar la última dieta o el desafío deportivo de moda, siempre había un gran mensaje que sus seguidores podían aprovechar, y Tamira admiraba eso.

Él solía mantener su vida personal fuera del foco de atención para que no hubiera rumores jugosos sobre sus relaciones o sobre su estado civil. El único aspecto de su vida privada que ella había podido ver eran unas pocas fotos de él con su hermana pequeña, Jana Cavendish. Descubrir que esa adolescente tan guapa era gimnasta en el equipo juvenil nacional había sido una sorpresa, y las fotos de Rafe orgulloso junto a su hermana después de que ganara una medalla en el reciente campeonato mundial habían sido conmovedoras. Le hizo pensar en la noche en que lo conoció, cuando él mencionó que su hermana se había tropezado y se había torcido el tobillo.

Tamira se sintió mal por dudar de él. Pero ahora se trataba de otro asunto completamente diferente. Aquí estaba ella, mirando una foto en la que lo habían etiquetado. Tamira casi no podía creer lo que estaba viendo: Rafe sentado en un restaurante con la modelo de élite Elise Morgan. Esa mujer morena era una supermodelo veterana y estaba sentada riéndose con una apariencia espectacular junto a Rafe, que tenía un aspecto igualmente

impresionante, cuando les hicieron una foto desde el otro lado de un restaurante pintoresco.

¿Qué diablos era eso? Tamira agitó la cabeza para disipar el enfado y se instó a controlarse. La revista de sociedad que había publicado la imagen especulaba sobre si el director multimillonario y la modelo eran pareja. Tamira solo tuvo que echar un vistazo al primero de los numerosos comentarios para ver que las opiniones se limitaban a decir que eran un dúo estupendo y que hacían una pareja espectacular si era cierto.

Exhalando, Tamira no se molestó en seguir leyendo y se instó a no pensar más en la foto. Ese hombre estaba comiendo con una modelo muy guapa. No era como si lo hubiera visto engañándola o en la cama con otra. Quizá solo eran amigos socializando o incluso quizá se trataba de negocios.

Entonces a Tamira le dio un escalofrío al pensar cómo podía saber a qué llamar engañar si ni siquiera estaba en una relación con ese hombre. Pero, entonces... ¿le parecía bien que saliera a comer con otras mujeres cuando no habían hablado de lo que había entre ellos o de lo que podría pasar?

¿Dónde podía estar él en ese momento? ¿Quizá descansando un fin de semana en un yate con la mencionada modelo o en alguna playa de moda en el Caribe? ¿Acaso no era eso lo que los multimillonarios jóvenes y guapos hacían con las supermodelos?

—Tienes que dejar de ver esos melodramas televisivos o estas novelas

subidas de tono y cualquier fuente que dispare esa imaginación —bromeó Nisha cuando entró en la oficina y Tamira, enfurecida, se lo contó. Nisha vio la publicación y negó con la cabeza para ignorarlo—. Los multimillonarios guapos salen siempre con modelos. A lo mejor es un truco publicitario o quizá solo sean amigos. Después de todo, es posible que se muevan en los mismos círculos y podrían llegar a conocerse. Estoy segura de que no hay nada siniestro en esto. Puedo averiguarlo por ti si quieres.

Tamira se sintió como una idiota al momento.

—No importa. Ni siquiera sé por qué me estoy comportando así. No es que sea mío. ¡Maldita sea! —Golpeó la mesa con las manos y saltó sobre sus pies—. Como si no tuviera suficiente ya. Mis padres me han vuelto a llamar pidiendo que vaya al fin de semana familiar en unos días. Me perdí el último y no les hizo mucha gracia.

—¿Crees que empezarán a pincharte para que formes una familia y les des nietos? —bromeó Nisha astutamente.

—Estoy muy harta de todo eso. No tengo treinta años, no estoy ni cerca de los treinta, y ya me están provocando complejo de solterona.

Nisha se rio entre dientes y cogió el café frío de Tamira de la mesa para llevárselo.

—Eres su única hija y te tuvieron tarde. Seguramente estén preocupados por ser demasiado mayores y estar en decadencia para cuando tú elijas al Sr.

Correcto.

—Mi carrera es lo primero ahora —dijo Tamira con firmeza—. Un marido e hijos son una distracción para la que casi no estoy preparada y para la que ni siquiera tengo tiempo. Ya me cuesta mantenerme al día con todos los proyectos que tengo ahora.

—¿Sabes? A veces el éxito no lo es todo. ¿Y si llegan el amor y un bebé? —preguntó Nisha casi con nostalgia. Entonces suspiró antes de que Tamira pudiera pensar en una respuesta. Sonriendo, Nisha añadió—: Te traeré otro café. Sé que lo odias cuando está frío.

—Gracias. Estaba demasiado ocupada obsesionándome con Rafe Cavendish y sus hazañas con modelos —dijo Tamira con ironía—. ¿Tú crees que me estoy obsesionando?

Nisha se giró en la puerta para mirar a Tamira, que parecía más insegura y vulnerable de lo que recordaba haberla visto.

—Para ser alguien que actuaba como si él fuera sólo un cliente con derechos, sí. —La mirada burlona de Nisha quedó cubierta por una sonrisa divertida mientras salía de la oficina y cerraba la puerta tras ella.

Tamira agitó la cabeza y se dio la vuelta para quedarse junto a la ventana. Su sonrisa se desvaneció lentamente mientras pensaba. ¿Qué demonios le pasaba?

Estaba hecha un lío. Algunas de las cosas que había dicho Nisha le

retumbaron. «El éxito no lo es todo». Por supuesto, Tamira ya lo sabía. Le gustaba la idea de enamorarse, de tener un futuro con alguien, como a cualquier otra persona.

No podía dejar que esa fuera su prioridad ahora. Era demasiado ambiciosa e independiente como para esperar a caer rendida ante algún príncipe azul. Sabía demasiado bien cómo seguir adelante sin las cosas básicas de la vida y, ahora que lo había logrado, quería tenerlo todo.

«Pero aun así, faltaba algo».

Esa vocecilla surgió de la nada y Tamira suspiró. No debería dejar que esas cosas se hicieran con ella. Estaba en lo más alto, ganándose el respeto y haciéndose un nombre entre sus compañeros y en el área en la que ella crecía. Estaba avanzando como mujer y se aseguraba de hacer su papel como un modelo a seguir por otros. ¿Qué importaba si de vez en cuando se sentía un poco sola?

Estaría loca si quisiera más de lo que ya tenía. No quería tentar al destino esperando tener una relación maravillosa con algún hombre perfecto, aún no. Y lo mismo se aplicaba a su «cosa» con Rafe. Ni siquiera debería estar pensando en tener ningún tipo de plan de futuro con él. Él había dejado claro que lo que tenían era algo sin compromiso y, sencillamente, durante unas horas a la semana, jugaban a sus juegos de dominio y sumisión para divertirse.

Aun así, la foto de él con Elisa la estaba sacando de sus casillas. O sea que él quería salir con supermodelos, ¿no?

A lo mejor ella saldría con uno de esos solteros con los que su madre siempre intentaba que tuviera una cita. Después de todo, no tendría nada que ver con sexo, simplemente saldría a pasar el rato como Rafe podía hacer con Elise y con quien fuera.

Tamira todavía se sentía un poco irritada cuando tuvo otra reunión con Rafe y su equipo. Lo supo esconder bien durante el rato que hablaron sobre los avances del proyecto. El gran evento se acercaba y tanto la emoción como la tensión aumentaban. Más tarde, cuando todos se habían ido y Rafe se quedó atrás para preguntarle a Tamira si quería salir a cenar después, ella se alegró de poder rechazar la proposición.

—Me voy a ver a mis padres cuando salga de trabajar. Voy a pasar el fin de semana con mi familia, así que... —Ella encogió los hombros e intentó no parecer estar demasiado contenta.

—Lo entiendo. Aunque habría estado bien tener tu compañía durante una hora o dos —dijo él.

A Tamira no la iban a frenar su encanto y su sonrisa matadora.

—Oh, estoy segura de que encontrarás buenos entretenimientos. He oído que Elise Morgan y tú os estáis acercando. Quizá ella tenga tiempo.

Rafe entrecerró los ojos por un momento mientras parecía intentar

recordar el nombre. Tamira se moría de ganas por darle un guantazo en esa cara demasiado bonita por actuar como si hubiera olvidado quién era.

Entonces él pareció darse cuenta y tuvo la audacia de sonreír.

—Créeme, no es lo que estás pensando. Supongo que has visto fotos o has oído algo. No te dejes llevar.

—Creo que no me has entendido —dijo Tamira airadamente mientras se situaba detrás del escritorio y fingía echar un vistazo a algunos diseños—. Solo tenía curiosidad por saber cómo puedes querer compañía cuando es obvio que tienes millones de opciones.

—Sé lo que puede parecer, pero no es nada —dijo él—. Elise es una modelo veterana y tiene su propia línea de ropa que desaparece de las tiendas, y tiene ese estilo único que es una mezcla entre tecnología y moda. Mi equipo estaba pensando en crear un porfolio para la nueva línea que muestre algunas de nuestras colaboraciones con Elise, si ella está de acuerdo.

—Oh, estoy segura de que lo estará. Cuando se trata de atraer gente a tu causa yo diría que tus métodos de persuasión son encomiables.

Él ladeó la cabeza con una sonrisa de sabelotodo en la cara, como si pudiera ver su desprecio y eso le divirtiera.

—No lo entiendo —murmuró Rafe. Él se acercó más, mucho más, pero sin tocarla. Se inclinó y pasó la siguiente página de la carpeta que ella había fingido contemplar. Ella sintió su colonia aromática en la garganta y eso la

hizo salivar. Quería lamerle la cara tanto como quería golpearle.

—Eres tú la que pensó en la idea de la alta costura para la marca. Traer a Elise, que ha pasado de modelo a diseñadora de forma exitosa en el mismo mercado, pensé que sería una idea que aprobarías.

Tamira se sonrojó ligeramente.

—Supongo que piensas que estoy celosa —espetó, y le dieron ganas de golpearse a sí misma. Lo último que necesitaba era parecer insegura. ¿Y si el tiempo que pasaba con Rafe era algo más en el fondo? Salían juntos, pero siempre eran muy discretos y nunca se daba la posibilidad de que los viera algún paparazzi fisgón o algún seguidor curioso. ¿Por qué eso hacía que se sintiera como su pequeño y sucio secreto? Antes le parecía bien mantener su relación en secreto por sus lazos profesionales, pero ahora no tanto.

—Tamira, soy consciente de que Elise es una mujer guapa —dijo Rafe, entrando en sus pensamientos mientras le retiraba un mechón de pelo por detrás del hombro y desnudaba su cuello. Inclínándose, se acercó a su oreja y añadió con voz ronca:

—Pero no pienso en ella de esa forma.

A Tamira se le había acelerado la respiración en el pecho y, de repente, sus pezones estaban tensos y doloridos.

—¿De qué forma? —Ella intentó que su voz sonara normal, pero pareció un chillido.

—De la forma en la que pienso en ti.

Él se movió para pasar los labios por los de ella, pero Tamira giró la cabeza y sus labios aterrizaron en la mejilla. Todavía estaba enfadada con él.

—O sea que quieres decir que entre vosotros dos no hay nada.

Rafe se rio entre dientes.

—De ninguna manera. Contigo... tengo algo serio. —Esta vez él le agarró la barbilla y le giró la cara hacia la suya otra vez para darle un beso en la boca. Tamira entreabrió los labios lentamente bajo los suyos dejando escapar un suspiro largo y profundo.

Los sensuales labios unidos estaban llenos de dulzura y de un calor excitante. Tamira no quería que la arrastrara, pero él besaba demasiado bien.

—¿Podemos ir a cenar? —murmuró él de forma seductora sobre sus labios—. Cocino yo.

Ella gimió y se apoyó con pesar sobre ese pecho tan tentador.

—Tengo que estar ahí este fin de semana, con mi gente. Son capaces de venir a por mí si me pierdo otra reunión familiar.

—Entonces te recogeré y te llevaré allí. Al menos pasaré más tiempo contigo. Solo para hablar. Lo echo de menos. —Rafe sonrió de forma picarona, le robó un beso rápido de los labios y se colocó erguido.

Tamira tuvo que apartar la mirada y ponerse una mano sobre el pecho por un instante antes de toser y sentarse en su silla. Este encanto de hombre le

agitaba el corazón. ¿Por qué diría algo tan dulce? Tamira tuvo que pensar en la noche en la que se conocieron y en lo natural que había sido, riéndose y hablando en su salida nocturna mientras veían episodios de sus series favoritas en la sala de cine de la casa de Rafe. Ella nunca se había sentido tan cómoda con alguien y habían compartido una conexión emocionante.

Todavía era igual de estimulante estar en su compañía, expresar sus opiniones y relajarse, aunque el sexo salvaje se había convertido en algo destacable cuando estaban juntos. Pero Tamira empezaba a sospechar... Una de las principales razones por las que el sexo era tan bueno y animado era que para ella se había convertido en algo más que sexo. Él le importaba más que un amante, y lo que compartían no era algo vacío que hacían por pura diversión.

¿Era posible intentar crear algo a partir de eso? ¿O podía evitar hacerse ilusiones con Rafe? ¿Y si él también estaba buscando algo más?

Tamira no quería crearse demasiadas expectativas. No podía arriesgarse a equivocarse y quedar como una idiota. Rafe ya había sacado mucho de ella y ella siempre se alegraría de eso. Y mientras durara lo que tenían, ella se esforzaría al máximo en ni siquiera soñar en tener algo más. Era el consejo más inteligente que podía darse a sí misma. Y no dejaría que nada le hiciera tener esas absurdas ideas de nuevo.

Capítulo trece

Tamira había aprendido a dejar a un lado sus celos para centrarse. Si el Grupo Cavendish planeaba utilizar colaboraciones y apoyos de personas famosas para promocionar sus productos para hombres y mujeres, tendría que aceptar que el hecho de que Rafe convenciera a Elise Morgan era una gran idea.

No quería decir que estuviera loca de contenta por ello o por cualquier mujer guapa con la que Rafe entrara en contacto por negocios.

Tamira era la primera que admitía que la marca de *athleisure* de Rafe era un estilo excelente que atraería a los más modernos, tanto en el mercado masculino como en el femenino.

—Esos botones y esos tonos caquí ya no son una opción para los jóvenes emprendedores que quieren estar más centrados en la moda. Por lo que veo en tu línea de lanzamiento, es lo que la categoría *athleisure* está buscando ahora mismo. Creo que incluso las marcas de moda deportivas tradicionales con nombres ya conocidos van a empezar a sudar por la competencia que les vas a suponer.

—¿Entonces supongo que te alegras de ocuparte del proyecto?
—preguntó Rafe con una sonrisa.

—Sí, sin duda. Y me muero de ganas de que llegue la semana que viene, el gran día. Todo el trabajo duro se va a hacer realidad.

Rafe asintió, frotándose la barbilla de forma pensativa.

—Cavendish siempre ha sido la marca que eliges cuando quieres ponerte en forma. Ahora que nos estoy metiendo en el movimiento *athleisure*, la empresa no puede sorprender solo con la sección deportiva, sino también con la ropa informal. Y debemos asegurarnos de que nos mantenemos a la vanguardia del mercado. No dudo de que hayas creado el aspecto perfecto para nuestras tiendas de marca. Por eso también me alegra que te unieras al equipo.

Tamira se sintió conmovida por las palabras de Rafe. No podía negar lo gratificante que era escuchar sus halagos y su crítica positiva. Él apreciaba mucho sus capacidades, y ella sentía como un honor que él tuviera tanta confianza en ella.

—Hmm. Eso no puede ser lo único por lo que te alegras. —Tamira habló con un ronroneo profundo en la voz. Apartó las notas de los diseños y el iPad que había delante de ella y se movió con un aire felino hacia Rafe. Ella deslizó el cuerpo con facilidad hasta sentarse a horcajadas sobre sus muslos mientras él se sentaba en la silla de piel negra de respaldo alto.

A ella le encantaban esos momentos en los que trabajaban juntos, a veces en su oficina de empresa y otras veces en el estudio equipado de su casa. Al ver a Rafe serio y absorto en su trabajo Tamira tenía la perversa sensación de querer jugar con él. El Rafe serio era de lo más sexi, y Tamira no podía

resistirse.

Ella le rodeó el cuello con los brazos mientras él descansaba sus manos fuertes sobre su cintura al tiempo que ella se mecía ligeramente sobre su entrepierna. Ella sintió cómo se endurecía y gruñó en su garganta mientras sus labios se derretían sobre los de él. Él la envolvió en un abrazo fuerte y posesivo que casi la dejó sin respiración.

Tamira sintió un toque casi desesperado en su beso cuando mordió los labios firmes y atractivos de Rafe. Parecía que ya lo estuviera perdiendo. No podía evitar pensar que, después de la semana siguiente, no tendrían más motivos para seguir viéndose. Una vez el proyecto cumpliera su objetivo, ¿qué más podía mantenerlos conectados?

Tamira estaría enfrascada en otro trabajo igualmente absorbente. Ya tenía programados proyectos hasta final de año. Rafe seguiría desarrollando más su marca con sus colaboraciones y las nuevas campañas publicitarias.

Tamira tenía total confianza en sus capacidades. Cuando tuvieron el sumario de Cavendish, habían investigado e interpretado la marca cuidadosamente para crear un diseño que funcionara bien con los productos y los accesorios necesarios. Cuando se trataba de comercialización visual, no solo para tiendas sino para cualquier área en la que sus habilidades entraran en juego, Tamira se mostraba orgullosa de su alto nivel de responsabilidad personal y de su autonomía. Trabajando con Rafe y con su equipo, había sido

capaz de descubrir sus objetivos y sus metas en ventas y *marketing*, y ella sabía que había creado una presentación con factor sorpresa.

Tamira nunca tenía miedo de tocar diferentes culturas, modas y tendencias para sacar adelante algo valiente con sus imágenes visuales. Por eso era conocida como uno de los nombres más talentosos y prometedores en el sector. Ya estaba buscando oportunidades más comerciales e internacionales y, aunque estaba emocionada por el futuro, una parte de ella se sentía triste. Podía perseguir todo el clamor y el éxito, pero ¿realmente era eso todo con lo que soñaba?

Capítulo catorce

Cavendish Clothing lanzó su línea de ropa deportiva «Viste tus sueños» en cientos de tiendas para hombre y mujer y, para ser una línea de estreno, ya estaba dando que hablar.

Tamira estaba orgullosa de su trabajo y del reconocimiento que recibió, tal y como reflejaba el aumento de ingresos del día del estreno. Había renovado el concepto de la marca de ropa Cavendish, que ahora era percibida como rompedora y multifocal, causando impacto no solo en el presente sino también en el futuro, con ropa que se podía llevar todo el día.

Desde el gimnasio hasta la calle o incluso al trabajo y de vuelta al gimnasio, Tamira estaba segura de mostrar todas las funciones que la nueva línea de ropa incluía para hacerla más actual. Para asegurarse bien de que la marca Cavendish tuviera un año de éxitos, Tamira había llevado a cabo una presentación previa al lanzamiento en redes sociales, y unos días antes de que saliera la colección ya se había ganado montones de seguidores en las plataformas más importantes: Twitter, Facebook e Instagram.

Tamira sentía que ya podía respirar aliviada dos semanas después. Se dio cuenta que, debido al vínculo emocional que había tenido con el proyecto, no era de extrañar que hubiera estado nerviosa por que resultara un éxito.

Ahora se decía a sí misma que no se tenía que haber preocupado. Era una pena que no pudiera decir lo mismo por su otro gran miedo...

Al principio, Tamira sabía que tenía ganas de terminar el proyecto. Nunca debió haberlo aceptado con todo lo que tenía de otros clientes. A medida que avanzaba su aventura con Rafe, empezó a ver el estreno de la nueva colección de ropa como el final de su romance y ella sabía que se sentiría triste al verlo desaparecer.

No pensaba que Rafe querría continuar su relación en privado, y ni siquiera ella estaba segura de si quería hacerlo público. La noche de la inauguración fue un gran éxito y cuando ella llegó sintió en el corazón que era el principio del fin para ella y Rafe.

Solo que ella no había esperado que sucediera con tanta claridad y con el consiguiente dolor.

Capítulo quince

A Rafe Cavendish le sorprendió ver a su madre girándose para mirarlo cuando llegó a la sala privada.

—¿Qué haces aquí? Deberías estar en la fiesta, celebrándolo —dijo él, acercándose a ella con una sonrisa. Cuando su asistente le dijo que uno de los dignatarios quería hablar con él personalmente, no esperó que se refiriera a su madre.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Es tuya. No quería inmiscuirme en tu noche, pero quería darte la enhorabuena personalmente.

Sylvia Cavendish palpó la solapa del traje de su hijo y colocó la ya impecable pajarita. Entonces alzó la mirada para verlo. Sus ojos castaños, que eran muy semejantes a los de él, parecían de acero.

—Estoy muy orgullosa de ti, hijo. Pero tengo que volver a lo que hablamos hace unas semanas. ¿De verdad vas a continuar con ese asunto entre tú y esa diseñadora?

Rafe suspiró con enfado y se dio la vuelta.

—Se llama Tamira, mamá. Y te pedí que la dejaras al margen de esto. No creas que no sé que tu reunión de urgencia del consejo era tu forma de advertirme que siguiera las normas. Hiciste que pareciera que era para reestructurar algunos departamentos del Grupo Cavendish y que así se

mantuvieran firmes, pero soy consciente de que tu objetivo real era yo. Oh, ya me has demostrado cuánto poder tienes en la empresa.

Él la miró de nuevo con una expresión tormentosa.

—Como tú misma señalaste, la empresa de ropa es aquello en lo que yo la he convertido: un éxito. La marca de *athleisure* de Cavendish nunca había reportado tantos beneficios, y sin duda está en mejor forma que la mayoría de áreas del Grupo Cavendish. Lo último que necesito es que intentes entrometerte en mi vida privada y la conviertas en algo que no es. La persona con la que estoy no tiene nada que ver con lo que yo apporto como director. Me he ganado el puesto y lo sabes.

—Aun así, ya sabes que tengo mucho interés en controlar las cosas. Así que, si pienso que tus acciones pueden poner en peligro la empresa en general, entonces se hace lo que yo digo. —El tono de voz de su madre se había endurecido al mismo tiempo que su mirada—. Odio decir esto, pero desde que te presentaste con ella en aquel evento artístico no he tenido más remedio que manteneros vigilados. Sé que os habéis estado conociendo, incluso que habéis pasado tiempo en la «guarida» secreta que compraste y diseñaste quién sabe para qué. Eso no es asunto mío. Pero necesito asegurarme de que no vas a ninguna parte con eso... con Tamira. Porque no es admisible y tu padre y yo estamos de acuerdo en esto.

Rafe solo era capaz de resoplar y mirar a su madre fijamente con

incredulidad.

—¿Por qué? ¿Por qué no es bienvenida en los círculos en los que te sientes importante? ¿No es lo suficientemente influyente, no tiene la sangre azul como todos esos herederos y aristócratas con los que me haces tragar en cuanto tienes ocasión?

—No me presiones, Rafe. Los esfuerzos combinados míos y de tu padre, si nos ponemos a ello, pueden terminar con ella. Solo hacen falta las palabras correctas para destruir su carrera, incluso su nombre. Puedo ser implacable cuando se trata de proteger a mi propia sangre.

—Te refieres a tus intereses económicos —dijo Rafe con una mirada débil y fría—. No finjas que esto es una preocupación maternal por mi futuro o por mi imagen. Sé mejor que nadie que los contactos sociales equivocados pueden derrumbar los beneficios e incluso el valor en bolsa de la empresa. Eso es lo que te preocupa tanto.

—Piensa lo que quieras. Hago lo que es mejor para ti y un día me lo agradecerás. —Sylvia respiró de manera vigorizante y sonrió—. Es muy bueno que la inauguración haya sido un éxito monumental y ya no tengas que volver a ver a Tamira. Puede acabar sin problemas, ¿no crees? Después de todo, no es que estéis enamorados ni nada parecido. Estoy segura de que la Sra. Tamira Fontaine pensaría lo mismo. Os estaréis haciendo un favor el uno al otro.

Sylvia Cavendish se acercó a su hijo y le apretó la mano con una calidez dulce.

—Te quiero, hijo. Ya lo sabes. Por favor, no me decepciones de nuevo.

Entonces ella salió de la sala dejando tras de sí un silencio helador mientras la silueta alta de Rafe Cavendish se mantenía inmóvil con un interminable sentimiento de ira contenida que evitaba que diera un puñetazo a la pared.

Capítulo dieciséis

Tamira miró fijamente el test de embarazo positivo y se le hundió el corazón.

Las cosas con Rafe no iban a salir bien. Hacía un mes que él había dejado claro que su aventura se había terminado. Ella no había sabido nada de él desde entonces, dejando bastante claro que había cortado la relación rápidamente.

Ahora, sin embargo, no tenía más opciones que ponerse en contacto con él. La noticia del bebé era sin duda demasiado grande como para soportarla ella sola. Estaba asustada.

Pero, cuando llamaba a su oficina, estaba claro que le estaban dando evasivas. Su asistente decía que Rafe no estaba en la oficina, que no estaba en la ciudad o que no podía ponerse en contacto con ella próximamente. Tamira se sentía dolida. Había creído que Rafe era un buen hombre. Pero ahora se preguntaba qué clase de estafador le había robado el corazón.

Sí, ella se había enamorado como una tonta de un insensible.

Tamira suspiró con intensidad. Pero ¿por qué no la sorprendía todo ese lío? Después de la noche de la inauguración y de la forma desastrosa en la que habían terminado, debería habérselo imaginado.

Al terminar la noche, Rafe y Tamira se quedaron solos en la fiesta. Entonces Rafe dijo que no estaría disponible durante un tiempo y ahí es

cuando Tamira le pidió que dejara de hablar.

Ella había notado algo durante toda la noche hasta que él, de repente, empezó a evitarla. Él había llegado desde fuera de la sala de fiestas y parecía estar lleno de rabia, pero cuando ella intentaba hablar, él la evitaba o actuaba de manera tan distante que ella se veía obligada a irse a otra zona de la fiesta.

Después ella le dijo que ya sabía lo que él quería decir. Parecía sorprendido, pero no tenía aspecto de sentirse inquieto. Tamira recordaba haber dicho una tontería sobre estar ocupada con sus cosas y sobre la posibilidad de trasladarse de forma internacional. Lo cierto era que no quería escuchar el discurso planeado o falso que él daría sobre romper ya que no iban a seguir trabajando juntos.

Tamira lo había esperado desde el principio, pero alejarse de él le había hecho mucho daño. Él insistió en llevarla a casa, y la tonta de Tamira no fue capaz de resistirse a darle un beso cuando el coche se detuvo enfrente de su casa. Ella puso la mano sobre su mandíbula y le movió la cara hacia ella mientras lo besaba con un hambre cálido. Todavía lo deseaba. Su cuerpo y su corazón todavía lo necesitaban y se preocupaban por él. Ella pudo sentir el aumento de deseo cuando él la presionó contra sí mismo y le devolvió ese beso ardiente. Ella estuvo a punto de invitarle a subir para hacerlo una última vez y que al menos pudieran quedarse con eso.

Pero, lentamente, Rafe apartó los brazos de ella de su cuello y se separó

de sus labios. Eso había dolido aún más: su último rechazo. ¿Ni siquiera podía soportar tocarla? Tamira escondió su vergüenza con una sonrisa y un «buenas noches» antes de salir del coche y desaparecer en su apartamento para curar su devastado orgullo.

Ahora lo último que le preocupaba era el orgullo. ¡Embarazada! ¿Qué? ¿Cómo? No habían sido tan imprudentes y ella no recordaba ningún percance con los condones, así que... Bueno, no tenía sentido pensar una y otra vez en las posibles razones por las que estaba sucediendo eso. Lo único que sabía era que esperaba un bebé después de varias semanas sospechando por una regla que no bajaba. No tenía ni idea de que llevaba embarazada más de un mes y ahora ni siquiera sabía cómo hablar con el hombre responsable de ello para darle las noticias.

Se encontraba en un estado que la llevó a dejarle innumerables mensajes con la esperanza de que al final él contestara. Ella comprobó todas sus redes sociales, pero no había actualizaciones, nada. ¿Sería cierto que era completamente inaccesible? ¿Cómo era posible? ¿O había desaparecido así para quitársela de encima para siempre? Quizá él creía que ella pensaba que podía tener otra oportunidad con él y lo molestaría con súplicas para volver. Por eso se había ido a tomarse un descanso a algún lugar donde ella jamás lo encontraría.

Genial. Ahora él la hacía sentir como una pringada y como una

acosadora.

Tamira tenía miedo de enfrentarse a eso ella sola, pero también confiaba en que saldría algo bueno de todo aquello. Iba a tener un bebé, no tenía una enfermedad terminal. Encontraría la manera de salir adelante con o sin el imbécil de Rafe Cavendish.

Capítulo diecisiete

Por enésima vez, Tamira quiso maldecir a sus padres por hacerle esto. ¿Cómo podían pensar que querría pasar su cumpleaños así? Solo unos padres como los suyos podían pensar que una cita a ciegas sería el plan perfecto para su hija en un día como ese.

En realidad no podía culparlos. Después de todo, a su edad seguramente pensaban que una relación era algo que se podía programar con citas a ciegas y presentaciones. Tamira estaba segura de que el hombre joven que estaba delante de ella, increíblemente guapo, era el hijo del pastor de su iglesia y por eso les debía de parecer el pretendiente perfecto.

¿Por qué había aceptado hacer eso?

Ah, sí, ahora lo recordaba. Estaba intentando hacer lo posible para que sus padres no sospecharan de la difícil situación de su embarazo ni de que le habían roto el corazón. Así que, por una vez, les siguió la corriente porque últimamente parecían muy entusiasmados por concertarle una cita con alguien. Cuanto más éxito tenía, más parecían sentir que necesitaba sentar la cabeza rápidamente casándose y teniendo hijos. Quizá les preocupaba que se hiciera rica y tuviera éxito y así ahuyentara a los hombres buenos.

Ja. Como si Tamira necesitara a un hombre que se sintiera intimidado por sus logros. Quería a alguien que buscara un igual, que deseara una mujer que pudiera mantenerse a sí misma y que no dependiera de su hombre para todo.

Cuando llegó su cita, Tamira supo que no funcionaría. Físicamente, el chico consiguió más que un aprobado. De estatura media y cuerpo robusto, tenía cierta presencia. Se había vestido acorde al tipo de restaurante, que era muy elegante. Tenía una barba perfectamente arreglada y una sonrisa bonita. Pero había algo en él que la echaba para atrás desde el principio.

Quizá era la forma astuta en que la miraba, casi como si pudiera verla a través de la ropa. Los primeros minutos los pasaron tanteando la situación, y él se había preparado bien con detalles sobre las aficiones, intereses y propósitos de Tamira. Entonces él sacó una caja envuelta en regalo y le deseó un feliz cumpleaños, y Tamira se sintió conmovida muy a su pesar.

—No tenías que hacerlo —dijo ella. Cuando quitó el papel, abrió los ojos de par en par al ver un conjunto de lencería morada dentro. «¿En serio?».

—Creo que lo mejor que tiene empezar una relación —dijo Barry (sí, ese era su nombre de verdad)— es descubrir si hay compatibilidad física. En cuanto vi las fotos que tu madre envió a la mía supe que haríamos buenas migas en ese sentido. Mi pequeño regalo es solo una muestra de lo que viene esta noche. Te imagino con eso puesto ahora mismo.

Él sonrió de una forma que debió de pensar que era atractiva. Estiró la mano y pasó un dedo por la muñeca de Tamira.

—¿Sabes lo que me alegra? Que al conocernos de esta forma no es necesario darle vueltas al tema. Después de todo, ya no podemos decir que

seamos desconocidos. A decir verdad, admiro a las mujeres modernas como tú que saben que no hace falta actuar de manera evasiva y siguen sus... necesidades.

—Ah, ¿sí? —murmuró Tamira, dando un sorbo a su bebida con tranquilidad y pensando en su *necesidad* de tirarle el agua del vaso en la cara. Antes de que pudiera reaccionar, el camarero apareció para tomar nota y, para su sorpresa, a Barry le pareció bien pedir por los dos sin siquiera consultarle a ella. Estaba aturdida. ¿Iba a ser torpe a propósito toda la noche para sabotear la cita?

Porque era imposible que un hombre pudiera ser tan inaguantable. Podía ser el hijo del pastor, pero parecía el mayor sinvergüenza que trataba a las mujeres como objetos para parecer un macho.

Menos mal que ella no buscaba un marido. Iba a tener un bebé y tenía que solucionar ese asunto antes de soñar con meter a otra persona en la situación. De repente, su corazón sintió ansia al pensar en Rafe. ¿Dónde estaría él ahora? ¿Habría conocido a alguien? ¿Sería feliz sin verla y sin estar cerca de ella? Lo echaba tanto de menos que le dolía. Echaba de menos lo que tenían.

Pero no había sido suficiente con tenerlo cerca más de lo necesario. Ese mal hombre.

Sus pensamientos la dejaron tan devastada emocionalmente que estaba demasiado atontada como para preocuparse por su cita infernal. Él ya había

dado por hecho que ella se iría a la cama con él en cualquier momento, sencillamente le traían sin cuidado sus opiniones y desprendía un aire muy adulator y desagradable. Si esto era lo que había disponible para convertirse en marido, Tamira estaría mejor soltera durante un tiempo.

—Mira, Barry —comenzó ella, dejando el tenedor a punto de mandarle a paseo por la broma que le había hecho preguntando a Tamira si alguna vez había hecho un trío y si tenía alguna amiga que estuviera buena que pudiera estar interesada en unirse a ellos. Tamira estaba... sin palabras. Ese hombre debía de ser bipolar. Tenía un aspecto decoroso que debía de haber utilizado para engañar a los padres de ella y a los de él, pero era el misógino más imbécil que necesitaba que le metieran un pie por el...

—Créeme, amigo mío —dijo una voz que surgió de la nada interrumpiendo lo que Tamira estaba a punto de decir—. Tamira puede hablar de muchas cosas, pero una cosa que sé de ella es que odia compartir —añadió una voz profunda.

El cuerpo detrás de esa voz era alto, con los hombros anchos y se adelantó hasta apartarse de las sombras del restaurante. Tamira se quedó boquiabierta al ver a Rafe. Él estaba ahí, junto a su mesa, elegante con un jersey y un abrigo, un enorme ramo de flores en una mano y una pequeña bolsa en la otra. Mientras Tamira lo miraba boquiabierta con incredulidad, Rafe le guiñó un ojo y sonrió.

—¿Quién diablos eres tú? —espetó Barry, haciendo desaparecer su actuación adulatora.

—Tu sustituto —dijo Rafe sin relajar su amplia sonrisa mientras se giraba hacia Barry—. Yo también tengo una cita con Tamira esta noche. Y parece que tu tiempo se ha acabado. —Él miró su reloj de muñeca de forma inequívoca—. Creo que has dañado lo suficiente el honor de todos los hombres con amor propio del planeta con tu comportamiento torpe y de mal gusto.

—¿Qué diablos...? —Barry se puso de pie con aspecto furioso mientras alzaba considerablemente la vista hacia la silueta que tenía delante. La sonrisa de Rafe se había disipado, y ahora el ambiente estaba lleno de una inconfundible amenaza violenta que incluso Tamira podía ver en la oscura profundidad de los ojos de Rafe mientras este clavaba la mirada en Barry.

Barry echó un vistazo a las mesas que había alrededor al notar sus miradas curiosas. Entonces volvió a alzar la vista hacia Rafe y finalmente dirigió la misma mirada frustrada y furiosa hacia Tamira antes de coger su «regalo» de la mesa. Parecía estar preparado para lanzar unas palabras hirientes a Tamira cuando echó un vistazo al imponente Rafe y cambió de opinión. Unos segundos después salió del restaurante hecho una furia.

Tamira todavía estaba sorprendida. ¿Estaba atrapada en una de esas telenovelas con las que Nisha bromeaba?

Rafe se sentó en la silla que Barry había dejado libre y al momento Tamira se recompuso, ya que era su turno para mirarlo. Su enfado, su dolor, su sentimiento de traición eran muy diferentes a los del tonto de Barry.

Mientras ella miraba fijamente a Rafe con emociones encontradas, él sonrió y puso la bolsa sobre la mesa entre ambos. Fue entonces cuando Tamira vio que contenía un bonito par de zapatos de tacón de diseño que le resultaban familiares. Rafe dijo:

—Esto es para sustituir tus zapatos rotos. ¿Te acuerdas? Los de la noche en que nos conocimos. Nunca llegué a compensarte por ello.

Entonces él alzó el precioso ramo de flores.

—Y esto es para desearte un feliz cumpleaños. ¿No te alegra que apareciera y me librara de ese payaso? —bromeó sin que pareciera importarle que Tamira no sentía estar en deuda.

—Gracias por salvarme —dijo ella con la mirada perdida y sin una pizca de sarcasmo pese a los puñales en sus ojos—. Siempre estás listo para el rescate, ¿no?

—Así es —dijo él con la misma sonrisa fanfarrona mientras se reclinaba para desabrocharse los botones del abrigo—. Es como si fuera tu ángel de la guarda.

La mirada penetrante de Tamira emitió unas chispas de furia. Rafe ladeó la cabeza y le acercó las flores que tenía en la mano.

—¿Ni siquiera vas a aceptar tu regalo de cumpleaños?

El ardor humeante de los ojos de Rafe giraba alrededor de Tamira como un torbellino, y el tono grave y sedoso de sus roncas palabras la envolvió con un dulce encanto.

—¿Por qué me haces esto? —susurró ella. El enfado salió de ella con una ráfaga de impotencia que intentó ocultar—. Creía que habíamos terminado. ¿Por qué agitas así mi corazón? ¿Cómo sabías que era mi cumpleaños?

Su único pensamiento era que quizá Nisha tenía algo que ver con ello. Pero eso no explicaba por qué había vuelto después de que ella fuera incapaz de ponerse en contacto con él durante semanas.

La respuesta de Rafe fue una leve sonrisa, y entonces él se inclinó para oler el ramo de flores. Un segundo después clavó sus ojos castaños en Tamira.

—¿Y si estoy intentando agitar tu corazón? ¿Te parecería bien?

Tamira no sabía qué responder. Dudaba de estar entendiendo lo que estaba pasando. Lo único que podía hacer era quedarse ahí sentada intentando contener su creciente inquietud.

—Solo digo que, —murmuró Rafe— dejando a un lado el hecho de que hemos trabajado juntos o incluso de que teníamos un acuerdo de dominancia y sumisión... Simplemente, sin más condiciones, ¿te interesa que te agite? O, mejor... ¿y si tú agitas mi corazón?

Esa sonrisa blanca matadora era plena y sus palabras provocaban algo en los sentidos de Tamira que ni siquiera parecía razonable. ¿Cómo podía encontrarlo atractivo y excitante después de lo que le había hecho pasar?

—¿Es una broma? Rafe, no te interesan ni el compromiso ni una relación. No he necesitado una bola de cristal que me lo dijera mientras estábamos juntos —espetó Tamira con tono acusador.

—Por eso te pido que me agites el corazón —dijo él con voz ronca. Él se inclinó hacia delante y puso la mano en la mesa sobre la de ella. ¿Cómo era posible que el contacto de otro hombre, hacía solo unos minutos, le hubiera producido escalofríos y que ahora su cuerpo, toda su carne, se alegrara de sentir la cálida seguridad de la mano de Rafe?

Él era el hombre que más daño le había hecho en toda su vida. ¿Por qué no conseguía odiarlo todo sobre él, y más aún que la tocara? En vez de eso, su corazón latía con fuerza al sentir que se estremecía de la misma forma que lo había hecho cuando apareció en el restaurante.

—Tamira. No pienses en nada más que enseñarme lo que me he perdido. Por eso estoy aquí. Quiero dejar de resistirme a lo que podría ser —dijo Rafe mientras le agarraba los dedos con más fuerza y clavaba esa mirada profunda en sus ojos—. Quiero que llenes mi cabeza de ideas, de cómo necesito empezar a confiar y construir sueños con alguien. ¿Puedes hacerlo?

La confusión de Tamira se reflejaba en sus ojos. Todavía no sabía por qué

él estaba ahí cogiéndole la mano en ese momento. Parecía un sueño. Y, si lo era, no quería que la noche terminara. Se prometió a sí misma que perseguiría a cualquiera que se atreviera a despertarla de ese sueño.

—Rafe... —dijo ella con los ojos vacilantes mientras lo miraba. Un momento después, él se había levantado de la silla y se había inclinado para atrapar su boca en un beso rápido y maravilloso.

Capítulo dieciocho

Habían salido y se dirigían a la playa que estaba cerca del restaurante. Después de ese beso que les había encogido el estómago, Rafe y Tamira salieron de allí sabiendo que necesitaban más intimidad, aunque fuera solo para hablar.

Unas escaleras de piedra llevaban a la playa, donde había un ambiente tranquilo y apartado. Rafe se agachó para sentarse en un escalón, miró hacia arriba y extendió la mano hacia Tamira. Tras un momento de duda, ella le dio la mano y dejó que la guiara para sentarse a su lado.

—Habla conmigo, Tamira. —El silencio se había extendido demasiado, y él entrelazó los dedos con los de ella y la obligó a mirar el ardor de sus ojos—. Pregúntame lo que quieras. Te prometo que me explicaré lo mejor que pueda.

Tamira respiró hondo con un escalofrío.

—¿Cómo pudiste irte así? Tantas semanas. ¿Qué pasó con tus planes para la colección de *athleisure*? ¿Y todas las campañas y las colaboraciones?

Rafe giró la cabeza para contemplar el mar, las olas oscuras batían contra la arena bañada por la luz de la luna.

—Me había centrado en la empresa durante años. Sobre todo en los últimos meses desde que fui nombrado director. Luché por demostrar que valía, manteniendo mi puesto pese a los que pensaban que me lo habían

regalado.

Por un instante, Tamira sintió que le apretaba la mano de forma elocuente.

—Ahora nada de eso importa —continuó él—. Me he tomado un tiempo para orientarme y tener las cosas claras. Ahora estoy en casa, pero no voy a volver a mi puesto de director.

—¿Qué?

Rafe volvió a mirar a Tamira, y su mirada embelesada le hizo sonreír con humor.

—Lo dejo. O, mejor dicho, renuncio. Ni yo ni las decisiones que yo tome tendrán influencia en la empresa a partir de ahora.

—Pero... ¿Por qué? ¿Tiene algo que ver con la reunión de urgencia del consejo que se celebró hace meses? Oí rumores, pero nadie podía confirmar nada —dijo Tamira con preocupación—. El proyecto de *athleisure* fue un éxito rotundo. ¿Tuviste problemas con los miembros del consejo?

—No tiene nada que ver con eso. —Rafe encogió los hombros sin parecer inquieto—. Lo que importa es que he decidido tomar el control de mi vida, de mis decisiones. No iba a dejar que nadie, y menos mi madre, tuviera el poder de influir en mi criterio solo para mantener mi elevada posición como director.

Cuando Tamira, confundida, continuó preguntando cómo su madre había

querido influir en su criterio, ella no tenía ni idea de que tendría que ver con ella.

Con evidente reticencia, Rafe empezó a contarle la verdad detrás de todo. Cómo su madre, Sylvia, no aprobaba su relación desde que los vio juntos en el evento de arte. Ella le había hablado de mantener las apariencias con la persona adecuada, y él le había dicho que no se entrometiera. La semana siguiente, ella había convocado una reunión de urgencia del consejo.

—Muchos departamentos del Grupo Cavendish tuvieron que revisar sus informes económicos, y, por suerte, mi empresa tenía unos informes immaculados de los ingresos de los últimos seis meses. Pero capté el mensaje: mi madre intentaba decirme que ella tenía el poder y que yo tenía que ceder a sus deseos —dijo Rafe, y Tamira sintió dolor por el enfado que emanaba su voz.

—Tuve que seguir adelante y centrarme en que la inauguración fuera un éxito para que no tuviera armas contra mí. No podía contarte lo que pasaba, no estaba seguro de lo implicada que querías estar. No tenía sentido arrastrarte a una pelea con mi madre y que estuvieras bajo presión. Tamira, me gustaba estar contigo y no quería que hubiera sombras acechándonos. —Él le cogió los nudillos brevemente para darle un beso. El simple hecho de escucharle decir su nombre con tanta dulzura hizo que su corazón latiera como un tambor.

Entonces él suspiró con fuerza.

—Pero la noche de la inauguración mi madre se enfrentó a mí y me dijo que te dejara o ella acabaría contigo. No podía pensar. Me decía a mí mismo que mantenerme alejado de ti era la mejor manera de que estuvieras segura e ilesa. Te ignoraba y me mataba cada vez que lo hacía.

Tamira casi no podía soportar ver la mirada de dolor en su cara, sentía un latido en el corazón que le transmitía su agitación interna. Ella dejó que continuara, pero esta vez le apretó con suavidad la mano que envolvía la suya con firmeza. Rafe sonrió ante ese gesto reconfortante.

—Me fui unas semanas a hacer un viaje que tenía planeado. Era un viaje misionero para la empresa, parte de nuestra iniciativa en países del tercer mundo que se está expandiendo a algunos lugares del este de África. Lamentablemente, eso significaba que no podía utilizar ningún aparato tecnológico. Visitar comunidades rurales, enseñar en la escuela, hacer trabajo voluntario... Fue mi momento de purificación. Empecé a darme cuenta de lo que era importante. Ver a la gente feliz y satisfecha con lo poco que tenían me hizo entender todo lo que me faltaba en la vida pese a tener tanta influencia y prestigio. Lo más importante es que no te tenía a ti. Sabía que tenía que volver contigo.

Sus miradas se encontraron como si las atrajera una fuerza invisible, y a Tamira le mataba el ver tantos sentimientos en los ojos de Rafe ahora que lo

miraba con suficiente atención y creía lo suficiente.

—Así que he vuelto esta mañana... y he visto todos tus mensajes. He intentado llamarte, pero solo he conseguido hablar con Nisha. Me ha regañado por abandonarte cuando me necesitabas. No me ha explicado nada, pero ha sido ella la que me ha dicho que hoy era tu cumpleaños y que tenías una cita a ciegas que aceptaste con reticencia, solo para complacer a tus padres. Decidí ir al rescate y Nisha me dio su consentimiento.

A Tamira se le dibujó en los labios una sonrisa incontenible. Se le animó el corazón al instante. De pronto su mundo parecía diez veces más luminoso. Su estúpido corazón era muy débil ante una apasionante promesa de esperanza de que pasara algo entre Rafe y ella. ¿De verdad podía empezar a soñar con un futuro juntos?

—Así que eso es lo que querías decir cuando has dicho que también tenías una cita conmigo esta noche.

—Nunca pensé que Nisha haría de celestina entre nosotros. Pero está claro que parece saber que lo que compartimos tiene futuro. —Las palabras burlonas de Rafe hicieron que Tamira se espabilara. Le había contado a Nisha lo del bebé y se alegraba de que su mejor amiga no se lo hubiera contado a Rafe. Nisha debió de pensar que ayudaría si conseguía que Rafe se implicara como ella había conseguido que lo hiciera esa noche.

Tamira sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo y se frotó los

hombros para combatir la brisa. Al instante, Rafe se quitó el abrigo y lo puso sobre sus hombros.

Cubierta por su abrigo de una agradable calidez aromatizada, Tamira le dio las gracias y asintió cuando él dijo que era mejor marcharse porque estaba refrescando junto a la orilla.

Pronto llegaron a la carretera y Rafe bromeó:

—Tendremos que coger un taxi. Siento no haber podido venir en el Ferrari. Desde que le dije a mi madre que he decidido renunciar a mi puesto como director, me ha bloqueado las tarjetas y ha recuperado los coches. No te importa, ¿no? Vivir en estas condiciones conmigo hasta que pueda recuperarme. O podrías mantenernos a los dos.

Tamira se balanceó sobre los tacones, su cara se quedó helada mientras lo miraba fijamente con un gesto despreocupado.

—¡Rafe! Si todo esto es por mí...

—No lo es. No me dejaré intimidar. Y al mismo tiempo voy a luchar por lo que creo. Y creo en nosotros.

Capítulo diecinueve

Tamira también quería creer en ellos. Quería ofrecerlo todo con su corazón y esperaba que Rafe no lo pisoteara. Durante los siguientes días pasó tiempo cerca de él y se sintió en el paraíso. Pero seguía sin darle las noticias del embarazo.

Quizá ella pensaba que tenían que aclarar sus sentimientos antes de que pudiera confiar en que lo que tenían podía superar la prueba. Pero, a medida que pasaban los días y compartían una intimidad, una convivencia y una comprensión tan intensas, Tamira se sentía culpable por tener dudas.

Rafe había cambiado. Demostraba de todas las formas posibles que esta vez no iba a esconder partes de su vida. La primera vez que le dijo que la quería, Tamira estaba tan sorprendida que durante un minuto ni siquiera se dio cuenta de que ella no le había respondido de la misma forma.

Tamira estaba preocupada por que Rafe se hubiera visto forzado a renunciar a tanto, incluso a aquellas cosas que él se había ganado en su anterior puesto en la empresa.

—Los coches deportivos, los pisos y las tarjetas sin límite de gasto eran parte del puesto de director y, cuando renuncié a serlo, es normal que los beneficios desaparecieran también —explicó Rafe—. Tamira, soy más feliz que nunca. Todavía tengo alguna propiedad que compré por mi cuenta, y tengo planes para empezar a construir mi carrera. No es como si no pudiera

conseguir un trabajo bien pagado si quisiera. No puedo acceder a mis fondos fiduciarios hasta que tenga treinta años, y todavía quedan dos para eso.

—Rafe —dijo Tamira con un tono de protesta, pero él solo la acercó más a su cuerpo.

—A mi novia le va bien y gana más que suficiente. No es que vaya a pasar hambre, ¿no?

Él frotó la garganta de Tamira mientras jugaba desabrochándole la blusa.

—No puedo negar que ser un mantenido podría tener sus beneficios —bromeó él, retrocediendo ligeramente y recorriendo con sus ojos brillantes sus senos descubiertos, más voluptuosos y exuberantes de lo que los recordaba.

—¿Por qué no me escuchas cuando yo...? —El tono desesperado de Tamira se convirtió en un jadeo cuando Rafe le atrapó un pezón con la boca. Ella no iba a protestar mucho después de eso...

Capítulo veinte

Rafe había estado en conversaciones todo el día con gente de una gran cadena de televisión. Le habían contactado una semana antes con la idea de un *reality show* basado en deporte, *fitness* y moda. Él sería parte de las personalidades de cabecera de las redes sociales, que incluían a otros hombres y mujeres conocidos por el público por su forma de vida deportiva, por su estilo vistiendo y por su motivación.

—Hemos visto algunas de tus entrevistas en televisión, en YouTube, vídeos en Instagram, y sabemos que tienes carisma y presencia ante la cámara. Creemos que sumarte al equipo será estupendo para el programa.

Rafe todavía estaba pensándolo. Estaba bien que lo reconocieran por algo más que ser el «heredero de una fortuna multimillonaria». No estaba seguro de cómo se sentía por aparecer en televisión o estar en primer plano. Había hecho lo que quería, no para conseguir atención sino para inspirarse a sí mismo e inspirar a otros. Pero si el programa iba a ser una manera de aumentar su oportunidad de llegar a más gente de una forma positiva, podría pensar en intentarlo. A nadie parecía interesarle el hecho de que su familia tenía millones o que él fuera el nombre tras la gran marca de *athleisure* que se acababa de convertir en un tremendo éxito, arrasando en ventas todas las semanas. El Grupo Cavendish había mantenido en secreto que Rafe ya no era el director, pero ya no se podía esconder por más tiempo. Pero eso ya no era

problema de Rafe.

Justo en ese momento su teléfono sonó. Era Tamira. Tenía una sonrisa en la cara pensando que ya debía de echarlo de menos.

Con reticencia, se había ido de casa por la mañana tras saber que ella se sentía mareada y quería estar tumbada. Le había dicho que no se preocupara y que fuera a la reunión, y que ella siempre tenía esas punzadas por la mañana. Rafe había pasado muchas noches en su casa durante la última semana y había bromeado con mudarse en cualquier momento. Las cosas no iban tan mal. Él tenía varias inversiones, algunas empresas que había fichado antes y que estaban produciendo dividendos prometedores. Estaría en pie en un abrir y cerrar de ojos y nunca tendría que pensar en volver para mendigarle su madre. Ya se sentía muy optimista por el futuro. Un futuro acogedor con Tamira en el centro...

Así que cuando ella llamó y sonó extraña, él empezó a sentir cierto temor.

Tamira estaba en el hospital... Le habían hecho análisis... Lo necesitaba allí en ese momento porque ella no podía asimilar las noticias...

«¿Qué noticias?»

Él no entendía nada de lo que decía, y ella no paraba de decir que estaba sorprendida y de preguntar si podía dejar lo que estuviera haciendo y presentarse allí.

—Estoy muy asustada, Rafe —jadeó ella entre sollozos.

—Estoy en camino —dijo él con calma—. Espérame. No voy a dejar que te pase nada malo.

Rafe sonaba más seguro de lo que se sentía. No lograba sobreponerse a la voz temblorosa por la emoción de Tamira y a la forma en que le había hecho dar vueltas a la cabeza. ¿Por qué no podía decirle lo que era? ¿Había tenido un accidente? ¿O había descubierto que estaba terriblemente enferma? ¿Y si se estaba muriendo? ¿Y si...?

Media hora después Rafe por fin llegó al hospital, encontró la habitación en la que estaba y atravesó la puerta.

La cogió de las manos y la miró fijamente a la cara, que estaba llena de lágrimas. Tenía un aspecto muy demacrado y frágil con el camisón del hospital, pero nunca había estado tan guapa. A Rafe se le aceleró la respiración y él la agarró en un abrazo desesperado. Le dijo que la quería mucho y que estaría con ella en los malos momentos, que nunca se iría de su lado aunque le quedara poco tiempo...

Capítulo veintiuno

Tamira se apartó del consuelo de los brazos de Rafe con confusión. Estaba aturdida desde que había llegado por la mañana para hacerse análisis y el médico le había dicho que había visto algo. Cuando le dijo lo que era, se sintió conmocionada y llamó a Rafe. Los resultados estarían a punto de salir y no quería estar sola si las sospechas del médico se confirmaban.

Pero las palabras de Rafe no tenían sentido. ¿Qué podía pensar que había querido decir ella?

Justo en ese momento, antes de que se pudiera explicar, la médica entró con la ecografía. Parecía joven, casi adolescente, pero tenía algo que demostraba que era más capaz de lo que podía parecer por su edad. De alguna forma, uno sentía una corriente de confianza instantánea al ver su sonrisa.

Ella le confirmó a Tamira que el médico tenía razón. Tamira tenía un embarazo múltiple.

—Enhorabuena. Todo tu cansancio se debe al hecho de que estás embarazada de tres bebés sanos —les dijo.

—¿Vamos a tener trillizos? —exclamó Tamira. Entonces se giró alarmada hacia Rafe, que estaba aturdido por la inesperada noticia... y él se desmayó de la emoción.

Capítulo veintidós

Por alguna razón, contuvo la respiración cuando la puerta del baño se abrió y apareció su marido.

Vaya. ¿Había pasado un año desde que se casaron? Ella no podía olvidar aquel día perfecto y soleado en Versalles. Embarazada de cuatro meses de los mellizos y la niña, ya empezaba a parecer que esperaba trillizos. Pero le encantó vestirse de novia y unirse a su precioso novio, que la esperaba bajo la pérgola, con los ojos llenos de admiración y amor.

El día terminó con una fiesta en la azotea, decorada de forma exquisita, desde donde los invitados y la pareja podían ver las calles de la ciudad por donde paseaban turistas que los saludaban y parecían querer ser parte de la fiesta. Tamira recordaba el baile con Rafe, sintiéndose despreocupada y viva y sabiendo que pronto podría despedirse de sus pies por el agotamiento de llevar a tres bebés creciendo en su cuerpo.

Ahora, con los tres angelitos de casi ocho meses, Tamira disfrutaba de cada minuto agotador.

Sin duda era una experiencia única como madre, y se alegraba mucho de tener a Rafe a su lado para compartirla.

Compartían mucho más en lo que respectaba a sus carreras y a sus metas.

Justo antes de casarse, Rafe había aparecido con el contrato que iba a firmar para el *reality show* y, después de que se conociera la noticia de que

esperaba trillizos, la cadena quiso que su nueva familia fuera el centro de atención con su propia serie. ¿Quién habría pensado que se convertiría en un gran éxito?

Una pareja cariñosa y trabajadora que esperaba tres bebés. Tanto Tamira como Rafe tenían cierto nombre en sus respectivos sectores, y, sorprendentemente, los espectadores se engancharon a su historia de amor y a cómo habían encontrado la forma de estar juntos pese a las dificultades.

Tenían cámaras persiguiéndolos desde entonces a través de cada vivencia: la boda, el final del embarazo, el feliz parto natural de los dos niños preciosos e idénticos y de la niña con unos ojos castaños y adorables como los de su padre. Era un cuento de hadas, y los índices de audiencia subían al mismo tiempo que el amor y el apoyo de los seguidores por Rafe, Tamira y los bebés. Era un viaje alucinante y una experiencia increíble. Cada día era un desafío que valía la pena.

Meses antes, cuando Tamira descubrió que estaba embarazada, al tener su primera ecografía y ver al bebé en la pantalla se había sentido feliz. Fue toda una sorpresa tener la segunda ecografía unas semanas después y que la enfermera les diera la noticia a ella y a Rafe: ¡iban a tener trillizos!

Como esa era la primera noticia que Rafe tenía sobre el embarazo, era comprensible que perdiera el conocimiento durante un minuto. Tamira se sintió mal por haberle ocultado la noticia del embarazo durante tanto tiempo,

pero al final todo había salido bien.

Aunque hubo un momento de alarma un mes después, unos días antes de la boda. El padre de Rafe llamó para decir que su madre estaba en el hospital por un problema de salud. Aunque Rafe y su madre no habían hablado en semanas desde que volvió de África, él fue a verla y, por suerte, no era muy grave. Ella intentó que volviera a la empresa y siguiera siendo el director. Confesó que sabía que iban a tener a los bebés y dijo que se sentía realmente feliz.

Él no esperaba que asistieran, pero tanto sus padres como el resto de su familia fueron a la feliz boda, íntima pero desmesurada. Él sabía que todavía había muchas tensiones que superar, pero al menos no había ninguna hostilidad directa entre su mujer y su familia. Rafe se alegraba de ello.

La vida no podía ser más perfecta. Ya habían formado su propia familia con Tatyana, Rolfe y Wolfe. La familia de Tamira y la de él los apoyaban y a veces aparecían en el programa. Eran la pareja de oro en la que prevalecía el amor, y ver a la cariñosa pareja compaginando sus carreras con la paternidad era algo que a los espectadores les encantaba. Rafe y Tamira ya tenían preparada una segunda temporada.

Aunque, por ahora, las cámaras y el equipo se habían ido. Era su primer aniversario y los niños estaban con Nisha y con los padres de Tamira. Nisha siempre se quedaba con los abuelos cuando cuidaban a los bebés. A Nisha le

encantaba hacer de tía y sabía que los padres de Tamira estaban esforzándose y necesitarían todo el apoyo posible para cuidar del enérgico trío.

Estando solos, Rafe y Tamira podían hacer tiempo para su idilio personal. Cenaron a la luz de las velas y después Rafe insistió en terminar con los platos cuando Tamira le dijo que se iba a dar un baño y que esperaba que se uniera a ella.

Ella había esperado pacientemente en la enorme bañera disfrutando de las burbujas, y cuando Rafe entró con la bata oscura satinada pareciendo el sexo encarnado, ella sintió las mismas mariposas que al principio, que la primera noche.

Su marido era más guapo y más atractivo que nunca. Como un galán de Hollywood. Él se quitó la ropa lentamente con los ojos brillantes. Tiró del cinturón y dejó que la bata cayera de sus hombros anchos y morenos. Tamira lo contemplaba ensimismada.

«Maravilloso». Una palabra que surgió de ninguna parte. Después de un año queriéndose y viviendo juntos, qué él le siguiera inspirando asombro, excitación y adoración le decía a Tamira que tenía mucho por lo que sentirse agradecida.

Era un buen marido y un buen padre, amigo y amante. Y dominante.

Oh, ellos seguían teniendo sus encuentros prohibidos, a veces incorporándolos a sus relaciones rutinarias o dejándolos para momentos

especiales en su sala secreta del sótano de la que solo ellos tenían la llave.

Esa noche, el tema era realmente romántico con un toque picante. El marido de Tamira entró a la enorme bañera que estaba en medio del baño de estilo elegante, y un instante después Tamira estaba salpicándole con agua. Su risa llenó el ambiente mientras Rafe se vengaba, convirtiendo su baño en un juego.

Pero poco después su juego se volvió tórrido. El amor que inundaba el ambiente se mezclaba con el aromático vapor mientras Tamira le frotaba la espalda a Rafe con ternura y él hacía lo mismo por ella. El deseo que aumentaba entre ellos era intenso. En vez de ceder a su pasión en ese momento, supieron guardarlo para después. En cambio, se lavaron el uno al otro con cariño. Pero, bajo la superficie, Tamira podía sentir que su cuerpo empezaba a arder. Con cada dulce beso que su marido le daba en el cuello, la tensión entre sus piernas aumentaba.

Al terminar el baño, Rafe envolvió a Tamira en una enorme toalla. Tamira se sintió como un premio que su captor había conquistado al atraerla con sus poderosos brazos. La llevó al dormitorio y la puso con cuidado sobre la cama. Entonces cogió la toalla por un extremo y tiró de ella de repente, haciendo que Tamira cayera desnuda de la toalla desenroscada. Ella dio un grito ahogado, y rodó hasta aterrizar en el otro extremo de la enorme cama de matrimonio.

Mirando por encima de su hombro con agitación, vio cómo Rafe se acercaba con su musculoso torso meciéndose hasta que llegaba a su cuerpo en el colchón. En cuanto llegó a ella, ella se tumbó sobre la espalda y él bajó la cabeza para darle un beso.

En el último momento, ella esquivó sus labios, se levantó de la cama y gateó ágilmente de espaldas sobre su trasero. Su amante de ojos brillantes no perdió tiempo en acercarse. Rápidamente, redujo la distancia que los separaba.

Tamira se puso de rodillas y puso las manos sobre sus hombros. Sin decir una palabra, lo empujó hacia atrás para que descansara sobre los innumerables cojines. Puso una mano sobre los labios de él y transmitió un mensaje con sus ojos que solo ellos entendían.

Aparentemente satisfecho limitándose a mirar, Rafe fijó los ojos en su mujer cuando ella se levantó de la cama y bailó de forma sensual, ofreciéndole una vista de 360 grados de su voluptuoso cuerpo mientras ella daba vueltas y se mecía.

Su delgada figura no había perdido lo provocativo de su silueta, que consiguió recuperar al poco tiempo de que nacieran los bebés. En esos momentos sensuales en los que ella ondeaba los brazos por encima de su cabeza con un ritmo lento y sexi, era su bailarina privada. Lo seducía, lo tentaba con las curvas de sus caderas y su vientre cóncavo, con sus

voluptuosos senos y la humedad entre sus atractivos muslos.

Tamira escondió un escalofrío ante la mirada de sus ojos, tan ardiente y asombrada. Le encantaba ser capaz de hacer que todavía la mirara así.

Tamira se puso de rodillas otra vez y se deslizó hasta Rafe, acercando sus labios a los de él y retrocediendo de nuevo justo cuando él la iba a alcanzar con la boca. Con un gruñido él le agarró la muñeca y la acercó otra vez. Ella se cayó sobre él con un suspiro, sintiendo su pecho duro y musculoso bajo su espalda y su duro miembro en el coxis al descansar sobre él. Ella giró la cara y vio cómo bajaba la cabeza de nuevo, pero no... ella aún no había terminado de torturarlo.

El juego del cazador y la presa. Nada era tan excitante como estar a su alcance y apartarse como lo estaba haciendo ella ahora. Cada vez que Rafe se agachaba para llegar a su boca, Tamira se alejaba haciendo que él empezara la persecución de nuevo. Adelante y atrás, una y otra vez. Era como una compleja escena de amor de película, una música imperceptible que guiaba el ritmo de sus cuerpos meciéndose de un lado a otro.

Tamira se echó hacia atrás sobre el brazo de Rafe al tiempo que él se acercó a sus labios una vez más, y ella dejó escapar un suave suspiro en su cara que le hizo gemir de excitación.

Cayendo hacia atrás, la llevó junto a él y la rodeó con los brazos en un fuerte abrazo, haciendo que Tamira descansara sobre él con un suspiro. Ella

levantó la mano de él hasta su boca y le dio un beso en la palma. Eran capaces de dar vueltas entre las sábanas sin descanso, disfrutando de su intimidad y de su pausado deseo. Era un aliciente exuberante, ambos estaban seguros de pertenecer al otro en cuerpo y alma.

Descansando sobre el sólido pecho que parecía una pared de mármol, Tamira gimió cuando Rafe paso su brazo musculoso alrededor de su vientre, dejándola pegada a él. Enredó la otra mano en su pelo y lo usó como un manillar, inclinándole la cabeza hacia atrás y a un lado. Le recorrió la cara con la nariz, desde la sien hasta debajo de su oreja, y la escondió en el punto en el que su cuello se unía a la clavícula.

El aliento cálido de Rafe hizo que su piel entrara en calor antes de que él abriera la boca y le lamiera de forma hambrienta la unión entre el cuello y el hombro. Tamira gimió y su cuerpo se retorció en su fuerte abrazo.

Haciéndola callar con suavidad, él levantó los labios hasta morderle el lóbulo y susurró:

—Aunque me encanta jugar, creo que disfrutas demasiado de hacerme sentir impaciente. No me has dejado darte un beso en condiciones ni una sola vez hoy.

—¿Ha pasado tanto tiempo? —preguntó Tamira con los ojos abiertos de par en par, girándose y mirándolo por encima de su propio hombro.

—Descarada. Sabes que sí. No me has dado mi beso de buenos días, para

empezar. Me has esquivado todo el día, y ahora esto. Necesito mi dosis *ahora* —gruñó él y, con unas maniobras rápidas, tumbó a Tamira sobre la espalda.

Ella abrió las piernas con una sumisión involuntaria para que él se acomodara entre ellas. Él puso las manos a los lados de su cabeza consiguiendo equilibrar su peso. En esa posición, ella podía rodearle la cintura con las piernas con facilidad, creando una cuna para sus musculosas caderas. Su montículo depilado era un descanso suave y amortiguado para su miembro duro y prominente cuando le rozaba el clítoris.

El gemido de Tamira vibró a través de ambos, y el cuerpo de ella estaba perdido ante la sensación del miembro hinchado de Rafe deslizándose entre los labios abultados de su sexo. Sin poder contenerse, ella bailó sobre él y, con un gemido como respuesta, Rafe presionó con más fuerza sobre su entrepierna, haciendo que Tamira dejara caer la cabeza hacia atrás mientras su espalda se doblaba como un arco.

—Sí, cariño... —gruñó Rafe con una respiración intensa en su cuello, después de poner ahí la cara—. Sabes cómo me gustan tus gemidos y lo mojada que estás.

Él se levantó un momento para mirarla a la cara antes de inclinarse y atraparle la boca. Clavó los dientes en su labio inferior con intensidad haciendo que gritara por el mordisco. Entonces él se tragó el sonido y sumergió la lengua a través de sus labios.

¿Cómo era posible que los besos de Rafe siempre parecieran una novedad? Tamira sintió que se ahogaba en su éxtasis y su intensidad. Deslizó las manos por su pecho hasta llegar a esos pectorales duros y amplios. Su pecho se agitó cuando ella lo tocó y él intensificó el beso. Tenía una mano alrededor de su garganta y apretando una parte, consiguiendo añadir más placer al vertiginoso huracán que sus labios producían sobre los de ella. Tamira se esforzaba por respirar, pero al mismo tiempo le encantaba esa sensación ligeramente asfixiante de esa enorme mano sobre su garganta. Unos segundos después, Rafe deslizó la mano desde el cuello hasta sus pechos, cubriendo uno de ellos con la mano y apretándolo con fuerza.

Quedaron arrastrados por una gran burbuja de felicidad, presionando los labios, ella con el cuello húmedo por la saliva y susurrándole al oído a medida que su pasión se intensificaba.

Rafe le agarró los pezones con las yemas de los dedos con delicadeza, y después con los labios. Tamira se dejó caer sobre las almohadas casi incapaz de respirar hasta que, por fin, notó el cálido aliento de Rafe descendiendo hasta la unión de sus muslos.

Tamira se dejó llevar hasta derretirse de placer, sucumbiendo por completo.

Varios minutos después de disfrutar de su lengua enredándose con sus labios, casi la llevó a una carnosa masa de felicidad. Él le separó los labios

con los dedos y le clavó la lengua profundamente, tocando los diminutos nervios del interior de su cuerpo con éxtasis. Cuando el orgasmo parecía estar a punto de llegar, Rafe apartó los labios del clítoris y le besó el interior satinado del muslo.

Tamira lo cogió por la nuca para acercarlo más, y de pronto sintió que él le agarraba la muñeca.

—¡Oh!

Su gemido de sorpresa y excitación hizo que a Rafe le ardiera la mirada. Tamira solo podía contemplar sin aliento cómo Rafe le envolvía las muñecas con pañuelos de seda y los ataba a los extremos del cabecero de la cama con dosel. La seda la mantenía atada firmemente y el antifaz para dormir que le puso sobre los ojos apagó su visión, aumentando así el misterio.

—Abre la boca —le dijo él suavemente. Sonó un crujido y unos instantes después Tamira saboreó el placentero sabor de una trufa que había colocado entre sus labios entreabiertos de forma obediente. El chocolate se derritió de forma dulce en su lengua, y los sentidos de Tamira estallaron por lo estimulante que le resultaba confiar en todos sus sentidos a excepción de la vista. Una trufa nunca le había sabido mejor.

Indefensa y desnuda, permaneció tumbada con la oscuridad de la máscara, esperando impaciente a tener pistas de lo que podría pasar después. Sabía que la caja que Rafe tenía a los pies de la cama escondía varias

sorpresas, pero no se atrevió a mirar lo que había cuando tuvo la oportunidad al ir a darse un baño. Aunque no dudaba de que todo lo que hubiera en el baúl tendría su aprobación. Rafe sabía con qué seducirla.

Después llegó una secuencia de placenteros momentos de dulce agonía, porque esa era la única forma en que Tamira podría describir lo que sentía su cuerpo en manos de su amante dominante.

Primero, los aceites esenciales hicieron que sus senos se estremecieran cuando el suave contacto de Rafe los masajeó sobre su piel. Después esas manos bajaron hasta su entrepierna, calentando su palpitante vulva con unos toques suaves que le resultaban frustrantes y le hacían querer sentir más presión.

Como respuesta escuchó el zumbido de un vibrador y pronto una leve agitación se posó sobre su clítoris. Tamira jadeó de placer por las vibraciones constantes que se extendían en círculos sobre su montículo. Ella empujó las caderas hacia esa sensación, pero seguía siendo desesperadamente tenue y la intensidad no aumentaba para llegar al éxtasis que ella buscaba.

—Sé buena, disfruta —le gruñó Rafe al oído. Él le advirtió que no se moviera ni presionara a no ser que él se lo ordenara, y le pellizcó los pezones cariñosamente por unos instantes. Tamira gritó y asintió rápidamente. Le encantaba que la obligara a obedecer.

Rafe presionó el vibrador contra su clítoris otra vez, y esta vez la

intensidad era mayor. Tamira gimió con satisfacción, pero un segundo después se volvió a convertir a una suave vibración. «Mierda, mierda, mierda». Tamira se dijo a sí misma que necesitaba respirar y disfrutar de la dolorosa dulzura.

Esa dulzura se volvió salvaje cuando menos lo esperaba. Rafe le agarró los tobillos con sus manos fuertes y le abrió las piernas. El vibrador seguía moviéndose con más y más fuerza sobre su clítoris hinchado por la agonía. Rafe metió dos dedos de una mano en su vagina y embistió varias veces con fuerza y profundidad. Al mismo tiempo, Tamira sentía que el clítoris le iba a estallar debido al vibrador.

Ella se sentía vulnerable, expuesta y al borde de la excitación, y no podía evitar presionar contra sus dedos con fuerza. Le hacía sentir muy bien y muy mal, pero no podía dejar de desearlo, de necesitarlo.

De nuevo, el gruñón de Rafe le advirtió que tuviera cuidado y le pellizcó y le golpeó el clítoris con los dedos para darle más placer y provocarle cierto dolor como recordatorio.

Tamira sintió que el vibrador se separaba del clítoris, jadeó y se agitó queriendo ser capaz de relajarse y esperar, pero cada vez le costaba más mantener el control.

Rafe le tocó el tobillo suavemente y con cariño y ella se calmó al instante.

Sí... Incluso cuando escuchó el sonido de los brazaletes de piel que Rafe

utilizó para sujetarle las piernas a los extremos de los pies de la cama.

«Ohh, esto va a ser una locura», pensó Tamira mientras se mordía el labio con fuerza por la expectación.

Rafe no la decepcionó. Volvió a poner el vibrador sobre su sexo y «ohhh», casi sintió alivio al escuchar el zumbido, incluso cuando volvió a arrastrarla a esa zona de éxtasis vertiginoso. Tamira podía adivinar lo que iba a pasar, y estar atada e indefensa lo hacía más atterradoramente excitante.

—Ahora voy a asegurarme de que te portas bien —dijo Rafe.

Ella nunca le había oído hablar con una voz tan fuerte y áspera. Su audición parecía aumentar al no poder ver, y saber lo nervioso que estaba Rafe le hizo sentir una excitación máxima.

Tamira sintió cómo le retorció y le pellizcaba los pezones con sus dedos expertos, haciéndola jadear por el dolor y el placer. Pronto se dio cuenta de que lo hacía para prepararla cuando le puso unas pinzas en sus suaves pezones unos instantes después. Tamira contuvo un grito y sintió que Rafe tiraba de la cadena que unía las pinzas para darle un aviso:

—Sigue las normas y no será más difícil de soportar. ¿Entendido?

Tamira solo pudo asentir rápida y firmemente. Era *imposible* hablar en ese punto. Las sensaciones se intensificaron en su indefensión y la dejaron en una posición crítica en la que no estaba ni flotando ni en la tierra, sino en un vacío indefinible de conciencia carnal.

El ansioso vibrador se movía insistentemente sobre su clítoris, pero ahora había algo más para distraer a una Tamira cegada por el placer. Rafe empezó a entrar en su vagina, pero esta vez no lo hizo con los dedos. El grosor del vibrador personalizado, creado a partir del molde del propio miembro de Rafe, se introdujo profundamente en su sexo. Las vibraciones del juguete sobre el clítoris parecían penetrar hasta el vibrador, que palpitaba en su interior como un ser vivo. Tamira gritó de forma incoherente y casi se desmayó cuando se derrumbó sobre las almohadas por el cúmulo de sensaciones.

«Quiero que lo sientas todo». Las palabras que Rafe la había dicho hacía tiempo siempre volvían a su mente en momentos como ese. Él siempre quería hacer que ella llegara *ahí* o incluso más allá, poniendo a prueba sus límites y haciéndole sentir la mejor experiencia de su vida. Tamira se moría de ganas de saber a qué límites y a qué profundidades podía llevarla.

Había suficiente elasticidad en las cuerdas de los tobillos para tirar de las rodillas y ponerle los talones sobre la cama. Rafe puso almohadas debajo de ella una a una hasta que estaba casi expuesta y abierta ante él. Ella estaba absorta por el falo largo y grueso que palpitaba dentro de ella gracias a su función vibratoria. Aun así, Tamira sabía que su cuerpo necesitaba y podía soportar más, mucho más.

Y vaya, Rafe lo sabía bien. Él empezó a masajear aceite en su zona anal,

primero jugueteando con los dedos y después de forma desafiante, y pronto metió el dedo en su trasero. Tamira forzó una exhalación que terminó siendo un gemido de placer. ¡Cómo le gustaba que Rafe le hiciera disfrutar de lo prohibido!

Él la preparó clavándole un dedo y después dos. Unos instantes más tarde, reemplazó esos dedos con un consolador anal de tamaño medio y la penetró lentamente. Tamira jadeó cuando sintió que llegaba al lugar y la parte inferior de su cuerpo ardía como si estuviera enterrada en un volcán de éxtasis.

«Demasiado, pero nunca suficiente...». Tamira se agitaba continuamente con el antifaz puesto, y tardó unos instantes en darse cuenta de que ya no le llegaba ningún movimiento a los oídos. Ni el zumbido ni la palpitación de los juguetes, ni Rafe. Solo ella y sus músculos internos contrayéndose de forma hambrienta sobre los aparatos juguetones que tenía dentro de su cuerpo, con sus carnes latiendo y palpitando pero sin llegar a encontrar suficiente disfrute.

Pareció pasar una eternidad hasta que Rafe señaló su presencia agarrando la cadena que unía las pinzas de los pezones. Su boca jadeante se abrió y él le puso otra trufa dentro.

Entonces sintió el roce de una copa de vino sobre los labios y dio varios sorbos. Tamira empezó a prepararse para las atenciones de Rafe. Él las expresó al poco tiempo, cuando el gran falo que ella tenía dentro la embistió

de nuevo repetidamente.

Ella no pudo evitar sentir la combinación con el consolador anal, ya que solo unas capas de carne los separaban. ¡Estaba tan deliciosamente tensa y llena! Su precioso torturador tiró de la cadena del pezón a medida que aumentaba el ritmo del vibrador que tenía dentro de su sexo. Sus manos expertas la volvían loca. Él conseguía hacer varias cosas a un nivel diferente. Tamira pronto se sintió en un estado ciego de agonía y excitación extremas. Buscaba desesperadamente más placer, levantando las caderas para seguir el ritmo sin poder contenerse. «Por favor, por favor, por favor». Sus gemidos y sus caderas moviéndose eran una muestra de la necesidad que ya no podía seguir reprimiendo.

Entonces llegó un silencio y una tranquilidad totales.

De pronto, el vibrador largo y grueso estaba fuera de su vagina palpitante. A Tamira se le hundió el corazón al tener la sensación de que había decepcionado a Rafe.

La venganza llegó pronto: le golpeó con la mano sobre el clítoris.

—Te he advertido que no me desafíes —dijo mientras le daba golpes—. ¿Por qué lo haces? —Llegó una rápida sucesión de golpes y Tamira jadeó, retorciendo el cuerpo todo lo posible, pero sin poder escapar de su castigo—. Necesito una respuesta, Tamira.

Tenía el pecho agitado y apenas era capaz de formar una sílaba, mucho

menos una frase, pero por fin lo consiguió:

—No era suficiente. Necesito más —dijo jadeante y conteniendo las lágrimas debajo del antifaz.

—Chica mala. —El tono fuerte de su voz hizo que ella se estremeciera muy a su pesar—. Sabes que te daré todo lo que necesitas cuando lo necesites, pero si sigues desafiándome y tomando el control ni siquiera tendrás la posibilidad de terminar —gruñó Rafe—. Te dejaré mojada y estremeciéndote así hasta mañana o más.

«Por favor, no», ella no quería eso. Tamira sollozó cuando él le golpeó la entrepierna con la mano varias veces más haciendo que el clítoris palpitara.

—Última oportunidad, Tamira, para que seas lo buena que yo sé que puedes ser y disfrutes —añadió él, y le volvió a golpear el clítoris para asegurarse.

Le quitó el vibrador y dejó solo el consolador anal, y Tamira, frustrada pero escarmentada, quiso demostrar que había aprendido la lección. Unos instantes más tarde, Rafe le dio la oportunidad. Su oído ultrasensible escuchó sus movimientos cuando se puso de pie y se acercó al cabecero de la cama, y ella solo tuvo que girar la cabeza para sentir su miembro duro y palpitante en la mejilla.

Tamira no tuvo que preguntar qué tenía que hacer, aunque el mechón de pelo que le agarró le sirvió como indicación. Tamira sabía que a él le

encantaba su boca, que lo chupara con la lengua todo lo posible.

Ella lo busco ansiosa con los labios y la lengua. Sus movimientos estaban restringidos por las cuerdas, pero hizo lo posible para librarse de sus frustraciones, dándole lametazos ansiosos y chupándole el carnoso tronco. Moviendo la cabeza de un lado a otro, encontró las posiciones en las que podía absorber su grueso miembro profundamente hasta la garganta, o chupar y meter sus testículos en la boca.

Ella escuchó sus gemidos y gruñidos y sintió su agonía cuando él tiró de la cadena y el placer de su mano hundiéndose entre sus piernas abiertas para golpearle el abultado clítoris.

Tamira no sabía cómo era capaz de mantenerse centrada en su deliciosa tarea, con las pinzas colocadas en los pezones mientras Rafe tiraba de ellas usando la cadena, y la palpitante agonía que notaba en el clítoris y los labios mientras su mano errante los golpeaba y los provocaba.

Unas lágrimas de pura euforia llegaron a sus párpados tras el antifaz. Ella apretó los labios alrededor de su miembro palpitante, y sus paredes vaginales se contrajeron de la misma forma con piedad por su propio sufrimiento. Quizá en poco tiempo estaría llena de todas las formas que podía disfrutar...

La felicidad de Tamira aumentó cuando la voz de su amante le dijo lo bien que lo estaba haciendo y cuánto le gustaba cómo lo chupaba. Le prometió que pronto le daría exactamente lo que necesitaba y donde lo

necesitaba.

Como si quisiera demostrar lo que decía, Rafe se acercó más a sus muslos y le metió el consolador anal más adentro. Tamira se estremeció de lujuria con la boca chupándole su grueso y carnoso miembro. Un lametazo más y él gimió y se apartó. Tamira se sintió casi despojada.

Pero no por mucho tiempo. Unas manos liberaron sus tobillos, la cogieron por detrás de las rodillas y guiaron sus piernas hasta que se doblaron sobre su propio cuerpo. El potente cuerpo de su marido descansaba sobre su cuerpo estremecido y Tamira intentaba deshacerse de los lazos en las muñecas, deseando ser libre para rodearle los hombros con los brazos con aceptación. Sabía que él había esperado demasiado, como lo había hecho ella. Sabía que era el momento de que lo terminara.

Un suspiro de felicidad se le escapó de los labios cuando sintió que su grueso miembro le tocaba la entrepierna. Él empujó, buscando su humedad. Ella se mojó y se aferró a él con sus paredes tensas y ansiosas. Ambos gimieron, disfrutando del placer de sus cuerpos conectados. Siempre sentían que eran la pareja perfecta.

Las embestidas largas, profundas y posesivas de su amante dentro de su sexo pronto le recordaron las formas en las que él poseía su alma, su cuerpo y su mente. Él volvió a darle ese placentero dolor tirando de las pinzas de los pezones y presionando el consolador que tenía entre los glúteos. La plenitud

y el dolor llegaron en ondas sonoras a su cerebro y la dejaron casi sin sentido.

Tamira gritó, pero no podía evitarlo, no hubiera podido escaparse de ello aunque sus extremidades y su cuerpo hubieran sido libres de hacerlo.

Le encantaba esa sensación de indefensión, esa pérdida de control y de poder para dárselo a otro. Cuando Rafe salió de su vagina, ella jadeó a la espera de lo que sabía que iba a pasar. Ya la había preparado lo suficiente, y su parpadeante esfínter se había estirado más que suficiente para recibir un ataque más intenso.

Capítulo veintitrés

Rafe le juntó las rodillas y las levantó más hasta que tocaron su barbilla, exponiéndola más a él y dejándola indefensa y abierta. Él observaba su miembro mientras se colocaba sobre su dulce trasero. Dejó que sus dedos tocaran la zona rugosa todavía lubricada por los aceites. Los músculos ya entrenados de Tamira no se tensaron, sino que parecían esperar con ansia su entrada. Reprimiendo una palabrota, Rafe introdujo la cabeza de su miembro en su palpitante zona anal.

Casi sin dar tiempo a que Tamira se acomodara, cogió el vibrador y lo metió en la vagina vacía y desesperadamente húmeda. Su grito de éxtasis le hizo endurecerse hasta tener un tamaño doloroso en su trasero. Podía sentirla apretándolo salvajemente con la fuerza de sus músculos internos. Igualmente palpable era la sensación de su sexo palpitando alrededor del vibrador de tamaño similar. Su plenitud era inimaginable, y él sabía por la forma en que su boca jadeaba y se abría repetidamente que ella estaba disfrutando.

A Rafe le habría encantado quitarle el antifaz y ver sus preciosos ojos, pero quería hacer que ese episodio fuera más intenso y estimulante para ella y sabía que privarle de la vista se lo permitiría.

Mantener el control le estaba resultando casi imposible con la imagen tan sexi que tenía delante. Los dos agujeros de Tamira llenos de él, embistiéndole con el vibrador en la vagina mientras metía su miembro duro en su trasero.

Estaba a punto de estallar, de terminar en su trasero bruscamente mientras le golpeaba en el punto G con el vibrador largo y grueso.

Pero cada cosa a su tiempo. Él sabía cómo aumentar el ritmo para lograr un efecto total, como Tamira sabía y como le gustaba. Rafe era meticuloso. No había medias tintas, e incluso un año después de que se conocieran todavía le encantaba hacerla gritar y ver su cuerpo desintegrarse de placer, de dolor y del éxtasis que podía hacerle sentir. Como ella lo hacía por él.

Dejar que la tomara así, sin esconderle nada y sin tabús, era un viaje mental en sí mismo. En todo ese tiempo, en los meses que habían estado juntos, no había cambiado nada. En todo caso, la forma en que la necesitaba y la respiraba era más compleja.

Nada podía igualarlo, ni las cosas más excitantes en las que él pudiera pensar. Arriesgarse, hacer tratos, drogarse, hacer paracaidismo o incluso las mujeres más guapas del mundo puestas en bandeja ante su nada impresionable paladar. Nada le atraía. Tamira era lo único que necesitaba. Era su fantasía. Siempre.

Dentro de ella, estirándola, tomándola.... Juntos alcanzaban ese paradigma de alegría salvaje, agotadora, íntima y dolorosa que era casi sagrada. Con sus almas chocando, su pasión resonaba como una armonía hambrienta. Como una sed insaciable.

Desde lo más profundo que había estado de su trasero, Rafe empujó el

vibrador a lo más profundo de su vagina. Conocía su forma a la perfección ya que era como su miembro, sabía que le golpeaba en el punto G. La mano que tenía libre se movió entre ellos para golpearle el clítoris. Vio cómo ella apretaba los dientes y hacía un gesto con los labios de infinita agonía y placer. Por eso y por lo tensas que estaban sus paredes alrededor de su miembro, él sabía que estaba esperando, respirando y anhelando que se activara su liberación.

Sabía lo que necesitaba Tamira. Cogió ritmo, no solo en sus agujeros sino también en sus pezones, tirando de la cadena de manera intermitente. A ella le caían lágrimas por las mejillas mientras sus jugos se derramaban por él. Había alcanzado el momento perfecto. Dios, era preciosa.

—Ahora —le dijo para que pudiera devolverle las embestidas—. Muévete para mí, preciosa.

Rafe le dejó puesto el antifaz porque quería que Tamira se centrara en sí misma y en su placer. Ella movió las caderas en círculos y se acercaban a él lo máximo que le permitían las cuerdas. Le encantaba lo dulce y lo atractiva que era, ese trasero abierto de forma tensa y maravillosa sobre su miembro. Habían entrenado su trasero durante meses con consoladores de varios tamaños para que fuera capaz de admitir su poderoso miembro. Ahora, cada vez que él quería su trasero, él sentía una ráfaga trascendental al saber que ella se sentía tan satisfecha como él por saber que podía poseer todos sus

orificios.

Como todo lo que compartían, ella sabía que él no daba nada por sentado y que adoraba cada aspecto de su sumisión.

—Yo te digo cuándo te puedes correr —dijo con voz áspera sobre su ángel jadeante y tembloroso. Su piel brillante estaba sonrojada, los pezones redondeados eran gruesos aun teniendo las pinzas plateadas pellizcándolos. El miembro parecía inmenso al embestir su ano tenso y sexi. Él estaba ya muy cerca. Seducirla durante sesiones tan largas también le pasaba factura. Ni la mayor disciplina podía hacerle inmune a ella por mucho tiempo.

En el pasado, Rafe estaba acostumbrado a tener el control sobre todas las cosas de su mundo. Ahora su bonita vida juntos, empezando por el momento en el que supo que tendrían trillizos, había tirado esa idea por la ventana. Pero Rafe sabía que no lo cambiaría por nada del mundo. Su matrimonio y su familia le daban todo lo que no podía ni imaginar que encontraría.

Capítulo veinticuatro

Tamira sentía lo mismo. Sentía que con Rafe había encontrado el paquete completo. Más aún por ser un amante que podía hacerle superar cada sensación, no solo físicamente sino también emocionalmente. Su cuerpo no tardó en tensarse, esperando, su corazón latía fuerte hasta que él dio la orden:

—Córrete.

Ese era el poder que él tenía sobre su mente: con una sola palabra la hacía temblar al instante.

Tamira sintió que su orgasmo envolvía todo su cuerpo. Se corrió de forma interminable, sin límites. Un segundo más tarde, Rafe también se dejó llevar con un rugido y se corrió en lo más profundo de su trasero. Temblaron y se agitaron juntos, consumiendo cada gramo de paraíso hasta que no quedó nada.

Después, Rafe quitó todos los aparatos de su cuerpo tembloroso con cuidado y lentamente sacó el miembro de su trasero mientras le frotaba el clítoris suavemente. Tamira suspiró y se vino abajo sin molestarse en abrir los ojos cuando le quitó el antifaz. Estaría demasiado aturdida para encontrarle sentido al entorno, aunque no por mucho tiempo. Dependía de su instinto, y sus brazos liberados y doloridos buscaron a Rafe en la penumbra.

Su orgasmo había disminuido lentamente y todavía sentía espasmos recurrentes que la atravesaban continuamente. «Menuda noche». Menudo

hombre. Lo sintió envolviéndola durante largos minutos mientras la acariciaba y le murmuraba al oído. Ella debió de quedarse dormida y él debió de moverse, porque ella sintió la refrescante sensación de una toallita húmeda sobre su cuerpo. La felicidad era una nube flotante sobre la que descansaba y, de nuevo, ella suspiró su nombre.

«Rafe». Él volvió rápidamente para acomodarse en ese abrazo cálido y cariñoso. Aunque estaba cansada, Tamira no pudo evitar notar una pequeña diferencia. Entonces apareció una sonrisa pícaro y adormilada cuando se dio cuenta de que el consolador anal la había penetrado de nuevo. «Mmmm». Unas dulces visiones del futuro se hicieron con ella y ahuyentaron el dolor y el cansancio.

—Te quiero —le susurró a su marido. «Me muero de ganas de revivir nuestra especial forma de amar, una y otra vez...».

FIN

[HAZ CLIC AQUÍ](#)

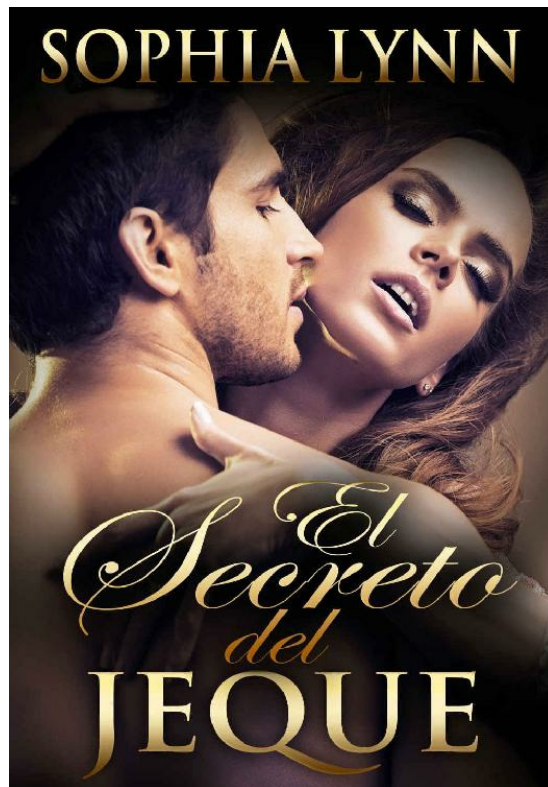
**para suscribirte a nuestra newsletter y recibir
actualizaciones EXCLUSIVAS de todas las ofertas,**

**preestrenos secretos, libros extra y nuevos
lanzamientos.**

OTRA HISTORIA QUE TE GUSTARÁ

El Secreto del Jeque

Por Sophia Lynn



[HAZ CLIC AQUÍ](#)

para suscribirte a nuestra newsletter y recibir actualizaciones EXCLUSIVAS de todas las ofertas, preestrenos secretos, libros extra y nuevos lanzamientos.

El secreto del jeque

Por Sophia Lynn

Todos los derechos reservados. Copyright 2015 Sophia Lynn

[HAZ CLIC AQUÍ](#)

para suscribirte a nuestra newsletter y recibir actualizaciones EXCLUSIVAS de todas las ofertas, preestrenos secretos, libros extra y nuevos lanzamientos.

Capítulo uno

El avión aterrizó en Dubái y Sarah Burkett observó el árido y arenoso paisaje pasar con rapidez por delante sus ojos a medida que el avión se deslizaba hacia la puerta de embarque. No podía quitarse de encima la sensación de que estaba completamente fuera de lugar y de que no estaba lo suficientemente preparada para llevar a cabo un acuerdo multimillonario en representación de su jefe. Las únicas veces que había viajado fuera del país habían sido un crucero por las Bahamas que había ganado en la fiesta de Navidad de la empresa y un viaje a México durante las vacaciones de Semana Santa cuando estaba en la universidad.

Se sentía estresada, sobrepasada e increíblemente intimidada al pensar que pronto se encontraría en una reunión llena de ejecutivos de altos vuelos y nada más y nada menos que en presencia de un poderoso monarca. Salió del avión e inmediatamente la envolvió el calor más intenso que jamás había sentido. Unas gotas de sudor se formaron en su labio superior mientras inspeccionaba el exótico paisaje a su alrededor. Bajo circunstancias normales, estaría emocionada de estar allí e impaciente por explorar el área, pero la inminente reunión de negocios hacía que se le hubiera formado un nudo en la boca del estómago.

Se sacudió los hombros, respiró hondo y se dirigió hacia la zona de recogida de equipajes para reunirse con el chófer de la compañía. Lo haría lo

mejor posible, era lo mínimo que cabría esperar. Tenía que salir de esta.

Se retiró distraídamente un mechón de brillante pelo cobrizo de su frente empapada en sudor con una mano temblorosa e intentó respirar hondo para calmar su estado de nervios. De un momento a otro, el jeque Tamir Mohammed entraría en la sala de juntas para discutir con ella los términos de un contrato con su jefe valorado en millones, y ella tenía la sensación de que la situación le venía más que grande.

Sarah había ascendido con rapidez en la Compañía de Refinación Harrison y desarrollaba su trabajo como jefa del departamento de contratos de manera más que eficiente. Sin embargo, hasta la fecha, su trabajo había consistido simplemente en estudiar y redactar el papeleo necesario para los acuerdos multimillonarios creados por el estelar equipo de negociadores de la empresa. Si había acabado en un viaje relámpago a Dubái era porque su jefe se había visto afectado por un repentino y violento episodio de intoxicación alimentaria.

El señor Sherwood se encontraba hospitalizado, donde le estaban administrando líquidos, y su mano derecha, que le habría sustituido en las reuniones, había abandonado su puesto de trabajo el día antes sin avisar. Esto dejaba a la nerviosa, inexperta y ligeramente aturdida Sarah ocupando su lugar. Había protestado y le había rogado al señor Sherwood que le permitiera llamar al asistente de Su Majestad para posponer la reunión. Sin

embargo, aquello no sirvió de nada.

—Confío plenamente en usted, señorita Burkett —había gruñido el pálido vicepresidente, sin aceptar mayor discusión.

Desde su llegada a este árido y exótico país, tenía que estar recordándose constantemente no quedarse mirando maravillada a los fascinantes hombres de pelo oscuro y piel morena, del color del café con leche. Aunque los hombres no eran lo único que fascinaba a Sarah. Los paisajes y sonidos que experimentaba en Dubái eran extraordinariamente diferentes a nada que hubiera visto antes. El colorido desbordante de los numerosos mercados llamaron su atención e hicieron que deseara salir a explorarlos. Pero por el momento se encontraba sentada en una sala de juntas de Dubái lujosamente adornada, con la garganta seca y tragando saliva intentando no moverse mucho mientras el corazón le latía con fuerza.

El corazón le dio un vuelco cuando oyó que se abría la puerta. Se secó las palmas de las manos con rapidez en su entallada falda lápiz y dio un ligero sorbo de agua mientras entraba el asistente del jeque Mohammed. Por poco la escupe de la impresión cuando vio aparecer al rey en persona. Era el hombre más atractivo que había visto en su vida. Llevaba puesto un traje con aspecto de costar más que su sueldo de todo un año, y tenía un aire de gracia y dignidad totalmente diferente a nada que ella hubiera visto antes.

Sarah se levantó rápidamente y se le cayó el alma a los pies cuando la

libreta de notas resbaló de sus manos y cayó desparramando un montón de documentos por el suelo. Ignoró rápidamente el pequeño contratiempo y, con piernas temblorosas, se giró a saludar al jeque Mohammed. El asistente del monarca se deslizó con destreza al lado de Sarah, recogió la libreta del suelo y la colocó en la mesa de al lado con una ligera sonrisa.

—Señorita Burkett, —dijo con un acento apenas perceptible, inclinando la cabeza al saludarla. El elegante monarca captó toda su atención—, es un verdadero placer conocerla, le agradezco su presencia para hablar sobre el acuerdo con su empresa.

Tenía una voz profunda y suntuosa, con una calidez sorprendente para un hombre de su posición. Sarah no pudo evitar quedarse mirando boquiabierta cuando esbozó una breve pero hermosa sonrisa que dejó entrever una dentadura blanca, lo que causó unas ligeras arrugas alrededor de sus ojos de color chocolate. Absolutamente cautivada y más que físicamente consciente de su atracción instantánea hacia este exótico desconocido, hizo todo lo que pudo para ofrecer lo que esperaba que fuese una respuesta apropiada, fascinada por la presencia del atractivo monarca.

Sarah se sintió incómoda e insegura al intercambiar los saludos de cortesía, pero todo cambió cuando el rey Mohammed empezó a hacerle preguntas específicas sobre el asunto que tenían entre manos.

Ella había analizado todos y cada uno de los documentos, y comprobó

con satisfacción que era capaz de responder sin apenas pensarlo dos veces. Aunque se sentía algo intimidada por el hermoso y poderoso hombre que tenía ante ella, se encontraba como pez en el agua al explicarle los términos y condiciones. Aun así, a menudo le costaba mantener la concentración cuando él se inclinaba sobre ella para mirar algún documento y el embriagador aroma de su perfume le acariciaba la nariz.

La inteligencia del rey Mohammed se dejaba entrever cuando la miraba fijamente y con intensidad mientras ella explicaba todo los detalles con satisfacción. Después de más de una hora de intercambio de impresiones, el rey colocó los dedos bajo la barbilla y frunció en ceño antes de girarse a su asistente.

—Haz los preparativos necesarios —ordenó extendiendo la mano para coger un bolígrafo.

Sarah contuvo el aliento mientras él ponía sus iniciales y su firma en los documentos. Tuvo que obligarse a cruzarse de brazos para evitar ponerse a revolver papeles o moverse nerviosa mientras Su Majestad firmaba el acuerdo multimillonario. Era demasiado bueno para ser verdad: la habían enviado a realizar una misión que le quedaba grande, pero todo apuntaba a que al final había llevado a cabo su tarea con éxito.

El corazón le latía tan fuerte que por un momento temió que pudieran oírlo. Había hecho todo lo posible por mantener una actitud profesional a

pesar de que se sentía profundamente afectada por la mera presencia del rey Mohammed.

Solo tenía que mantener la compostura unos minutos más antes de poder escaparse contrato en mano a la cómoda y lujosa habitación de su hotel.

Una vez firmados los documentos, el jeque se puso en pie y extendió el brazo sobre la mesa para darle la mano a Sarah. Su apretón era cálido y fuerte, y al percibir el ligero aroma masculino mezclado con su caro perfume, fue incapaz de sostener su mirada más allá de unos segundos. Recogió sus papeles, aliviada de que la reunión hubiese acabado, y rodeó la mesa con la intención de salir detrás del rey y sus socios.

Con los brazos llenos de documentos y distraída por lo bien que le quedaba al rey el impecable traje hecho a medida, tropezó con la punta de los zapatos en el marco de la puerta y cayó sin gracia al suelo del vestíbulo justo detrás del rey Mohammed, que la miró sorprendido. Sus mejillas se tornaron de un intenso color rojo cuando él se acercó rápidamente y se arrodilló a su lado mientras ella luchaba por levantarse y recoger los papeles que estaban esparcidos por todas partes.

—Déjelos —ordenó con suavidad cogiéndola por el codo para ayudarle a levantarse y haciéndole una señal a su asistente Mustafá para que recogiese los papeles desperdigados—. ¿Se ha hecho daño? —le preguntó. Sus ojos de color chocolate la miraban con amabilidad y preocupación.

—No... Estoy... estoy bien —respondió Sarah avergonzada—. Lo siento mucho, tendría que haber mirado por donde iba... —Sus palabras se fueron apagando, y las mejillas volvieron a arderle al recordar la causa de su distracción. La proximidad a él era abrumadora, sobre todo al percatarse de la fuerza del perfil de su mandíbula y su boca hermosamente esculpida desde esa posición privilegiada.

—Nada de disculpas. —El rey Mohammed esbozó una amplia sonrisa, aliviado al ver que no se había hecho daño—. No estoy acostumbrado a que señoritas tan encantadoras como usted vayan cayendo a mis pies. —Sofocó una risa mientras le ofrecía el brazo para ayudarlo a levantarse.

Su tacto despertó una calidez en el interior de Sarah que no tenía nada que ver con el rubor de sus mejillas. Podía sentir la fuerza bajo las mangas del caro tejido de su traje y se preguntó cómo sería sentirse rodeada por esos brazos. Se reprendió a sí misma en silencio, avergonzada por estar pensando algo así sobre un compañero de negocios que daba la casualidad que también era el rey de un influyente país. Un hombre tan increíble como el rey Mohammed nunca pensaría así en alguien como ella. Lo cierto es que era más atractiva de lo que creía. Tenía una espectacular melena color caoba, unos radiantes ojos verdes y una figura voluptuosa, aunque ella era totalmente ajena al impacto que causaba en el sexo masculino.

Sarah no sabía si estaba rompiendo alguna regla real yendo del brazo del

espectacular jeque, pero ya se había puesto en ridículo lo suficiente como para ser tan maleducada de declinar su ayuda. Además, ya puestos estaba disfrutando de la vista, el aroma y la cercanía del embriagador hombre y no tenía pensado dejarlo escapar hasta que no le quedase más remedio.

—Tengo un coche esperándome, ¿me permite que la acompañe? —se ofreció con gentileza.

Sarah se sorprendió a sí misma respondiéndole con honestidad:

—Me encantaría, muchas gracias. —Volvió a sonrojarse cuando le rugieron las tripas. Estaba tan nerviosa por la reunión que no había desayunado y, de repente, se moría de hambre.

Al rey Mohammed se le escapó la risa por debajo de la nariz. Le dio unas palmaditas tranquilizadoras en la mano que lo tenía cogido del brazo.

—Sería un honor que almorzara conmigo, señorita Burkett. Parece que ya es la hora —le dijo, esbozando una amplia sonrisa.

Sarah pensó por un momento que ojalá se abriese un agujero en el suelo de mármol blanco y se la tragase. Al parecer, estaba condenada a ponerse en evidencia continuamente delante del hombre más increíble que jamás había conocido.

—Ay, no... De verdad que no. No puedo... —comenzó a decir, aterrorizada solo de imaginarse comiendo y conversando con un hombre tan atractivo. Se veía tirando sin querer el vaso de agua o manchándose la camisa

de seda color champán con alguna de las deliciosas salsas del menú.

—Permítame que insista —le indicó, sin dejar lugar a discusión—. Será un placer mostrarle la exquisita comida local.

Por lo visto no tenía elección, así que Sarah aceptó sin pensárselo dos veces y se metió en el asiento trasero de la limusina que los estaba esperando. El guardaespaldas del rey Mohammed supervisó la zona con gesto adusto y cerró la puerta cuando el monarca se introdujo en el coche, y se sentó en el asiento del copiloto. El rey exhaló un suspiro, cerró los ojos, y echó la cabeza sobre el asiento. Sarah aprovechó la oportunidad para observarlo sin que él se diese cuenta. Fascinada por la espesa mata de cabello negro y ondulado y perfectamente cortado, contuvo el impulso de pasarle los dedos por los sedosos mechones de pelo y desvió la mirada en cuanto él abrió los ojos.

Echó un vistazo a los asientos delanteros de la limusina y se dio cuenta de que el guardaespaldas del rey la observaba por el espejo retrovisor con una mirada reprobatoria. Sarah bajó la vista y se miró los dedos de las manos, moviéndolos nerviosa mientras buscaba desesperaba algún comentario ocurrente para romper el silencio.

—¿Y no almuerza usted en un palacio o algo por el estilo, majestad? —le preguntó, riendo nerviosa. En cuanto lo dijo se arrepintió de su triste intento de broma.

Él esbozó una sonrisa caritativa.

—A veces. Cuando estoy de viaje prefiero disfrutar de la cultura local. Por cierto, le ruego que me llame por mi nombre de pila —le indicó.

—¿Eso está... permitido? —susurró Sarah, abriendo los ojos de par en par. Él soltó una carcajada.

—Soy yo el que decide quién me llama por mi nombre, y he de admitir que estoy deseando escuchar como suena dicho por usted. —Le sonrió y se quedó mirándola, pensativo. Sarah no pudo evitar sonrojarse hasta las orejas.

—Creo que va a costarme un poco acostumbrarme a llamar a un rey por su nombre —le confesó, aún sonrojada.

Tamir se pasó todo el camino hasta el restaurante señalándole los lugares de interés por los que pasaban para que Sarah se relajase. Cuando se quiso dar cuenta, estaba riendo a carcajadas, hechizada por su encanto. La limusina se detuvo delante de un edificio pequeño con la fachada de estuco situado al final de un mercado bullicioso, lejos de los relucientes rascacielos del centro. A Sarah le sorprendió el lugar. Esperaba que fuesen alguno de los restaurantes de cinco tenedores a los que solían ir los ejecutivos y turistas adinerados, pero sentía curiosidad por descubrir qué almorzarían.

Ali, el guardaespaldas, salió del coche e inspeccionó la zona para comprobar que no había ningún riesgo para el rey. Cuando se aseguró de que no había ningún peligro regresó al coche para escoltarlos. Abrió la puerta para que Tamir saliese del coche e hizo una mueca cuando el rey Mohammed

le ofreció la mano a Sarah para ayudarla a salir.

—No me gustaría que tropezase de nuevo —bromeó, sonriendo, al tiempo que le ofrecía el brazo para dirigirse al restaurante. A Sarah le llamó la atención el aroma a especias nada más entrar en el humilde comedor. Un hombre delgado y enjuto se les acercó de manera entusiasta, saludó al rey con un beso en cada mejilla y se puso a hablarle en árabe a toda velocidad. Los guió hasta una hermosa y sencilla mesa de madera con sillas a juego y los sentó mientras continuaba charlando sin parar y sonreía ampliamente a Sarah.

La comida estaba exquisita, y Tamir la cautivó durante el almuerzo contándole historias de sus viajes y aventuras mientras que Ali los observaba en silencio y con el ceño fruncido desde un rincón del restaurante.

—Disfruto enormemente de su compañía, señorita Burkett —le dijo Tamir en voz baja. La miró de una forma que hizo que se ruborizase hasta las raíces del pelo cobrizo.

—Por favor, majestad... perdón, Tamir... Llámame Sarah —contestó ella con timidez, hipnotizada por su profunda mirada.

—Ah, así lo haré a partir de ahora. Sabía que me encantaría oír mi nombre en tus labios —le dijo, sonriendo. Alargó el brazo por encima de la mesa y le acarició el dorso de la mano—. Deberíamos irnos de aventura, me encantaría enseñarte la ciudad —anunció al tiempo que se quitaba la servilleta de las piernas y la colocaba sobre la mesa con decisión.

—Esto... ¿Ahora? —Sarah tragó saliva con dificultad. La había cogido desprevenida—. Me temo que no puedo. Tengo que tramitar la documentación del acuerdo y después tengo otras tareas pendientes. Voy a estar trabajando toda la tarde —concluyó con pesar.

Él buscó su mirada y la sostuvo por unos instantes.

—Lo dejamos para mañana, entonces. —No era una pregunta.

—Mañana. —Sarah asintió despacio, fascinada. Tamir se levantó y le retiró la silla para que ella hiciera lo mismo. Mientras tanto, el guardaespaldas obsesionado con el protocolo los miraba con un gesto de desaprobación.

Capítulo dos

Sarah dio un suspiro. Había leído la misma cláusula del contrato tres veces. Era incapaz de concentrarse; apenas podía pensar en otra cosa que no fuese el deslumbrante rey Mohammed. Se le formaban mariposas en el estómago al recordar su mirada cautivadora, su deslumbradora sonrisa, sus hombros anchos y fuertes, su espesa y sedosa mata de pelo. Cada dos por tres se lo imaginaba mirándola a los ojos y acercándose a ella para besarla.

Intentó que sus pensamientos no fueran más allá (bastante difícil era concentrarse con todo el papeleo aburrido que tenía por delante), pero cada vez que se imaginaba teniendo un contacto más físico con el rey, notaba que un calor se formaba en su interior. Volvió a suspirar, frustrada. No solo no estaba trabajando, sino que además tenía que aceptar que para aquel hombre tan atractivo y poderoso no era más que una simple colega de negocios. De hecho, si lo pensaba bien, cuando se ofreció a enseñarle Dubái seguramente solo estaba siendo educado.

Tal vez debería enviarle un mensaje a su asistente para decirle que no podía ir.

Pero se moría de ganas de volver a verlo. Solo estar delante de él le producía una emoción inexplicable. Era como estar en un cuento de hadas. Además, si cancelaba la cita puede que él se lo tomase como algo personal, y Sarah no quería que el contrato multimillonario se echase a perder porque él

pensara que era una maleducada.

Sarah se consideraba una chica sensata. Las sensaciones que experimentaba en su compañía seguramente solo eran resultado de haber pasado demasiado tiempo centrada exclusivamente en el trabajo y haber dejado de lado las relaciones personales. Sabía que él no estaba interesado por ella; era imposible, así que lo mejor sería concentrarse en mantener una relación laboral práctica y agradable con él y tratarlo como a cualquier otro cliente importante. Decidió pasar el día en su compañía. Intentaría mantener la compostura, y listo. Ahora solo quedaba esperar que desapareciera esa sensación que le subía por dentro cada vez que pensaba en él.

Soltó el bolígrafo en la mesa y decidió tomarse un descanso. Retomaría las tareas después de darse un baño caliente. Cogió una jarra de delicioso zumo natural y un vaso con hielo, le puso el tapón a la bañera, abrió el grifo y echó sales de baño con un agradable aroma a sándalo. Se quitó la ropa de trabajo y se hundió con satisfacción en el agua. Cuando el agua caliente la rodeó, reclinó la cabeza en la bañera y, casi de manera inconsciente, comenzó a pensar en Tamir.

Mientras el agua la acariciaba con movimientos rítmicos y suaves, fantaseó con su cuerpo desnudo. Se lo imaginaba delgado, con músculos definidos; el estómago liso y perfecto, con una hilera de vello rizado que bajaba hasta...

—Mmmm... —gimió con suavidad al imaginarse cómo la miraba con esos ojos oscuros y penetrantes mientras su erección sobresalía orgullosa de su cuerpo bronceado y tonificado. Sarah se escurrió un poco más en la bañera, deleitándose en el agua cálida y perfumada, y notó cómo las burbujas causaban un hormigueo placentero que le recorría el cuerpo de la cabeza a los pies. Sus pechos emergieron a la superficie del agua, bamboleándose con delicadeza al contacto con las ondas, y sus pezones se irguieron a medida que los pensamientos sobre Su Majestad se volvieron más explícitos. En su interior se reavivaron unos sentimientos que llevaban tiempo dormidos e hicieron que lo anhelase hasta el dolor. Recorrió con la yema de los dedos la piel pálida de su vientre y fue subiendo poco a poco por el torso hasta llegar a los pechos. Pellizcó un pezón con suavidad y casi se queda sin aire al notar olas de electricidad formándose en su interior. Lo acarició dándole vueltas entre el pulgar y el índice y se dejó llevar, abandonándose al placer.

Deslizó la otra mano poco a poco por el vientre y separó con suavidad las pliegues de su feminidad. Se estremeció excitada, pero se tomó su tiempo en disfrutar de cada caricia y de cada sensación. Evocó imágenes de Tamir tocándola y saboreándola mientras ella se movía bajo su cuerpo. Sarah se acarició lentamente y con delicadeza el botón del placer. Se apretó con más fuerza el pezón al tiempo que movía las caderas al ritmo de los movimientos de sus dedos. Comenzó a notar los indicios del orgasmo formándose poco a

poco en su interior; una sensación que hacía tiempo que no experimentaba.

El agua de la bañera batió con sus movimientos al sacudir las caderas con una intensidad cada vez mayor al tiempo que presionaba en el núcleo cálido de su cuerpo.

Se imaginó agarrando a Tamir por el trasero con firmeza y hundiendo las uñas en su piel mientras él la penetraba hasta lo más profundo de su ser. De sus labios escapó un grito ahogado cuando sintió que la sacudía una oleada de placer tras otra. Su cuerpo se tensó con los últimos estertores del orgasmo y sintió que sus delicados músculos interiores se aferraban a los dedos que se había introducido. Tembló de la cabeza a los pies, sacudida por la intensidad de la sensación, encogiendo los dedos de los pies y presionando con firmeza el sexo palpitante con las palmas de las manos.

Respiró de manera entrecortada cuando las sensaciones fueron disminuyendo y se desplomó, dejando que su cuerpo flotase majestuosamente en las aguas de la bañera. En la frente se le rizaron con pereza algunos mechones de pelo humedecidos cuando volvió a la realidad. En los labios se formó una sonrisa lánguida al recordar su interludio romántico con el rey Mohammed.

Sus fantasías se pulverizaron al instante cuando el teléfono sonó de manera insistente. Sorprendida, salió con cuidado de la bañera, cogió una toalla de la repisa, se envolvió con ella, caminó hasta el escritorio a paso

ligero y agarró el receptor. Se sonrojó profusamente cuando escuchó al otro lado de la línea la voz de Mustafá, el asistente del rey, que llamaba para confirmarle que se reuniría con ella al día siguiente en el vestíbulo para acompañarla hasta la limusina del rey Mohammed.

Agradecida de que el asistente no pudiese adivinar los pensamientos que había tenido sobre su jefe (y la actividad que dichos pensamientos habían provocado), acordó quedar con él, apuntó la hora en un cuaderno de notas y colgó tan pronto como fue educadamente posible.

Capítulo tres

Recibió una llamada de recepción avisándola de que su invitado ya había llegado. Al adentrarse en el vestíbulo, el corazón le dio un vuelco cuando vio a Tamir en lugar de a Mustafá. Llevaba puestos una camisa blanca y unos pantalones impecables de lino. Se quiso morir al notar un calor emanando entre sus muslos cuando él le tomó una mano y le besó los nudillos.

Sarah había puesto especial cuidado al vestirse esa mañana. Quería ponerse algo lo suficientemente informal para hacer turismo, pero que fuese al mismo tiempo lo bastante sofisticado para estar en compañía de un rey. Había optado por una falda blanca suelta y de tejido algo transparente acorde con las altas temperaturas de Dubái, y la había acompañado de una camiseta verde claro a juego con sus ojos. Para terminar, se había atado a la cintura una blusa de gasa. Tamir la observó de arriba abajo con un gesto apreciativo.

—Estás preciosa —le dijo con una sonrisa. Colocó la mano en el hueco de su espalda y la acompañó hasta la limusina mientras el sobreprotector Ali los seguía.

—Gracias —contestó Sarah—. No te imaginas lo bien que sienta ponerse otra cosa que no sea un traje.

—Te pega —le devolvió Tamir, acariciándole con suavidad la parte baja de la espalda. A ella le costaba concentrarse en mantener la compostura y controlar las reacciones de su cuerpo a sus caricias. Cuando le sostuvo la

mirada, su cuerpo se convirtió en fuego líquido y se preguntó, aterrorizada, si él se habría dado cuenta.

—¿Y... a dónde vamos a ir? —le preguntó, intentando distraerse a la desesperada de la reacción abrumadora a la cercanía del rey.

—Había pensado tentar a tus sentidos con la belleza de esta ciudad. Debes saborear, acariciar, oler y experimentar todo lo que puede ofrecerte. Haremos todo eso en nuestra primera parada —le dijo sonriendo mientras la ayudaba a meterse en el coche. Una vez dentro, presionó el botón para comunicarse con el chofer. Ali se sentó en el asiento del copiloto.

—Al Zoco de las Especies —ordenó. Allí se giró alarmado y alzó una ceja de mirándolo de manera inquisitiva.

—No te preocupes, Ali. —A Tamir se le escapó la risa por debajo de la nariz—. ¡Nos vamos de aventura!

Desde luego, el rey Mohammed se quedó corto cuando mencionó el Zoco de las Especies; un bullicioso mercado situado al lado de la costa. Los colores, las texturas, las vistas, los sonidos y los aromas acariciaron y sedujeron los sentidos de Sarah nada más entrar y contemplar la exótica belleza del lugar. Los comerciantes la animaron a tocar y probar las especias que llegaban diariamente en barco.

Se acercó unas exquisitas hierbas a la nariz y aspiró profundamente, probó unas frutas deshidratadas deliciosas y tomó un millar de fotos con el

móvil. El tiempo se detuvo, se relajó y se dejó llevar, disfrutando de la compañía de Tamir mientras atravesaban el laberinto de turistas, comerciantes y ciudadanos.

Ali los seguía con gesto grave. Apenas se separaba un paso del rey, pero a Sarah ya no le intimidaba su presencia. Se sentía tan atraída por el carisma, la elegancia y el ingenio del rey Tamir Mohammed, que no le importaba nada más.

Después de almorzar cordero y verduras con curry en un pequeño restaurante costero, continuaron la visita por la ciudad y fueron al Jardín del Milagro, a la Fuente de Dubái y, por último, hicieron una visita arquitectónica por algunos de los edificios más bellos del mundo. El día pasó volando, y a Sarah le pilló por sorpresa cuando Tamir mencionó que casi era la hora de cenar.

—Espero que estés libre para cenar. Tengo en mente una noche muy especial. —Tamir le acarició la mejilla con suavidad con el dorso de la mano. Ella sintió que se derretía. Le costó que le salieran las palabras.

—¿Para cenar? Yo... Esto... No tengo planes... Creo... —dijo arrastrando las palabras. No quería que el día acabase, pero por otro lado sabía que no llevaba puesta la ropa adecuada para «una noche especial». Él sonrió al darse cuenta de que no sabía cómo decírselo y la rescató de su propia indecisión.

—Si te parece, te llevo de vuelta al hotel y nos vemos a las 7:00. ¿Cómo lo ves? —le indicó con sutileza.

—Vale. —Sarah no supo que más decir. Tenía que volver a casa el día siguiente, pero por esa noche, lo único que quería es estar en compañía de ese hombre tan encantador todo el tiempo que fuese posible.

Capítulo cuatro

Sarah estaba tan cautivada por Tamir y tan fascinada por Dubái, que no se había dado cuenta de lo cansada que estaba. Cerró la puerta de la *suite* tras de sí y se echó sobre ella con una sonrisa en los labios a pesar del cansancio. Se adentró en el salón principal y vio que había un paquete de gran tamaño sobre la mesa de centro. Cogió la nota de la caja, envuelta con un gusto exquisito, y la leyó:

«Querida Sarah:

Por favor, te ruego que aceptes este regalo como muestra de agradecimiento por haberme permitido disfrutar de tu compañía. Me di cuenta de que te fijaste en una de las telas del mercado, así que le he pedido a mi sastre que te haga este vestido. Estoy seguro de que resaltará el color de tus ojos. Ningún atuendo está completo sin algo de brillo, así que me he tomado la libertad de elegir algunos accesorios; espero que apruebes mi elección. No puedo esperar a ver lo radiante que estarás esta noche.

Tamir».

Sarah deshizo con manos temblorosas las cintas de raso que adornaban la caja. Se sentía como Cenicienta antes de ir al baile. Abrió la caja y contempló un vestido hecho con la tela más exquisita que había visto en su vida. Se trataba de una prenda sin mangas con el cuerpo ajustado confeccionado con una tela tejida a mano en tonos verdes y azulados con algunos detalles en

plata. Sobre el vestido había un collar impresionante con pendientes a juego en los que Sarah se había fijado cuando pasaron por delante del escaparate de una lujosa joyería. Las elegantes piezas llevaban incrustados diamantes, zafiros, esmeraldas y un topacio azul del color de las aguas que rodeaban a Dubái. Eran el accesorio perfecto para aquel maravilloso vestido.

Sarah se quedó sin aliento ante el detalle tan lujoso y adorable de Tamir. Ella preocupada porque no sabía que ponerse para cenar con él, y resulta que cuando la invitó ya se había encargado de ese detalle. Aún así, aunque para él probablemente no suponía un gran gasto, no podía aceptar un regalo tan caro. Al sacar el vestido de la caja, cayó un trozo de papel al suelo. Lo recogió y lo leyó:

«Cielo, en mi país es de mala educación rechazar un regalo».

A Sarah se le escapó la risa por la nariz. Solo habían pasado un día juntos y ya era capaz de leerle el pensamiento. Volvió a poner el vestido dentro de la caja, colocó las joyas en la mesa que había al lado del sofá y se metió en la ducha.

El agua caliente cayó en cascada por su espalda y se lavó la cabeza de manera mecánica. Se frotó la piel con una esponja vegetal hasta que quedó reluciente y se puso a darle vueltas a la situación con Tamir. Partiría mañana por la mañana y, por muy raro que pareciera, lo iba a echar horriblemente de menos. Esa sonrisa traviesa, esa forma tan dulce que tenía de mirarla, esa

forma de tratarla como a una... reina. No podía negarlo: se había enamorado de él.

Tamir había despertado unos sentimientos que Sarah creía incapaz de sentir. Sus padres habían muerto cuando era pequeña y la habría criado una tía soltera y amargada, así que nunca le había dado importancia a las relaciones personales. Prefería tener citas ocasionales y centrarse en el trabajo. Un trabajo en el que no había pensado ni por un momento mientras estaba en compañía de un rey que le robaba el pensamiento.

De todas formas no tenía sentido añorar lo que podría haber sido y no fue. Tampoco es que tuviera alguna oportunidad de convertirse en alguien importante para un hombre tan increíble como el rey. Disfrutaría del tiempo que pudieran pasar juntos, volvería a casa y seguiría con su vida normal. Se conformaría con el recuerdo de un amor imposible.

Se secó rápidamente y se propuso aprovechar al máximo los últimos momentos con Tamir. Dejó que el pelo se le secara al aire y se le formaron unos rizos que le caían en cascada por la espalda. Se lo recogió en una coleta alta para lucir mejor los preciosos pendientes y el collar, que lanzaban destellos brillantes con cada movimiento. Se puso el exquisito vestido y se plantó delante del espejo. No sabía cómo lo había conseguido, pero el sastre de Tamir había creado un vestido que le quedaba como un guante y se ceñía a sus curvas de manera sofisticada. Jamás se había sentido tan glamurosa y le

faltó poco para pellizcarse para comprobar que aquello no era un sueño.

—No hay palabras suficientes para describir tu belleza —le dijo con voz ronca. Al darle dos besos, el aroma masculino con un toque picante de su colonia le acarició la nariz. El cuerpo de Sarah vibró como respuesta y la voz le tembló ligeramente cuando le respondió.

—No sé cómo agradecerte el detalle tan amable que has tenido conmigo. Es la primera vez que me regalan algo tan valioso. —Sarah estaba al borde de las lágrimas. Se sentía abrumada por una mezcla de sentimientos: deseo, tristeza y expectación. Él pareció darse cuenta.

—Soy yo el que ha recibido un regalo muy valioso, Sarah —le contestó con ternura, acariciándole la mejilla. La tomó con gentileza de la mano y la guió hasta la limusina bajo la mirada reprobatoria de Ali.

—¿A dónde vamos? —le preguntó ella en tono alegre, intentando recuperar la compostura.

—A un sitio muy especial —le aseguró él—. La comida es europea pero, dado que ya hemos probado la comida local, he supuesto que no te importaría —le explicó—. Son las vistas lo que me gustaría enseñarte —concluyó con un pícaro brillo en la mirada.

Las luces de la ciudad eran mágicas. Disfrutaron del camino al restaurante en silencio, aunque Tamir le cogió la mano y se la acarició con el pulgar. A

ella le faltó poco para estremecerse de placer.

La limusina se detuvo delante de una playa con un muelle un alargado que se extendía sobre el lecho acuático. Al final del muelle se posaba un restaurante encantador y elegante de una belleza casi irreal. El camino estaba iluminado por antorchas y el opulento interior se hallaba iluminado por multitud de velas. Sarah se quedó paralizada en la entrada del muelle. Nunca había tenido el placer de entrar en un establecimiento tan elegante, así que se sentía un poco intimidada.

—¿Te pasa algo? —le preguntó Tamir al notar su mirada atónita.

Sarah suspiró, pero sabía que tenía que ser sincera.

—Es la primera vez que vengo a un restaurante tan lujoso —explicó, avergonzada—. No soy más que una jefa de departamento; ni siquiera soy una ejecutiva *junior*. Si estoy aquí es porque mi jefe está ingresado en el hospital. No sé qué cubierto se usa para cada plato y no quiero que pases vergüenza por mi culpa —dijo, al borde de las lágrimas. Le sorprendió escuchar que a Tamir se le escapaba la risa por debajo de la nariz. Le cogió la barbilla y la obligó a alzarla para mirarla a los ojos.

—Mi preciosa Sarah. —La miró con una intensidad que hizo que se olvidase de todo lo demás—. Para mí sería un honor que me permitieses ser el primer hombre en enseñarte todas las cosas maravillosas que la vida puede ofrecerte. Es parte de mi mundo y me gustaría compartirlo contigo. Me da

igual el cubierto que uses; si a alguien le molesta, no se merece respirar el mismo aire que tú. Fuiste el factor decisivo en mis decisiones financieras. La información que presentaste y la forma en la que lo hiciste me ayudaron a afianzar la confianza que había puesto en tu empresa e hizo que me sintiera lo suficientemente cómodo como para seguir adelante con el proyecto. Tal vez ahora solo seas una jefa de departamento, pero te auguro un futuro brillante. Me niego a que lo veas de otra manera —concluyó con fingida severidad—. ¿Vamos? —Aquello no era una pregunta.

Sarah asintió, sin saber qué decir después de que él le hubiese dedicado unas palabras tan amables. La cogió de la mano con suavidad, se la besó, y se la enganchó al brazo para poner rumbo al restaurante.

Cuando se adentraron en los elegantes confines del comedor bellamente amueblado, sonaba tenuemente música clásica en el local. El *maître* le hizo un gesto a un camarero con uniforme incluso antes de que Tamir se acercase al atril de recepción tallado en madera, y los condujo a un comedor privado volcado sobre el agua. La sala estaba decorada con sillas de terciopelo y tenía unas vistas espectaculares.

Sarah se quedó boquiabierta cuando vio que el suelo era de cristal. Habían colocado unas luces en el agua y, al ser tan clara, se podía ver el fondo. Muy a su pesar, a Ali no le permitieron entrar y tuvo que quedarse en la puerta del comedor privado. Sarah nunca se habría podido imaginar un

lugar más romántico y miró a Tamir maravillada.

—Gracias por hacerme entrar —le dijo con una sonrisa de agradecimiento—. Este sitio es espectacular.

—No te he hecho entrar, tan solo te he animado a hacerlo —le dijo con una sonrisa pícaro. Sarah soltó una carcajada de placer y levantó la vista cuando se acercó el camarero con una botella de vino. Vio la etiqueta de vino francés con aspecto de ser muy caro y observó cómo Tamir le daba vueltas al líquido dorado en la copa. Primero aspiró el aroma y, a continuación, saboreó el impacto del vino en boca.

Sarah se quedó mirando su boca mientras probaba el vino y sintió un deseo irrefrenable de saborear esos labios llenos y suaves perfectamente esculpidos. Tamir le hizo una señal al camarero para que les sirviera el vino.

—Este vino es de mis favoritos —le explicó—. Espero que te guste. — Ella hizo lo mismo que Tamir y movió el vino en la copa, aspiró el aroma tostado y afrutado y se llevó la copa a los labios. Al notar el sabor ligero y delicioso del vino, esbozó una amplia sonrisa de satisfacción

—¡Me encanta! —exclamó. Tamir la miró con admiración. Alzó la copa para brindar, y ella hizo lo mismo.

—Por los momentos especiales, la buena compañía y todo lo que está por llegar —pronunció, sin quitarle los ojos de encima. Las copas emitieron un tintineo suave cuando brindaron. Él había encargado varios platos de muestra

con antelación, así que fueron probándolos como aperitivo mientras se terminaron la primera botella de vino y, poco después, la segunda.

Sarah se sentía cómoda y relajada y disfrutó de la animada conversación y la charla distendida. Llegó un momento en el que se dio cuenta de que Tamir estaba coqueteando con ella y la miraba con deseo. Ella sintió mariposas en el estómago y se animó a seguirle el juego sin cortarse ni pensárselo dos veces.

Él le había dado a probar exquisiteces picantes y sabrosas, se había inclinado sobre la mesa para acariciarle la mano con suavidad, y había acercado su silla la de Sarah para observar un banco de peces jugueteando en el mar bajo sus pies. Le encantó tenerlo tan cerca y no pudo evitar sentirse excitada. Notaba un cosquilleo cada vez que rozaba su pierna con la suya y, cuando se quiso dar cuenta, estaba echada sobre él susurrándole comentarios divertidos al oído. No quería que la noche acabase, y parecía que no era la única que lo pensaba así.

—¿Te apetece dar un paseo por la playa? —le preguntó Tamir.

—Me encantaría —le contestó Sarah con entusiasmo. Él le retiró la silla y, al levantarse, notó que le costaba mantener el equilibrio—. ¡Uy! —exclamó cuando se tambaleó un poco. El rey la sostuvo rápidamente para que no se cayera y le rodeo la cintura con el brazo. Una oleada de excitación se extendió por todo su cuerpo. Se le escapó una risita nerviosa por la falta de

equilibrio.

—Lo siento —le dijo entre risas apoyándose sobre su hombro—. No sabía que el vino me afectaría tanto.

Tamir le dio un beso en la frente y le dijo, bromeando:

—¿El vino? Creía que era por el placer de mi compañía.

—Otra vez —dijo, riéndose.

—¿Otra vez? —preguntó él, divertido, pero sin saber a lo que se refería.

—La primera vez fue en tu despacho, después de que firmaras el contrato, ¿te acuerdas? Te estaba mirando de arriba abajo, por eso me tropecé — admitió entre risas.

Tamir se quedó mirándola divertido.

—Me gusta que digas lo que piensas —le dijo con una sonrisa de satisfacción. La condujo fuera del comedor sin quitarle el brazo de la cintura. Ali los miró extrañado cuando pasaron por su lado, y el personal del restaurante los recibió entre sonrisas cuando entraron en el vestíbulo y salieron para bajar por el muelle hasta la playa.

Sarah se agarró del brazo de Tamir para no caerse mientras se quitaba las sandalias de tiras, y las dejó a un lado de manera despreocupada. Él le hizo una señal con la mirada a Ali y luego miró los zapatos. El guardaespaldas en seguida lo entendió y cogió las sandalias junto con el calzado italiano del rey. A continuación, caminó con pesar detrás de la despreocupada pareja. Sarah

hundió los dedos en la arena con placer. La temperatura era agradable, así que le pidió a Tamir que la acompañara hasta la orilla para mojarse los pies en las aguas cristalinas. Él cumplió sus deseos y se unió a ella cuando las olas pequeñas le acariciaron los pies.

—¡Está templada! —exclamó—. ¡El agua está templada! ¡Es increíble!

—Tú sí que eres increíble —comentó el rey en voz baja observando cómo disfrutaba con un gesto tan sencillo como el de sentir el agua en los pies.

Sarah estaba tan concentrada en mantener el equilibrio para no caerse con el ligero vaivén de las olas y de la arena, que no oyó el cumplido que el rey le había dedicado en voz baja para que no llegase a los oídos del sobreprotector guardaespaldas.

Pasearon a lo largo del trecho de arena blanca como el azúcar y disfrutaron de la ligera brisa marina. El viento mecía unos mechones extraviado de pelo de su frente. Después de comentar algo sobre cómo las luces de la ciudad se reflejaban en el agua y sobre la claridad de la luna casi llena, Sarah tembló un poco. Tamir notó que se le había enfriado la piel.

—Ven, vamos a hacer que entres en calor —le dijo, guiándola con delicadeza hacia el muelle, donde los esperaba Ali con los zapatos.

—Siempre entro en calor cuando estoy contigo —susurró ella inclinándose sobre el brazo con el que la rodeaba. Él le pasó la mano brazo para quitarle el frío mientras iban caminando. La sentó en el asiento trasero

de la limusina, y ella levantó los pies para que él le quitara la arena. Él le hizo cosquillas sin querer, y Sarah comenzó a reírse como una adolescente.

Tenía una risa contagiosa y, cuando se dieron cuenta, ambos estaban sufriendo un ataque de risa. La cosa empeoró cuando Tamir se agachó para sacudirse la arena de los pies y, al inclinarse un poco más de la cuenta, por poco se cae sobre ella. Horrorizado, Ali se acercó rápidamente para ver si el rey necesitaba ayuda, pero la pareja, aun con un ataque de risa, no tardó en decirle que se fuera.

El guardaespaldas se quedó de pie de brazos cruzados y no hizo ningún intento por ocultar su malestar. El rey estaba actuando de manera indecorosa y Ali no sabía cómo manejar la situación. Por suerte, se libró cuando Tamir por fin se metió en la limusina. Ali cerró la puerta y le indicó al chófer que volviese al hotel de Sarah.

Llegaron demasiado pronto.

—No quiero que se acabe tan pronto —dijo Sarah haciendo un puchero.

—¿Que no quieres que se acabe el qué, preciosa? —le preguntó Tamir.

Le cogió la mano y se la llevó a los labios. Ali miró fijamente hacia el frente, sin querer mirarlos.

—La noche —dijo sin dar muchos rodeos—. No quiero que acabe esta noche tan maravillosa. ¿Por qué no subes y te tomas un café conmigo? A mi me vendría bien, ¿a ti no? —le preguntó con audacia.

—Por supuesto —le dijo, sonriendo—. Dame un segundo. Te veo en el vestíbulo.

Sarah salió con cuidado de la limusina y se dirigió al vestíbulo mientras que el rey Mohammed le daba indicaciones a Ali y al chófer. Apareció poco después y se subieron al ascensor. Él le cogió la llave de la habitación de las manos, la pasó por el lector y le abrió la puerta. Descolgó el teléfono y pidió café al servicio de habitaciones. Al reconocer su voz, el personal se puso a trabajar a toda prisa para llevárselo inmediatamente. A los pocos minutos tenían en la habitación el café con un enorme ramo de flores, una bandeja de succulentas frutas y un plato con pastas de té.

—¡Vaya! —exclamó Sarah—. ¡Es la primera vez que me suben todo esto!

—A lo mejor lo hacen a partir de ahora —le dijo Tamir con una sonrisa.

—Bueno, me voy mañana por la mañana, así que dudo que tenga tiempo de comprobarlo —contestó mirándolo con tristeza. A él se le borró la sonrisa de la cara

—¿Que te vas mañana? ¿Tan pronto? ¿Por qué? Quédate más tiempo —le indicó con decisión.

—Ojalá pudiera, pero es imposible... Solo me pagan la habitación hasta hoy; además, tengo una montaña de trabajo esperándome cuando regrese —le explicó en tono adusto.

—Creía que estuviste trabajando ayer. —Tamir arqueó una ceja, cuestionando su excusa para no pasar tiempo con él el día anterior.

Ella se mordió el labio con timidez.

—Digamos que... me distraje y no pude terminar el trabajo.

—¿Ah sí? No me digas... ¿Y que es eso que te distrajo? —le dijo con voz ronca acercándose a ella para que notase el calor que emanaba de su cuerpo. No le dio tiempo a contestarle porque cerró su boca en torno a sus labios y la besó con suavidad. Sarah notó como si miles de fuegos artificiales estallaran dentro de su cuerpo y le devolvió el beso con un entusiasmo arrebatador. Su reacción lo encendió y la besó con más intensidad, acariciándole la punta de la lengua con la suya. Ella se estremeció de placer cuando él la rodeó con sus brazos y presionó su cuerpo contra el suyo.

Sarah llevaba soñando con este momento desde que lo conoció y se apretó contra él para que sus cuerpos se amoldaran, notando el calor de la pasión entre ellos. Tamir soltó un gruñido gutural y la cogió en brazos sin esfuerzo, como si apenas pesara más que un niño, a pesar de su constitución atlética, y la llevó hasta el sofá. La sentó con delicadeza en el centro y se quedó de pie frente a ella con las manos en las caderas. Su interés era evidente por el enorme bulto tras la cremallera de sus pantalones.

Sarah dirigió los ojos hacia su erección, hambrienta y sin ningún pudor, y esta palpitó ante la intensidad de su mirada. Lo deseaba tanto que se retorció

de placer, presionando los muslos con anticipación.

—Quítate el vestido —le ordenó con los ojos encendidos. Sarah se levantó despacio y obedeció la orden real sin hacer ninguna pregunta despojándose del vestido con una excepcional eficiencia.

—Date la vuelta —le pidió. Sarah volvió a hacer lo que le pedía y le ofreció las nalgas, anticipando sus caricias sin aliento. Notó la calidez de sus manos acariciando el hueco de su espalda y subiendo poco a poco para desabrocharle el sujetador. Deslizó las delicadas tiras de raso por sus hombros y la prenda de encaje cayó al suelo. Los ojos de Tamir ardieron de deseo y se oscurecieron, adquiriendo el color de una noche en el desierto.

—Inclínate —le susurró sin poder retirar la vista de sus cuervas. Fascinada como estaba por el deseo de que la acariciara, Sarah se inclinó hacia delante. Él cogió una bocanada de aire al verla y se acercó para recorrer la larga línea de su cuello con los dedos, bajando poco a poco por sus hombros y deslizándolos por debajo hasta rozar los tersos pezones rosados que se erguían rogando atención.

La atormentó con los dedos con dulzura y jugueteó con esas puntas tan sensible tirando de ellas y acariciándolas con suavidad. Se inclinó un poco más sobre ella y presionó sus nalgas con su virilidad endurecida, separada de lo que ella anhelaba con todas las fuerzas por la delgada tela de sus pantalones.

Apoyó las manos en su cintura y fue dejando un rastro de besos a lo largo de la columna vertebral hasta detenerse en el filo del tanga de encaje negro. Deslizó hábilmente un grácil dedo bajo el delicado tejido y le quitó las braguitas. Sarah se quedó completamente desnuda y anhelante ante él. Le colocó una mano en la espalda para inclinarla más abajo y atisbó su sexo resplandeciente, jugoso y preparado para ser tomado.

—Dime lo que quieres —le ordenó con voz ronca mientras rozaba con los dedos los pliegues de su feminidad.

Sarah ahogó un suspiro, apenas capaz de hablar.

—Te quiero a ti —susurró con la respiración acelerada.

Él acarició con un dedo las puertas del paraíso y notó la humedad cálida de su deseo. Ella intentó apretarse contra su cuerpo, ansiosa por sentir más, pero él la sujetó con firmeza.

—Dime lo que quieres de mí —le dijo con un gruñido. Su miembro palpitaba bajo los pantalones.

—Quiero sentirte dentro —gimió Sarah extendiendo el brazo para acariciarse. Él le retiró la mano para evitar que se aliviase, introdujo dos dedos dentro de ella y comenzó a moverlos rápidamente hacia dentro y hacia fuera mientras que ella intentaba pegarse a su cuerpo. Cuando él se dio cuenta de que estaba a punto de alcanzar el orgasmo, retiró los dedos y le ordenó que se diese la vuelta. Ella se giró y se topó con su erección endurecida contra la

tela tirante de los pantalones.

—Siéntate. —Tamir señaló el sofá. Ella se sentó y disfrutó de la sensación que le causaba el roce la tela con relieve del sofá contra su sexo extremadamente sensible. Él le clavó una mirada ardiente y le tendió las manos. Cuando ella apoyó sus manos en las suyas, él las colocó sobre el bulto de su entrepierna y Sarah notó al tacto el latido de su sexo. Luego las acercó a la hebilla del cinturón y ella desabrochó el broche de metal con facilidad con manos temblorosas por el deseo.

Le quitó el cinturón, le desabrochó el botón y le bajó la cremallera de los pantalones sin poder contener las ganas de tocar lo que palpitaba bajo la tela. Tamir se cruzó de brazos mientras observaba cómo ella movía sus gráciles manos para llegar hasta la erección.

Él dejó que apartara la tela a ambos lados de la cremallera y luego le retiró las manos. Deslizó las suyas bajo los pantalones y el bóxer de seda, se deshizo de ellos, y quedó desnudo ante ella con el esplendor de una estatua esculpida. La longitud y el grosor de su erección eran impresionantes. Él la rodeó con la mano y comenzó a moverla de arriba abajo. Sarah por poco se vuelve loca de deseo. Él soltó su miembro, cogió a Sarah por la cabeza y se la acercó hasta su erección. Sarah se la llevó a la boca con anhelo. Tamir echó la cabeza hacia atrás y se le escapó un siseo entre los dientes cuando ella lo engulló con avidez.

¡Por fin había conseguido lo que quería! En parte, Sarah creía que aquello no era más que un sueño, como esas imágenes que había evocado mientras estaba en la bañera; sin embargo, la presión firme de las manos de Tamir en su nuca le demostró lo real que era la situación. No podía esperar a que él la poseyera una y otra vez. Lo haría con el todas las veces que él quisiera y cumpliría todas sus órdenes con gusto.

Tamir la agarró de los hombros y la retiró con delicadeza. A ella se le escapó un quejido de los labios de manera inconsciente. Él la miró a los ojos, la ayudó a levantarse y la besó con pasión introduciéndole la lengua en la boca y asaltándola con un pasión que hizo que sintiese un espasmo de placer. Deslizó una mano hasta la delicada abertura entre sus piernas y presionó con suavidad el botón ardiente de su sexo. A ella le temblaron las rodillas. Él continuó presionando, esta vez con dos dedos, y comenzó a masajearle en círculos rítmicos y lentos. A ella se le escapó un gemido de los labios y presionó las caderas contra su mano.

Él se retiró de manera repentina y ella se quedó sin aliento, ansiando más. Él le dio media vuelta, la inclinó y se introdujo con una embestida rápida en los confines apretados y húmedos de su interior. Sus músculos lo aprisionaron como respuesta y lo apretaron con delicia al tiempo que a ella se le escapó un grito de placer de los labios. Él movió las caderas, penetrándola con suavidad al principio y acelerando el ritmo más adelante con pasión

mientras gruñía con un deseo primitivo.

—¡Sí! —gritó Sarah, incitándolo a que continuase—. ¡Sí! —Ella respondía a cada empujón con sus propios movimientos, envolviéndolo en su interior y apretándose más contra él. Notó que los indicios del orgasmo empezaban a formarse en su interior; una espiral eléctrica que se arremolinaba en su interior e iba creciendo, preparándose para estallar... pero Tamir se retiró rápidamente y no la dejó correrse.

Sarah gimoteó, pero no tardó en volver a sentir esa electricidad cuando él se sentó en el sofá y le indicó que se montase encima de él. Cuando lo hizo, bajó poco a poco hasta encajar el grueso miembro que se erguía desafiante entre sus piernas. Empezó a moverse hacia delante y atrás pero él le sujetó las caderas para que no se moviera y la penetró moviéndose de arriba abajo mientras ella enterraba los dedos en espesa y sedosa mata de pelo y lo besaba apasionadamente. Sarah volvió a sentir que empezaba a formarse el orgasmo cuando sus empujones se volvieron más fuertes y rápidos. Él acercó la cabeza a sus pechos para coger un pezón entre los labios, lo que la encendió aún más.

Él levantó la cabeza y le susurró al oído:

—¿Quieres correrse?

—Sí, sí... por favor —le rogó.

—¿Cuándo quieres correrse? —Su aliento le acariciaba la oreja.

—¡Ya! —gimoteó.

En cuanto el gemido escapó de sus labios él empujó todo lo que pudo y la llenó por completo con su masculinidad con movimientos fuertes y rápidos. Sus caderas se sacudían incontrolablemente con cada embestida y el orgasmo se propagó por su interior, enviando impulso eléctricos por todo su ser. De su garganta escapó un grito gutural y continuó moviéndose sin control,. Cuando él le dio un pequeño azote en el trasero, se corrió con más fuerza a causa de ese gesto provocador.

Ella le tiró del pelo y le clavó los dientes en el hombro, sobrepasado por la intensidad del orgasmo, sacudiendo su cuerpo una y otra vez. Incapaz de contenerse por más tiempo, Tamir la agarró por las caderas y la empujó contra él. Su cuerpo se puso rígido y él disparó el torrente espeso y cálido hasta lo más profundo de su ser. Ella se corrió de nuevo. Sus músculos fuertes y apretados lo aprisionaron rítmicamente hasta que no quedó ni una gota de su semilla.

Ambos jadeaban bruscamente cuando ella se desplomó rendida sobre su torso. Él la rodeó con los brazos y cerró los ojos con la cabeza echada en el sofá mientras se recuperaba.

Sarah apoyó la cabeza en el espacio cálido entre el cuello y el hombro de Tamir al tiempo que inhalaba su aroma masculino y exótico, pensando que si por ella fuese podría pasarse toda la eternidad entre sus brazos. Los últimos

estertores del orgasmo hicieron que notase unas sacudidas y unos ligeros latidos en su interior, aún llena de él. Se sentía cómoda y segura en sus brazos y se negaba a aceptar que en cuestión de horas abandonaría el país. La noche era de los dos; cualquier otra cosa más allá de eso, de momento, carecía de importancia.

La pareja tardó quince minutos en recuperarse. Probaron unas cuantas de pastas y se tomaron el café cuando recuperaron el aliento antes de volver a explorar la intimidad de sus cuerpos una y otra vez.

Capítulo cinco

Cuando el sol comenzó a aparecer por el horizonte, Tamir empezó a vestirse para marcharse. Hizo todo lo que pudo para convencer a Sarah de que se quedase. Cuando ella le explicó que, a pesar de que se moría por quedarse, tenía que marcharse, él insistió en llevarla al aeropuerto. La dejó duchándose y preparando la maleta y le prometió que volvería para acompañarla al aeropuerto.

Cuando cerró la puerta tras dedicarse unos besos deliciosos e interminables, volvió a sentir la sensación de que aquella noche tan hermosa había sido parte de un glorioso sueño y que pronto despertaría en su cama humilde y en su diminuto apartamento. Como le había prometido, Tamir llegó puntualmente para llevarla al aeropuerto. Le regaló una pulsera preciosa para completar el conjunto que le había dado la noche anterior a juego con el maravilloso vestido, y ella la aceptó con lágrimas en los ojos. Dentro del encantador regalo se hallaba grabada la fecha de la noche y las palabras: «Para una dama hermosa; por una noche inolvidable y un recuerdo valioso».

Él la abrazó, le secó las lágrimas y le prometió que no tardaría en visitarla cuando se despidieron en la puerta de embarque. Aunque ella deseaba creerle, dudaba que el rey Tamir Mohammed tuviese el tiempo o las ganas de cruzar

medio mundo para visitar a una simple directora de contratación por muy espectacular que hubiese sido el tiempo que habían pasado juntos.

Por primera vez en su vida, Sarah se había sentido especial, amada y completamente a salvo. Ahora era hora de volver al mundo real. Un mundo en el que las chicas adultas cuidaban de sí mismas y los reyes atractivos no se enamoraban de la gente corriente. Con el corazón lleno de pesar, apoyó la cabeza en la ventanilla ovalada del avión y observó cómo aquella tierra mágica desaparecía bajo sus ojos.

Sarah se concentró en ponerse al día en el trabajo. El señor Sherwood aún seguía ingresado cuando volvió, su recuperación estaba siendo lenta pero firme, así que tuvo que encargarse de contactar con todos aquellos con los que tenía alguna cita para, o bien posponerlas, o bien atenderlos en su lugar.

Agradeció la oportunidad de centrarse por completo en el trabajo porque, cuando llegaba a la soledad de su casa todos los días al finalizar el trabajo, la consumía el deseo de estar con el encantador rey que le había robado el corazón y había llevado su cuerpo a las más altas cotas del placer. Había intercambiado algunos emails con Tamir a su regreso; unos personales, otros profesionales; pero nada llenaba el dolor que sentía cuando pensaba en su sonrisa, sus labios, su porte majestuoso y, por puesto, su pasión irrefrenable. Había perdido peso durante las semanas posteriores a su llegada; no le

apetecía comer, pero ella le echaba la culpa a su corazón roto.

Decidió que lo mejor era verle el lado bueno a la situación: al menos no tenía que ir al gimnasio, y la ropa le quedaba mucho más suelta. Los últimos días se había estado preguntando si lo del señor Sherwood no sería un virus en lugar de una intoxicación alimentaria. Tenía náuseas y se sentía abatida. Además, ni si quiera podía pensar en la comida. Se negaba a rendirse ante un virus; no tenía tiempo de ocuparse de algo así, así que intentó sobrevivir a base de galletas saladas e infusiones y continuó con su vida normal.

Sarah se encontraba sentada en una de las larguísimas mesas de las elegantes salas de juntas de la Compañía de Refinación Harrison organizando los documentos de un contrato. Se trataba de un tocho de unos dos dedos de grosor y llevaba horas analizando la información porque tenía que presentársela a un cliente multimillonario de parte del señor Sherwood. Ya le habían dado el alta, pero no volvería a la oficina ni asistiría a ninguna reunión hasta el día siguiente. Se alegró de poder volver por fin a la tranquilidad de su despacho y a retomar sus tareas en la sombra mientras que alguien más cualificado se ocupaba de atender las reuniones de alto nivel.

Acababa de cerrar la carpeta con el contrato cuando de repente sintió un dolor agudo que le atravesó el vientre y le hizo doblarse agarrándose el abdomen. Respiró con disimulo de manera entrecortada con la intención de controlar su reacción delante de todos los ejecutivos de la reunión. Joyce, la

secretaria de Sherwood, percibió la expresión de dolor y la palidez de su rostro y se acercó a ella con rapidez.

—Señorita Burkett, ¿se encuentra bien? —susurró, preocupada.

—No, Joyce, me encuentro fatal. —Sarah estaba intentando por todos los medios no entrar en pánico, pero el dolor le estaba nublando el pensamiento —. ¿Te importa acompañarme al baño? —le indicó con la esperanza de poder abandonar la sala sin llamar mucho la atención. Notó como la miraban con preocupación cuando se agarró con fuerza al brazo de Joyce a causa de los calambres. Ella intentó no hacer un gesto de dolor. El dolor incrementaba con cada paso y cuando por fin llegó al baño de señoras apenas podía mantenerse en pie. Joyce la acompañó dentro y Sarah se dirigió hasta el lavabo con pasos inestables, abrió el grifo de agua fría con manos temblorosas y colocó las muñecas bajo el chorro de agua.

—¿Llamo a una ambulancia? —le preguntó la secretaria, nerviosa—. ¿Le traigo algo?

—¿Te importaría llevarme al ambulatorio? —Sarah tenía mala cara y temblaba ligeramente.

—Querrá decir a urgencias —la corrigió Joyce con amabilidad.

—No, Joyce. Agradezco tu preocupación, pero creo que no es más que un virus. Llevo una semana con el estómago revuelto. Esperaba que se me quitara solo, pero parece que no va a ser el caso. —Se quedó sin aire cuando

volvió a notar otra oleada de calambres.

Joyce fue a por su abrigo, se lo puso por los hombros y le pasó el brazo por la cintura para ayudarla a salir poco a poco de la oficina y llevarla hasta su coche. Cuando llegaron al ambulatorio, Sarah le dijo a Joyce que volviera a la oficina, le dio las gracias una y otra vez y le aseguró que cogería un taxi para irse a casa cuando la viera la enfermera.

Sarah se tranquilizó cuando vio que no tenía fiebre, aunque también le extrañó. La tensión sí que la tenía alta, pero la enfermera le aseguró que era a causa del dolor. Intentó recordar cuándo habían empezado los síntomas y le comentó que llevaba tiempo sin mucho apetito, con náuseas, yendo con frecuencia al baño y con dificultad para conciliar el sueño. Estaba agotada y no le sorprendía haber cogido un virus cuando estaba más baja de defensas.

La enfermera la escuchaba con atención y asentía mientras tomaba nota. Cuando terminó, le dijo a Sarah que la médica no tardaría en atenderla. La mujer salió de la habitación cerrando la puerta tras de sí. La médica miró las notas de la enfermera y frunció los labios.

—Si no le importa, me gustaría hacerle un análisis de sangre para descartar otras opciones —le comentó. Sarah asintió a pesar de que odiaba las agujas. Quería saber qué le pasaba, y si para ello tenían que hacerle un análisis de sangre, no dudaría en hacerlo. Seguía sin estar preocupada, todavía convencida de que los síntomas se correspondían a un virus

estomacal. Apretó los dientes y volvió la cabeza cuando la enfermera le sacó sangre con destreza, aunque apenas lo notó. Se apoyó en la silla, presa del agotamiento, y esperó a que le dieran los resultados. Dio una cabezada y abrió los ojos repentinamente cuando la médica volvió a la habitación.

Sarah se incorporó como atontada y le preguntó:

—¿Entonces es un virus?

La médica se quedó callada por un momento antes de responder.

—No, no es un virus... Es un bebé.

El estómago y el corazón le dieron un vuelco, aterrorizada, e intentó asimilar las palabras que acababan de salir de la boca de la médica.

—¿Cómo dice...? —consiguió decir, a punto de entrar en pánico.

—Está embarazada, señorita Burkett.

Capítulo seis

La vida de Sarah se había puesto patas arriba. Aunque al principio se negaba a aceptar la noticia que le había dado la medica; tras hacerse otro análisis de sangre, explorarle el abdomen y hacerle una ecografía, no le quedó mas remedio que reconocer la realidad: estaba embarazada de Tamir y no podía estar más asustada. La amable enfermera le extendió una receta con medicamentos para apaciguar las náuseas y de camino a casa se pasó por el supermercado para comprar vitaminas prenatales. Caminaba por los pasillos sin rumbo, como aturdida. Se detuvo delante de un estante repleto de pañales, leche en polvo, toallitas y otros productos para bebés y se quedó mirando con la mirada perdida aquellos artículos que pertenecían a un mundo que le era totalmente ajeno.

Obviamente sabía cómo había pasado. Otra cosa era saber cómo enfrentarse a la situación. Sabía que llegaría un momento en el que tendría que contárselo a Tamir, pero por otro lado era reacia a hacerlo porque no sabía cómo reaccionaría. Se sentía estúpida y avergonzada de sí misma. Estas cosas no deberían pasarle a una chica como ella. Se había esforzado mucho por acabar sus estudios y alcanzar el puesto de responsabilidad que tenía en Harrison, y ahora se enfrentaba a un futuro problemático.

¿Qué pensaría de ella el rey Mohammed? ¿Se avergonzaría? ¿Se enfadaría? ¿Le dejaría de hablar? Se le formaba un nudo en la boca del

estómago cada vez que pensaba en lo que le había pasado. Por ahora no se lo contaría a nadie. Al menos, hasta que se le ocurriera una estrategia. Nadie necesitaba saberlo hasta que tuviera un plan para salir adelante.

Sarah se adaptó con facilidad a la situación de estar embarazada de manera encubierta en cuanto disminuyeron las molestias y las náuseas. Intentó comer de manera más sana a pesar de los antojos tan raros que sentía de vez en cuando, hizo ejercicio, y buscó en Internet toda la información que pudo sobre embarazo, parto y maternidad. Todavía no sabía cuándo se lo iba a decir a Tamir ni cómo haría frente a ser la madre soltera de un heredero real. Por ahora, se centraría en hacer su trabajo lo mejor que pudiera y cuidar de su cuerpo y del bebé.

Empezó a ponerse ropa ancha cuando la zona alrededor de la cintura se volvió sensible a la ropa demasiado ajustada. Le gustaba estar cómoda y tener una apariencia profesional al mismo tiempo. Estaba radiante, como si emanara luz de su interior. El pelo se le había vuelto más brillante y las mejillas se le habían redondeado, lo que le daba un aspecto aún más atractivo.

Estaba revisando el correo interno cuando se topó con un mensaje marcado como urgente. Lo abrió y se le cayó el alma a los pies cuando vio que había programada otra ronda de reuniones entre el rey Mohammed y la Compañía de Refinación Harrison dentro de dos semanas. ¡Tamir iba a venir

a Harrison!

Sarah cogió aire e intentó no entrar en pánico. Aun no estaba preparada para volver a verlo. No sabía qué decirle ni cómo contárselo. Como era lógico, el embarazo tendría consecuencias en los negocios con la compañía para bien o para mal. Si cancelaba el contrato por culpa de la situación, Sarah perdería el trabajo; y sin trabajo, no podría sacar adelante al niño que llevaba dentro.

Lo mejor sería hablar con el señor Sherwood y pedirle unas vacaciones para dentro de dos semanas; así evitaría estar cerca cuando las reuniones tuvieran lugar. Al menos dispondría de un tiempo antes de enfrentarse a Tamir. Aunque, por otro lado, se moría por volver a verlo. Se sentía sola, y nada le apetecía más que derretirse en la calidez de sus abrazos. ¿Pero, la abrazaría o le diría que no quería volver a verla? Dejó escapar un suspiro. Sabía que, aunque su reacción le hiciera daño, tenía que contárselo. Decidió llamarlo, pasara lo que pasara.

A pesar de haber decidido contarle a Tamir lo del bebé antes de que fuese a Estados Unidos, Sarah no paraba de encontrar excusas para no llamarlo. Lo pospuso tanto que el día antes de que llegase a Harrison seguía sin haber reunido el coraje suficiente para decírselo. Habían intercambiado algunos correos electrónicos y habían decidido quedar para cenar y ponerse al día.

Tamir le pidió que fuese a recibirlo en el aeropuerto porque no podía esperar a besarla.

Sarah tembló de emoción solo de pensar en volver a verlo. Lo echaba tanto de menos. Últimamente tenía las emociones a flor de piel. Se sentía tan sola que solo de pensar en los momentos tan mágicos que habían pasado juntos en aquella tierra exótica se le formaban lágrimas en los ojos. Lo echaba terriblemente de menos y sabía que, según cómo fuese la conversación con él, tal vez no volvería a volver a verle. No sabía si sería capaz de soportarlo.

Sarah tamborileó nerviosa con el pie en el suelo mientras esperaba que llegase el avión privado del rey. Desde que llegó había ido tres veces al baño de señoras y no sabía si era por los nervios o por el pequeño residente de su abdomen. El traidor de su estómago se le agitó un poco y notó miles de mariposas en su interior. A pesar de las circunstancias, Sarah no podía esperar a lanzarse en los brazos del hombre que no se podía quitar de la cabeza desde que lo conoció. Tamir le había dejado una huella en el alma, y ella anhelaba volver a estar entre sus fuertes brazos de nuevo.

El ruido de los motores del avión de resplandeciente color blanco hizo que el corazón le latiera con fuerza y rapidez. Ahí estaba. En breve volvería a verlo. Sonrió al pensarlo y se mordió el labio con nerviosismo.

Él apareció en toda su majestuosidad, vestido con un traje a medida

impecable. Estaba más guapo de lo que recordaba. Sarah se sonrojó al sentirse poco atractiva y no merecedora de estar en la presencia de un hombre tan magnífico. Él esbozó una amplia sonrisa cuando la vio y se dirigió hacia ella a paso ligero para cogerla entre sus brazos y besarla apasionadamente.

—Te he echado tanto de menos, preciosa —le susurró al oído mientras la abrazaba.

—Yo también. —Sarah se aferró a él con lágrimas en los ojos.

Él se retiró y le acunó el rostro entre las manos con ternura, devorándola con la mirada.

—Estás radiante —señaló maravillado, y se acercó de nuevo para besarla. Ali se aclaró la garganta (de manera bastante descarada, según Sarah), y Tamir lo ignoró por completo, absorbido como estaba por el reencuentro. Volvió a besarla con pasión, la cogió del brazo y la acompañó a la salida.

—¿Crees que nos dará tiempo de almorzar antes de la reunión? —preguntó Tamir. Se llevó la mano de Sarah a los labios y acarició la piel suave. Ella sintió un hormigueo de placer.

—Por supuesto —contestó ella con una sonrisa. Nada podía borrarla. No había nada en el mundo mejor que estar con él allí y en ese momento. Pensó que ojalá pudieran saltarse la reunión, que era la principal razón por la que había viajado miles de kilómetros, pero se conformó con pasar unos momentos juntos. No tenía intención de asistir a la reunión, y así se lo

comunicó mientras almorzaban. Él detuvo el tenedor antes de metérselo en la boca, lo dejó en el plato y se pasó una elegante servilleta de lino por los labios.

—¿A qué te refieres con que no vas a venir a la reunión? —le exigió con un ligero tono de reproche al tiempo que alzaba una ceja.

—Ocupé el puesto del señor Sherwood porque estaba hospitalizado. Ya se encuentra bien, así que te reunirás con él y su equipo —le explicó Sarah. Su reacción la había desconcertado un poco.

Tamir respiró hondo y contestó serenamente, pero con autoridad:

—Si tu no vas, yo tampoco.

Sarah tragó saliva. No conocía esa faceta suya.

—No sabía que te importara tanto. El señor Sherwood está mucho mejor capacitado que yo para hacer negocios y hará todo lo posible para que tus necesidades sean lo primero.

Tamir alargó el brazo y le acarició la mano de modo tranquilizador mientras le explicaba lo que pensaba.

—En cuanto te sentaste frente a mí en mi despacho de Dubái, supe que podía confiar en ti. Sabía que si alguna cláusula del contrato podían perjudicarme a mí o a cualquiera de mis empresas, me lo dirías inmediatamente. Tienes toda mi confianza y me sentiré mucho más cómodo para seguir adelante con esta operación si estás a mi lado —insistió.

—De acuerdo. —Sarah se rindió y aceptó su petición—. Es solo que... — dijo, arrastrando las palabras, y se mordió el labio.

—¿Sí? Dime. —Tamir la animó a continuar con amabilidad.

—Nadie sabe que... tú y yo... esto... estuvimos juntos en Dubái — concluyó con incomodidad. Se sonrojó y bajó la mirada.

—Ah, ya entiendo. —A Tamir se le escapó la risa por debajo de la nariz —. No te preocupes, preciosa, por ahora será nuestro secreto. —Ella le sonrió agradecida y terminaron de comer charlando como si no se hubieran separado.

La reunión fue bien y todas las partes abandonaron la sala satisfechas. Tamir les dio la mano a todos y tardó un poco más en soltar la de Sarah, pero no lo suficiente como para despertar sospechas. Ella regresó a su despacho y él le mandó un mensaje en cuanto la limusina se alejó del edificio.

«¿Nos vemos esta noche?», fue el sencillo mensaje.

«¡Sí!», le contestó ella con la misma brevedad. Intercambiaron un par de mensajes más y acordaron quedar esa noche. Tamir quedó en enviarle un coche para que la recogiera. Sarah sabía que tendría que decirle lo del bebé esa noche. Esperaba que reaccionara bien., aunque solo de pensarlo se le encogía el corazón. Sarah continuó con sus tareas de manera mecánica, aunque, a decir verdad, era incapaz de concentrarse. Tamir ocupaba sus pensamientos con su presencia, su oscura y exótica belleza y su tierna

sonrisa.

Sabía que esa noche podría ser el comienzo de algo positivo (probablemente un plan de paternidad compartida) o el final de algo maravilloso. Jamás había sentido lo que Tamir le hacía sentir. Odiaba tener que admitirlo, porque se trataba de un terreno desconocido y peligroso para ella, pero podía decir con bastante seguridad que estaba locamente, apasionadamente y eternamente enamorada del rey Tamir Mohammed y, dependiendo de cómo fuesen las cosas esa noche, podría ser la última vez que lo viese.

Sarah se puso el hermoso vestido hecho a mano que Tamir le había regalado para la cita que tuvieron en Dubái. Le quedaba algo más ajustado debido a su nueva silueta, lo que acentuaba sus curvas increíblemente sexys. Sus pechos se habían vuelto más voluptuosos y sus caderas y su abdomen se habían redondeado. Se alegró al comprobar que no parecía que estuviese embarazada, solo más voluptuosa. Se recogió el pelo en una coleta, tal y como había hecho en Dubái. Como toque final, se puso la bella pulsera, el collar y los pendientes que Tamir le había regalado. Se aplicó un poco de brillo de labios y se roció el cuello ligeramente con perfume. Deseaba con todas sus fuerzas que Tamir no la rechazase. No sabía cómo lo superaría. O si sería capaz de superarlo.

Deseaba tener a mano un vaso de vino, pero cayó en la cuenta que tendría que esperar al menos siete meses para ello. Qué tortura tan irónica. Por una vez que podía usar el alcohol para darle valor o, al menos, para templarle los nervios, y el placer le era negado. El corazón se le subió a la garganta cuando oyó el timbre del portero automático. Señal de que Tamir se encontraba en el vestíbulo. Respiró hondo, sacudió los hombros y se preparó para ser tan valiente como hiciera falta. C cogió el abrigo y se lo echó sobre los hombros.

—Estás preciosa, como siempre —fue la reacción de Tamir cuando ella salió del ascensor y se reunió con él en el vestíbulo del rascacielos. Ella se quedó sin aliento cuando lo vio. Estaba espectacular. Llevaba un traje de chaqueta cosido a mano de color gris marengo y una camisa color marfil que contrastaba con su piel de color café con leche. Últimamente tenía el olfato más sensible, así que antes de que se inclinase para besarla se dio cuenta de que llevaba puesta la misma agua de colonia que en su última cita. Ella se embriagó del aroma y pensó que por poco se desmaya de deseo cuando presionó sus cálidos labios con los de ella; una promesa de los placeres que estaban por llegar.

Tamir le ofreció el brazo y la acompañó hasta la limusina bajo la mirada vigilante de Ali.

—He decidido llevarte a un sitio muy especial —le susurró al oído, y bajó para plantarle un delicado beso en el cuello. Un escalofrío de placer le

recorrió la espalda.

—Vaya donde vaya, si es contigo, será especial. —La declaración de afecto los cogió por sorpresa a ambos.

—Tienes razón, mi dulce Sarah. A mí también me pasa. Si es contigo, sé que será especial. —Tamir la miró a los ojos con una dulzura que hizo que el corazón le latiera a toda velocidad. Esperaba por todos los medios que la mirase así cuando le comunicase cierta noticia de máxima importancia.

Llegaron al L’Auberge Chez Francois poco después de que se pusiera el sol. A Sarah le fascinó lo elegante y acogedor que era uno de los restaurantes franceses más importantes del mundo. La atmósfera era cálida y agradable, pero al mismo tiempo lujosa. Los sentaron en un rincón apartado y discreto con un sofá de terciopelo y una reluciente mesa de madera de cerezo. Sarah se dio cuenta de que no aparecían los precios en el menú y pensó que, si uno era lo bastante rico como para permitirse comer en un establecimiento tan bueno, el precio del menú seguramente sería lo de menos.

La íntima iluminación del local, que provenía de unos candelabros colocados de manera estratégica e iluminaba lo justo para poder leer la carta, favorecía la conversación privada. Sarah volvió a sentirse como si se hubiese adentrado en un paisaje onírico y encantador del que pronto despertaría. Sentía que la sensación de felicidad desaparecería con el amanecer de un nuevo día.

—¿Te gustaría escoger el vino? —le preguntó Tamir, sacándola de sus pensamientos. ¡Oh no! Había olvidado que él querría tomar vino con la cena y ella no quería explicarle las razones de por qué por ahora no podía tomar alcohol.

—La verdad es que me duele un poco la barriga. —No mentía. El estómago acababa de darle un vuelco—. ¿Te importa que pida un poco de té hasta que se me pase? —le preguntó con la esperanza de que no le hiciera más preguntas. Tamir frunció el ceño, preocupado. La rodeó con los brazos y le apretó los hombros.

—Siento que no te encuentres bien, preciosa. ¿Quieres que te lleve a casa? —le preguntó, y le acarició la mejilla con los nudillos.

—No, no —contestó rápidamente—. No pasa nada. Creo que es por culpa del hambre. Seguro que se me pasa en cuanto beba un poco de té y me lleve algo a la boca —lo tranquilizó.

—En ese caso pediremos que nos traigan té y unos aperitivos inmediatamente, querida. —Le dio un beso en la frente y le hizo una señal al camarero, que esperaba órdenes en un rincón. Hablando con rapidez, le dio instrucciones con un francés impecable. El camarero se apresuró a seguir sus indicaciones.

A Sarah le encantó la disposición de los asientos. Se acurrucó a su lado y él la rodeó con los brazos de manera protectora en el lujoso sofá tapizado.

—No tardará mucho, cielo —le aseguró. Tan pronto como lo dijo, aparecieron como por arte de magia con unas fuentes colmadas de paté, queso *brie*, *escargots* y una selección de exquisitos panes junto con dos teteras humeantes; todo servido con una eficacia impecable por el camarero vestido de esmoquin.

—¡Alucinante! —exclamó Sarah, fascinada por el aroma y la visión de los platos, y sorprendida por la rapidez con que los habían servido. Hacía tiempo que no probaba bocado y se encontraba hambrienta, aunque tendría que controlarse y no comer demasiado ni muy rápido, o las náuseas no tardarían en volver a aparecer. Tomó un poco de paté y queso *brie*, extendió los exquisitos manjares con delicadeza en las pequeñas rebanadas de pan y se los metió en la boca. No sabía lo que era una especie de masa grisácea que había en uno de los platos, pero accedió a probar uno animada por Tamir. Tenía una textura un poco rara, pero el sabroso sabor terroso y a ajo era delicioso y se comió tres más seguidos.

—¿Nunca has probado los *escargots*? —le preguntó, sorprendido.

—No. No salgo mucho —le dijo entre risas—. ¿Qué es?

Tamir frunció el ceño.

—Sé cómo se dice en francés y en mi idioma, pero no recuerdo la palabra en inglés. —Le hizo una señal al camarero, le indicó que se acercase y le preguntó en francés.

El camarero asintió, esbozó una sonrisa comprensiva y se inclinó sobre Sarah.

—¿No sabe lo que son los *escargots*?

—No. Están deliciosos, pero nunca los había probado. ¿Qué son? — respondió ella.

—Son caracoles —le indicó con orgullo, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Caracoles? —repitió ella. Seguro que no lo había oído bien.

—Sí, caracoles. Caracoles de tierra —le explicó.

—¡Oh no! —Sarah se puso blanca como la pared, se levantó de un salto y salió corriendo hacia el vestíbulo. Entró rápidamente en el baño de señoras y llegó a al aseo justo a tiempo. Fue un alivio que no hubiese nadie que pudiera presenciar el rechazo de su cuerpo a los caracoles. Cuando se aseguró de que las arcadas habían cesado, se puso de pie con las piernas temblorosas y se limpió la boca con el dorso de la mano.

Después de haber hecho el ridículo, tendría que pensar en una excusa para explicar esa reacción tan extrema a los ingredientes de los entrantes. Caminó despacio hacia el lavabo, se lavó las manos, se echó agua en la cara y se enjuagó la boca. Se miró en el espejo y vio que tenía ojeras y que no se le había ido del todo el mal color de cara. Soltó un suspiro y cruzó los dedos para que el secreto no saliese a la luz antes de tiempo. Tenía intención de contarle la verdad a Tamir, pero quería encontrar el momento adecuado.

Humedeció una de las esponjosas toallas del aseo con agua fría y se la pasó por la nuca y por las muñecas. Comenzó a sentirse mejor y respiró hondo varias veces antes de salir del baño de señoras. Tamir estaba justo en la puerta caminando de un lado a otro y Ali estaba solo a unos pasos de él echado sobre una áspera columna con su habitual gesto de desaprobación.

—¿Estás bien, querida? ¿Quieres que te traiga el abrigo? —le cogió las manos entre las suyas con un claro gesto de preocupación. Sarah se apoyó en él buscando un punto de apoyo.

—No, no te preocupes. Lamento tanto haber montado un numerito. Qué vergüenza... Pero ya estoy bien —murmuró contra su camisa.

—¿Estás segura? Podemos prepararte un baño y meterte en la cama si es necesario... Me sentaré a tu lado y te llevaré todo lo que necesites. —Le pasó la mano por la espalda suavemente. Ella se apartó un poco. Se le habían saltado las lágrimas a causa de lo amable que estaba siendo con ella.

—Muchas gracias, de verdad, pero no hace falta. De hecho tengo hambre. Me gustaría cenar si a ti te parece bien. —Levantó la vista y lo miró a los ojos de color chocolate. Viendo su preocupación, por poco se derrite.

—Por supuesto, cielo. Lo que tú quieras. ¿Volvemos, entonces? —Él la acompañó de vuelta a la mesa. Por suerte para Sarah, habían retirado la fuente con los *escargots* antes de que volviesen. El camarero apareció al instante y se disculpó profusamente. Tamir le aseguró que no era culpa suya,

pidió la cena y le indicó que se retirara. Sarah bebió su té a sorbos, satisfecha de estar a su lado y esperando la comida con ganas ahora que se sentía un poco mejor.

Para ayudarla a olvidar la humillante experiencia, Tamir charló con naturalidad sobre sus viajes, sus lugares favoritos y la reforma que estaba efectuando en palacio. Sarah no tardó en caer bajo el hechizo de su carisma y al poco tiempo estaba riendo con deleite.

Él había pedido varios platos para que Sarah probase de todo un poco con la esperanza de que hubiese algún plato que no le sentara mal a su delicado estómago. Les habían servido panes y mantequilla como acompañamiento, y el dedicado camarero no dejaba que la tetera se quedara vacía en ningún momento. Tras cerciorarse de que se llevaría ninguna sorpresa desagradable con los ingredientes, Sarah probó todos los platos y comprobó encantada que todo estaba delicioso. Comió despacio, a bocados, acompañándolos del té mientras conversaba felizmente con el hombre más encantador del universo. Cuando terminaron de comer estaba llena, aunque no de manera excesiva. Aun así, declinó educadamente la bandeja de postres.

—Tengo que cuidar la línea —dijo entre risas para justificarse.

—No te preocupes, yo me encargo encantado de esa tarea —bromeó

Tamir, desnudándola con la mirada—. ¿Te gustaría acompañarme a mi hotel?
—le preguntó besándole la mano y dejándola apoyada en sus labios de

manera seductora.

—Me encantaría —susurró con voz ronca.

Tamir se estaba alojando en el ático del hotel más lujoso de la ciudad. Ocupaba el piso de arriba del rascacielos y estaba compuesto por un comedor, una cocina, tres habitaciones, la gigantesca *suite* principal y un *jacuzzi* con capacidad para al menos doce personas. El mármol brillaba por todas partes, y solo el sofá probablemente costaba más de lo que ganaba Sarah en un año. Se trataba de un ambiente pijo, pero cómodo; aunque Sarah estaba tan concentrada pensando en cómo darle la noticia, que apenas se fijó en el lujo que los rodeaba.

Tamir la abrazó por la espalda, la besó en el cuello y le masajearon los hombros. A ella se le escapó un gemido de placer y se derritió bajo sus manos.

—Te noto tensa —le susurró al oído mientras le pasaba el pulgar por los hombros—. Voy a prepararte un baño.

—No tienes por qué hacerlo —murmuró ella, destensándose bajo el poder relajante de sus dedos—. Estoy bien.

—Has tenido un día muy largo. Permíteme que insista. —La llevó hasta sillón del salón y la sentó—. ¿Te apetece ahora una copa de vino?

Sarah sacudió la cabeza con vehemencia.

—No, gracias. Mejor no tentar a la suerte.

Él le dio un beso en la frente y se dirigió al baño. Sarah se recostó en el sofá de cuero suave como la mantequilla y cerró los ojos a causa del cansancio. Seguía esperando el momento adecuado para contárselo... Tal vez después del baño. Debió de haberse quedado dormida mientras Tamir preparaba la bañera, porque cuando se despertó la llevaba en brazos e iba de camino del enorme baño principal.

Se quedó die pie sobre la superficie fría de mármol de color melocotón y él le bajó la cremallera del vestido, lo dejó caer y la ayudó a quitárselo, levantándole primero un pie y luego el otro. A continuación le desabrochó el sujetador y se lo deslizó por los hombros. Le besó el cuello y lanzó el vestido y el sostén sobre un diván situado en un rincón. Por último, enganchó los dedos en la cinturilla de las braguitas de satén de talle alto y se las bajó, subiendo luego las manos con suavidad por sus muslos cuando se incorporó.

La llevó hasta la bañera de burbujas perfumadas, la cogió de la mano y la ayudó a bajar por las escaleras hasta las relajantes profundidades. Sarah apoyó la cabeza en la bañera, cerró los ojos, y se dejó llevar por el relajante vaivén del agua. Abrió los ojos y levantó la cabeza cuando escuchó el característico sonido de la cremallera siendo bajada y vio a Tamir al lado de la bañera solo con los pantalones y el bóxer, de los que estaba a punto de deshacerse.

Se excitó al ver su cuerpo perfectamente esculpido y, a pesar de la calidez

del agua, casi como la del vientre materno, sintió un escalofrío por la espalda. Su erección se erguía orgullosa y se balanceaba de arriba abajo con sus movimientos.

—¿Te importa que te acompañe? —Antes de que le contestase se metió en la bañera y se sentó a su lado.

—Esperaba que lo hicieras. —Sarah le sonrió con una mirada de deseo. Él le extendió los brazos.

—Ven aquí, preciosa —le dijo con una seductora sonrisa. Sarah se sentó a horcajadas frente a él. Le recorrió el pelo con los dedos y los sedosos y oscuros mechones se rizaron al contacto con la humedad de sus manos. Sarah miró fijamente sus labios llenos y firmes y lo besó con delicadeza. Él le devolvió el beso con urgencia, pidiendo más. Con suavidad, le separó los labios con la lengua y exploró su boca al tiempo que Sarah lo recibía ansiosa con la suya.

Sarah movió las caderas hacia delante y notó su virilidad rozándose contra la suavidad de su feminidad. Las manos de Tamir recorrieron las curvas húmedas y resbaladizas de su espalda y sus caderas con libertad, encendiéndola. Ella se acercó y deslizó su erección palpitante entre los resbaladizos pliegues del cálido núcleo de su cuerpo, rozándose contra su cuerpo con la respiración entrecortada. Él separó sus labios de los de Sarah e inclinó la cabeza para coger entre sus labios un pezón húmedo y rosado.

Recorrió la punta enfebrecida de su pecho con la lengua, la chupó y jugueteó con ella. La volvió loca cuando una dulce y deliciosa sensación empezó a formarse en su interior.

Sarah notó la verga cálida y endurecida sacudiéndose bajo su cuerpo y no pudo esperar a sentirlo dentro de ella. Se puso de rodillas, se agachó y la cogió con una mano. Tamir tomó aire con brusquedad y aquello la animó a mover la mano de arriba abajo mientras trazaba movimientos circulares con la muñeca. Él sacudió las caderas de manera involuntaria y se agachó para acariciarle el dulce botón del placer y darle unos ligeros golpecitos con los dedos. Sarah exhaló un gemido ahogado. Sus caricias eran suaves, pero por su cuerpo fluyó una corriente de alto voltaje y su deseo ascendió a cotas más altas.

Se situó sobre su erección y, sujetándola con firmeza, fue bajando poco a poco por su sexo palpitante sin tomarlo por completo. Se movió arriba y abajo, flotando en el agua con unos movimientos que los volvieron locos. Él se moría por penetrarla hasta el fondo, ella anhelaba con desesperación llenarse de él; pero continuó provocando con movimientos sutiles, tomándose su tiempo, alargando la experiencia.

Cuando Tamir no pudo soportarlo más, la agarró de las caderas y la penetró con una profunda embestida dándole a ambos lo que deseaban. Sarah alcanzó el clímax casi de manera instantánea. Las fuertes contracciones de su

interior lo apresaron y lo liberaron con tanta intensidad que él no pudo contenerse por más tiempo y llegó al orgasmo con un grito ronco.

Sarah le rodeó la espalda con las piernas y lo atrajo lo máximo que pudo. Ella se balanceaba al ritmo de cada empujón, sintiendo el cálido palpitar de su orgasmo cuando todos los músculos de su cuerpo se volvieron rígidos bajo ella. Tamir descargó el torrente cálido en su interior y ella volvió a sentir una nueva oleada de profundos espasmos. Notó una sacudida tan intensa que sintió como si el cuerpo le fuera a estallar. Él la empujó con cada estremecimiento y la encendió al máximo hasta que gritó su nombre una y otra vez, temblando de placer. Sarah se retiró un poco y se sentó en el regazo de Tamir como una niña, con la respiración ligeramente entrecortada. Apoyó la cabeza en su hombro y le rodeó el cuello con los brazos. Él apoyó la cabeza en la bañera y cerró los ojos con una ligera sonrisa en los labios que iluminaba sus bellos rasgos.

Las pestañas dibujaban sombras en sus mejillas y Sarah pensó que no había visto a nadie tan hermoso en toda su vida. Amaba a Tamir con todo su corazón. Ahora estaba segura de ello, y se lo confesaría cuando le dijera que habían creado una vida juntos. Tal vez al notar su mirada escudriñadora, Tamir abrió los ojos y le sonrió con cariño acariciándole la mejilla con el pulgar. La besó con delicadeza y la sentó en un banco que había a su lado. Salió del agua y cogió una toalla.

Después de pasársela por el cuerpo y ponérsela alrededor de la cintura, cogió otra talla grande de baño y extendió la mano para ayudar a Sarah a salir del agua. La rodeó con la toalla y le frotó el cuerpo con suavidad para secarla. Ella se sentía feliz, relajada, a gusto y a salvo; como siempre cuando estaba con él.

—Vamos a descansar, cielo —le indicó, retirándole un mechón de pelo de la frente.

—Mmmm... —accedió, apenas coherente.

Tamir la alzó en brazos de nuevo y la dejó encima de la cama mullida como una nube. Ella se hundió en la acolchada superficie y se acurrucó entre sus brazos.

—Tengo que decirte una cosa. —Sarah bostezó somnolienta.

—¿Sí? ¿El qué? —le preguntó él. Se quedó extrañado cuando no recibió respuesta, pero se le escapó la risa por debajo de la nariz cuando la escuchó roncar con suavidad. Al parecer se había quedado dormida antes de decirle lo que tenía en la cabeza. No pasaba nada, podía esperar hasta mañana. Al darle un beso en la frente percibió el aroma fresco y limpio de su pelo y, poco después, cayó dormido.

Sarah se despertó con el olor apetecible del desayuno recién hecho, y su estómago emitió un gruñido audible. Tardó unos segundos en recordar dónde se encontraba y por qué. Sonrió al recordar la noche tan especial que habían

pasado juntos, aunque la sonrisa se borró de su rostro en cuanto recordó que todavía tenía que contarle a Tamir lo del bebé. Cuando entró en la habitación, llevaba puesto un albornoz blanco y mullido y portaba dos tazas de café humeantes.

—Buenos días. He pensado que te apetecería desayunar aquí —le dijo con una sonrisa mientras le acercaba una de las tazas.

—Gracias. Muy amable por tu parte —contestó ella, y cogió la taza, agradecida.

—Qué sería estás... ¿No me regalas una sonrisa? —le dijo en tono de broma. Dejó la taza sobre la mesa se tumbó a su lado con la cabeza apoyada en una mano y la miró con curiosidad.

Ella levantó el brazo y le acarició la piel y el vello rizado que asomaba por la abertura del albornoz.

—¿Recuerdas que anoche te dije... que tenía que contarte una cosa...? —comenzó a decir titubeando.

—Sí, pero te quedaste dormida —le dijo, sonriendo—. Por cierto, estás preciosa cuando duermes —añadió con picardía.

—Gracias. —Sarah intentó sonreír, pero fue incapaz.

—¿Qué te pasa, cariño? ¿Qué es eso que te preocupa tanto? Puedes decírmelo con toda tranquilidad —le dijo mirándola a los ojos en busca de algún indicio.

—Yo... —No sabía muy bien cómo empezar—. Al parecer, he sido una irresponsable y, como consecuencia, hay algo que tú y yo tenemos que hablar.

—¿Te has metido en problemas? —le preguntó el rey con gentileza. Tenía los ojos abiertos de par en par a causa de la preocupación.

—Bueno... Según se mire.

—¿Qué ha pasado? A lo mejor puedo ayudarte. —Tamir le acarició la mejilla suavemente con el dorso de la mano.

—No sé cómo decirlo, así que no voy a dar más rodeos: estoy embarazada de ti. —Hizo una mueca cuando terminó la frase y levantó la vista para evaluar su reacción.

Tamir se quedó inmóvil, con gesto inexpresivo. Sarah no era capaz de interpretar la expresión de su rostro. El corazón por poco se le sale del pecho cuando vio que una sonrisa empezaba a curvar sus labios.

—¿En serio? —le dijo con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Voy a tener un hijo?

—Bueno, en realidad, la que lo va a tenerlo voy a ser yo —le dijo, devolviéndole la sonrisa.

—Mi querida Sarah, es una noticia inesperada, pero muy hermosa —le dijo en voz baja, tranquilizándola. El alivio que sintió Sarah era más que palpable. Exhaló el aliento contenido y se relajó en sus brazos.

—¿Entonces... no estás enfadado? —le preguntó levantando la vista tímidamente.

—¿Por qué iba a estarlo, cielo? Juntos hemos creado una vida. Es motivo de celebración, no de enfado. —La besó con suavidad.

Al parecer, todos sus miedos y preocupaciones habían sido en vano. Tamir estaba encantado de tener un hijo. Pasaron el resto de la mañana en la cama, sintiéndose cada vez más unidos y desinhibidos. Tamir tenía que volver a su país esa misma tarde, pero le prometió estar en contacto mientras decidían qué era lo mejor.

Ella se pasó el resto de la semana prácticamente en una nube. Brillaba de felicidad y de salud, tranquila de saber que Tamir, de una forma u otra, formaría parte de su vida y de la de su futuro hijo. Todavía tenía que decidir cuándo y cómo decirle a su jefe que estaba embarazada y empezó a pensar en serio todo lo que conllevaba ser madre soltera. Tendría que buscar información sobre niñeras, guarderías, colegios y otras cuestiones relacionadas con la crianza de un niño sano y feliz sobre las que no tenía ni idea.

Se sentía sobrepasada y emocionada a la vez. Por suerte, en cuestión de semanas comenzó a sentirse bien por fin. Las náuseas habían remitido y ya podía comer con normalidad. Tamir hablaba con ella al menos una vez al día (por lo general, varias veces), y juntos descubrieron las bondades del sexo

por Skype. El futuro, aunque complicado, se planteaba feliz y prometedor.

Capítulo siete

—¿Sí, señor Sherwood? ¿Quería verme?

—Siéntese, señorita Burkett, por favor. Me gustaría discutir algunos asuntos con usted antes de su traslado.

—¿Mi traslado?

—El rey Tamir Mohammed me ha comunicado sus intenciones. —Él juntó las yemas de los dedos y los colocó debajo de la barbilla pensativamente, con el ceño fruncido.

—¿¿¿Mis qué??? —dijo Sarah ahogando un grito. Estaba desconcertada. El señor Sherwood la miró perplejo.

—Me ha parecido entender que va a aceptar un puesto en una de las empresas filiales del rey —le dijo, arqueando las cejas de manera inquisitiva.

—No son mis intenciones, señor. No sé de lo que me habla.

Su jefe se inclinó hacia delante, apoyó los codos sobre la mesa y la miró fijamente.

—En ese caso, debería hablar seriamente con Su Majestad porque, según tengo entendido, los preparativos del viaje ya se han efectuado.

—No tengo la menor idea de lo que me está diciendo, señor Sherwood, pero le aseguro que haré todo lo posible por enterarme —declaró Sarah, hirviendo de rabia.

—Espero que no se moleste por lo que le voy a decir, señorita Burkett,

pero ¿ha pensado que está tratando con un hombre cuya cultura y forma de vida le son totalmente desconocidos? —meditó, pensativo.

Sarah suspiró y retorció las manos en el regazo.

—Creo que empiezo a darme cuenta, señor Sherwood.

Él se reclinó en la silla.

—Manténgame informado —le indicó con desdén.

Sarah salió del despacho de su jefe echando humo, pero intentó ver las cosas en perspectiva. Seguro que se trataba de un error. Era imposible que Tamir hubiese asumido que, como iba a ser la madre de su hijo, ahora podía tomar decisiones sobre su carrera laboral y su vida. Lo más seguro es que el señor Sherwood no lo hubiese entendido bien. No tardaría en descubrirlo.

—Pues claro que he hecho los preparativos del viaje. —A Tamir se le escapó una risa suave—. Bueno, para ser exactos, ha sido Mustafá el que los ha preparado, pero el resultado es el mismo.

Sarah no se podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Cómo se te ocurre hacer algo así? No lo hemos hablado entre nosotros. Y, ¿qué le has dicho exactamente al señor Sherwood?

—Tan solo le he comunicado que dentro de dos semanas te mudas a mi país —contestó él, confundido por su evidente consternación—. Pensé que era importante avisarle con antelación de que en breve ya no dispondría de

tus servicios.

—¿¿¿Que le has dicho qué??? —exclamó Sarah—. ¿A quién se le ocurre? No hemos hablado del tema. No tienes derecho a meterte en mi vida y tomar decisiones sobre mi trabajo. No voy a mudarme a ningún sitio dentro de dos semanas. He trabajado duro para llegar donde estoy y no... no pienso tirar mi carrera por la borda y mudarme a otro país —insistió, furiosa.

—Querida, no entiendo por qué reaccionas así. Han de tomarse ciertas decisiones. No olvidemos que llevas dentro al futuro heredero al trono —le dijo, profundamente ofendido.

—Pues resulta que el heredero al trono también es mi hijo y soy yo la que decidirá lo que hacer, donde vivirá y cómo criará a mi hijo.

—Deberíamos tener esta conversación cara a cara —sugirió Tamir—. Le diré a Mustafá que cambie la fecha del viaje para que podamos discutir este asunto el próximo fin de semana.

—De eso nada —dijo Sarah con rotundidad—. Este fin de semana no pienso ir a ningún sitio. Tengo cosas que hacer aquí y esto lo discutiremos cuando yo esté preparada para hacerlo. Tengo que meditarlo bien y me niego a tomar decisiones a la ligera en lo concerniente a mi futuro y al de mi hijo. Me pondré en contacto contigo cuando esté lista para hablarlo.

Sarah se quedó mirando al teléfono y pulsó el botón de colgar con decisión. Cuando sonó justo después de colgar, lo puso en silencio, lo dejó

sobre la mesa y puso rumbo al cuarto de baño para darse un baño.

Sarah se despertó con un insistente aporreo en la puerta principal, lo cual era bastante desconcertante, dado que para entrar al vestíbulo tendrían que haber llamado al portero automático. Se preguntó asustada si alguno de los vecinos necesitaría ayuda. Sin embargo, cuando se asomó por la mirilla, se topó con el ceño fruncido de Ali. Abrió la puerta y, antes de que hablase, le espetó:

—Dile que no estoy lista. —Y le dio con la puerta en las narices. El corazón le latía a toda velocidad. Le sorprendió que Ali no continuase aporreando la puerta (o peor aún, que la echase abajo), pero le alivió comprobar que todavía no tendría que enfrentarse a Tamir. Había que tener mucha cara para enviarle a su esbirro. Entró en la cocina echando humo y se preparó una taza de té. Aunque había puesto el teléfono en silencio, este empezó a vibrar en la mesita del salón, y lo ignoró también.

Sarah necesitaba tiempo para pensar. Necesitaba desaparecer durante una temporada y pensar en cómo explicarle la situación al señor Sherwood y qué hacer respecto a las exigencias de Tamir. Por último, tendría que pensar en cómo sería su vida cuando se convirtiera en madre de un miembro de la realeza.

La tía de Sarah le había dejado en herencia una cabaña en un rincón apartado de Tennessee. Se la alquilaba a turistas durante gran parte del año,

pero en estos momentos estaba libre. Sería el lugar perfecto para apartarse de la tecnología y de las personas y conseguir la suficiente paz interior y tranquilidad para tomar una serie de importantes decisiones.

A pesar de estar en un lugar remoto, la cabaña estaba perfectamente amueblada, así que no echaría de menos las comodidades de su apartamento durante su retiro. Decidió inmediatamente que era la mejor decisión que podía tomar y, como sabía que tenía varios días de vacaciones acumulados, llamó a la secretaria del señor Sherwood para que le dijera que durante las próximas dos semanas no estaría en la oficina, pero que podría contactar con ella a través de correo electrónico. Llevaba el trabajo al día, así que trabajar a distancia no supondría ningún problema y dispondría del tiempo necesario para poner en orden su vida, sus responsabilidades y su futuro. Aquella decisión tan sencilla le dio una enorme sensación de alivio, a pesar de que todas las decisiones que aún tenía que tomar.

El aire fresco y perfumado con el agradable aroma de la naturaleza la recibió cuando se bajó del coche y cogió el camino que llevaba hasta la cabaña en mitad del bosque. Se desperezó y sintió la calidez del sol en la piel. Respiró hondo y disfrutó de la serenidad que la rodeaba. El cielo estaba despejado, hacía una temperatura agradable de unos 20 grados, y la idea de estar sola durante las próximas dos semanas le resultaba más que apetecible.

No le había dicho a Tamir que no estaría disponible durante un par de semanas, ya que sabía que si surgía alguna emergencia, podría ponerse en contacto con ella a través de correo electrónico. Había llevado el móvil para usarlo solo en caso de emergencia, y había tomado la determinación de dejarlo apagado.

La pesada puerta de roble de la enorme casa de madera chirrió ligeramente al abrirla. La cabaña estaba deshabitada, pero iban a limpiarla todas las semanas. A pesar de la ausencia de actividad humana, la casa estaba impoluta y olía a limpio. El suelo estaba brillante, los cristales de las ventanas relucientes, y la chimenea de piedra la recibió con la promesa de noches cálidas leyendo al lado del fuego.

Dejó el equipaje en la habitación principal y salió varias veces para bajar del coche toda la comida. Quería mantener el menor contacto posible con el exterior, así que había llevado consigo las provisiones necesarias para no tener que bajar al pueblo. Quería emplear el tiempo en encontrar una solución para la situación tan compleja en la que se encontraba y no quería distracciones.

Se sentó en una mecedora tallada a mano situada en el porche y observó cómo el sol se escondía tras las majestuosas siluetas de las montañas que rodeaban la cabaña. Se tapó con la manta de lana y bebió a sorbos lentos de la taza de sidra de manzana con canela y especias. El primer día había

conseguido lo que se había propuesto: no hacer absolutamente nada. Se había dicho a sí misma que el primer día de retiro en las montañas solo consistiría en establecerse y disfrutar de las espectaculares vistas. Con el sol se fue la buena temperatura que había estado haciendo durante el día y, con un suspiro de satisfacción y algo reacio, se metió dentro para encender la chimenea con la intención de sumergirse en las páginas de un libro. La cabaña contaba con una biblioteca bastante extensa, y tenía intención de darle uso gran parte del tiempo que estuviese allí. Se preparó una cena ligera y se la comió en un confortable y mullido sillón de piel delante de la chimenea.

Después de cenar, dejó el plato a un lado y se quedó mirando distraídamente las llamas titilantes. A pesar de sus arrogantes suposiciones, Sarah no podía evitar pensar en Tamir y en lo mucho que lo echaba de menos. Se dividía entre el deseo de sentir su presencia cálida y reconfortante y la rabia por la forma tan controladora en que se había comportado. Cuando notó que se le llenaban los ojos de lágrimas al pensar en su tierna sonrisa y en su risa ronca, desvió sus pensamientos al niño que llevaba dentro. Se preguntó cómo sería vivir siendo miembro de la familia real y si el niño podría llevar una vida normal.

De repente se dio cuenta de lo poco que conocía en realidad a Tamir y cómo era su día a día. Creía firmemente que su hijo conocería y amaría a su padre, pero no tenía ni idea de los problemas que podrían surgir a causa de

las diferencias culturales y políticas. ¿Dónde se había metido? Se trataba de un lío increíble con consecuencias para toda la vida a causa de una noche de pasión con un hombre al que amaba con toda su alma. Pensó que ojalá pudiera sentir la alegría que experimentó cuando vio lo feliz que había hecho la noticia a Tamir, pero hasta ahora no se había parado a pensar en las implicaciones que tendría en su relación y en el futuro del hijo que tendrían en común.

El tiempo fue pasando mientras, perdida en sus pensamientos, contemplaba el fuego hasta que las llamas se convirtieron en ascuas centelleantes y se retiró a la habitación. Estaba agotada, confundida y determinada a tomar las decisiones que fueran necesarias para dar un paso adelante y que el futuro fuese beneficioso para todos. Cayó dormida rápidamente, y sus sueños se llenaron de imágenes de niños de piel morena y ojos de color chocolate.

Después de una semana disfrutando de la soledad de la cabaña, Sarah se despertó con voluntad renovada y comenzó la mañana con una enérgica caminata por los senderos que rodeaban la cabaña. Absorbió las espectaculares vistas, los aromas y los sonidos de la naturaleza. Con el ánimo revitalizado y lista para tomar las decisiones necesarias. Sus provisiones de comida no habían durado tanto como esperaba, así que tendría que conducir

durante media hora hasta el pueblo más cercano para reponer la despensa. Llevaba una dieta sana muy estricta y se sentía con fuerzas y energía. Sin embargo, la caminata de esa mañana parece que le estaba costando más de lo normal.

Cuando se dejó caer en el sofá para descansar un poco, notó que tenía las manos y los pies hinchados. Había estado vigilando la ingesta de sal y haciendo ejercicio de manera regular, pero la caminata la había dejado sin fuerzas y enrojecida. Apoyó la cabeza en el respaldo del sofá y se quedó dormida rápidamente. A las dos horas se despertó sin apetito, a pesar de no haber comido. Se dio cuenta de que el día había pasado más rápido de lo que esperaba y se cambió de ropa para ponerse algo más apropiado para ir a comprar comida. Cogió las llaves del coche y salió por la puerta.

Aunque era un pueblo de unas 17.000 personas, el mercado local tenía una variedad de productos impresionante. Sarah caminó por los pasillos y le resultó difícil recordar lo que necesitaba. Por alguna razón, le estaba costando trabajo concentrarse e incluso pensar. Le echó la culpa a que no había comido, así que decidió continuar y comprar la comida tan pronto como fuese posible para poder comerse un tentempié y aclararse la mente.

Estaba de pie con un paquete de coliflor congelada en la mano, intentando comprender las instrucciones para cocinarla, cuando de repente notó como si el suelo empezara a tambalearse y a moverse bajo sus pies. Intentó agarrarse

sin éxito al carrito que había al lado pero se le nubló la vista. Sarah se desplomó, inconsciente; y varios clientes vestidos con pantalones vaqueros y camisas de franela corrieron alarmados para socorrerla.

Sarah sintió como si tuviera la cabeza llena de algodón. Pestañeó, adormilada, incapaz de identificar donde estaba. Se encontraba en una habitación iluminada tenuemente con las paredes de color *beige*, cortinas en tonos pasteles y un molesto pitido de fondo. Tenía un dolor de cabeza horrible y la garganta tan seca que apenas podía tragar.

Giró la cabeza hacia un lado y el otro para observar la habitación y vio una explosión de estrellas centelleando delante de los ojos, así que se quedó quieta intentando averiguar dónde estaba y qué hacía allí. Una mujer muy agradable vestida con una bata de color rosa pálido se acercó a la cama. Sarah notó la mano fría de la mujer en la frente y vio que movía los labios como si estuviera hablando, pero cayó dormida antes de adivinar lo que estaba diciendo.

Ahí estaba de nuevo. «Otra vez el pitido». Ya no estaba en la habitación de color *beige*, pero los aromas y los sonidos eran los mismos. Le dolía la cabeza tanto como antes y seguía muerta de sed, pero al mover la cabeza ya no veía tantas estrellas como antes, así que giró la cabeza para inspeccionar la nueva habitación. Las paredes brillaban recubiertas de madera de caoba. El

suelo de mármol brillaba de limpio y ella estaba en una cama alta tapada con una colcha mullida. Lo primero que vio fue la enorme silueta de Ali que la miraba con gesto serio. Sarah dio un respingo, sorprendida, y pensó que se trataba de una pesadilla.

Al notar una mano cálida sobre la suya al otro lado de la cama, giró la cabeza y se encontró con la bella imagen de Tamir, iluminando su sueño de una manera inimaginable.

—No tengas miedo, querida —la tranquilizó, dándole unas palmaditas en la mano—. Todo va a salir bien. —Sarah notó de nuevo que se le cerraban los ojos.

Sarah se despertó, pero no abrió los ojos. Ignoraba que la habían trasladado de un hospital con habitación compartida a una *suite* privada en el mejor hotel de Nashville. Movié los dedos de los pies bajo las suaves sábanas, se desperezó, y se asustó al notar un dolor repentino en el cuello. Abrió los ojos y pestañeó despacio, miró a su alrededor y pensó que de alguna forma había acabado en un hotel de lujo. Volvió a oír el pitido que la perseguía en sueños y, al mirar a la izquierda, se topó con aparatos médicos con tubos enganchados en su delicada muñeca. Estaba en un hospital y no tenía ni idea de por qué se encontraba allí.

Preocupada, intentó sentarse en la cama, pero el dolor que notaba en el cráneo hizo que volviese a tumbarse. Oyó una voz querida y familiar a la

izquierda.

—Intenta no moverte, cariño. Todo va a salir bien. —Sarah giró la cabeza y miró al rey a los ojos. No había sido un sueño. Tamir estaba allí. ¿Pero dónde? ¿Y por qué? Recordó las últimas escenas de la pesadilla y miró a la derecha. En efecto, allí estaba Ali mirándola constantemente con un gesto de desaprobación.

—¿Qué ha pasado? —graznó con voz ronca. Aun tenía la garganta seca y dolorida. Una mujer vestida con una especie de pijama azul oscuro le acercó un vaso de líquido a los labios y la animó a beber con suavidad. El líquido le calmó la garganta seca y lo recibió como el desierto a la lluvia. Intentó bebérselo con avidez, pero la mujer del pijama le retiró el vaso.

—No tan rápido, cariño. Tienes que curarte poco a poco —le reprendió Tamir con dulzura.

Sarah sacó fuerzas para hablar.

—¿Qué ha pasado?

—Aun es pronto para que hables. Descansa. Te diré lo que yo sé —le dijo Tamir en voz baja—. Perdiste el conocimiento en un supermercado de un pueblo en mitad del campo y te llevaron a un hospital donde te diagnosticaron... —Tamir miró a los pies de la cama, donde se encontraba un hombre con una bata blanca, para que le dijera el término que buscaba.

—Pree-eclampsia —señaló el médico en voz baja, con un fuerte acento

francés.

—Pree-eclampsia —repitió Tamir, poniendo énfasis en pronunciarlo correctamente—. Se trata de una condición que puede ponerte en peligro a ti y al bebé, así que debes descansar. —Se quedó mirándola con un gesto tierno y preocupado.

—¿Pero dónde estoy ahora? —lo interrumpió.

—La clínica del pueblo no contaba con los medios necesarios para tratarte, así que te trasladaron en avión hasta Nashville —le explicó.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —le preguntó débilmente.

—Un par de días —contestó Tamir—. Solo estarás ingresada unos cuantos días más.

—¿Unos cuantos días? No puedo permitírmelo. Apenas me quedan días de vacaciones. Tan solo tengo un dolor de cabeza. Puedo volver al trabajo sin problemas.

El médico rodeó la cama para que Sarah pudiera verlo mejor y se aclaró la garganta.

—Me temo que eso no es posible, señorita Burkett —le dijo con seriedad—. Se trata de una complicación seria; por lo tanto, deberá seguir un reposo absoluto durante el resto del embarazo. Si la situación empeora, puede que tenga que dar a luz prematuramente y eso queremos evitarlo a toda costa —concluyó.

—¿Por eso me duele la cabeza? —preguntó Sarah, dolorida.

—Me temo que no —dijo el médico, sacudiendo la cabeza—. Al desmayarse en el supermercado se golpeó la cabeza contra el suelo.

Sarah se sintió abrumada por la situación y una lágrima resbaló por su mejilla. Tamir se levantó y se acercó a ella para secársela.

—No te preocupes, cariño. Me estoy asegurando de que te cuidan bien. Ahora, descansa. —Le apretó la mano ligeramente—. Luego seguimos hablando. —Sarah lo miró con cara de pena, con la visión borrosa por culpa de las lágrimas, y se quedó dormida de nuevo con la mano de Tamir cogida de la suya.

Por primera vez desde que la ingresaron, Sarah pudo sentarse en la cama poco a poco sin que la cabeza le diez punzadas en señal de protesta. Miró hacia la silla en la que Tamir estaba sentado roncando suavemente, y sonrió. Era la primera vez que veía al rey Tamir Fouladapor con un aspecto tan relajado y vulnerable. Tenía los ojos cerrados y el ceño ligeramente fruncido mientras echaba una cabezada. Se giró para mirar al otro lado de la habitación y no le sorprendió ver al siempre presente Ali echado sobre la pared con la vista clavada en el frente, sin mirarla.

En cuanto se incorporó, la mujer del pijama se acercó y le preguntó si necesitaba algo. Sarah sacudió la cabeza ligeramente. Por primera vez en más

de una semana se sentía con fuerzas, así que intentó coger el vaso que había en la mesita de noche. La mujer se le adelantó y se lo acercó a los labios. Sarah no tenía ni idea de qué clase de zumo era, pero le calmaba la garganta y tenía un sabor agradable. Le recordaba a la bebida que había compartido con Tamir en Dubái.

Sarah le cogió a la mujer el vaso de las manos e insistió:

—Por favor, permítame, puedo hacerlo yo sola. —La mujer inclinó la cabeza a la defensiva y retrocedió unos pasos. Sarah frunció el ceño, confundida. Tamir se despertó y sonrió cuando la vio bebiendo del vaso. Le hizo una señal con la mirada a la mujer y esta se acercó rápidamente a ayudar a Sarah.

—Estoy bien, de verdad. No necesito ayuda —le dijo Sarah, y dio otro sorbo.

—Fátima está aquí para ayudarte —le indicó Tamir con amabilidad—. Por favor, permíteselo.

—Es que me siento mucho mejor. Puedo hacerlo sola. —Sarah intentó convencer a Tamir, que apretaba los dientes con obstinación.

—Fátima, Ali —Tamir dirigió la mirada a la puerta y los dos salieron de la habitación inmediatamente.

Sarah lo miró con los ojos entrecerrados, intentando averiguar qué estaba pasando.

—¿Qué es todo esto? —preguntó, perpleja.

Tamir se acercó, se sentó en el filo de la cama y le cogió la mano.

—Las cosas son muy diferentes ahora, cielo. El bebé que llevas dentro es el heredero al trono y, como tal, ha de ser protegido, al igual que tú.

—¿Que debemos ser protegidos? ¿De qué?

A Tamir se le escapó la risa por la nariz.

—De cualquier daño. He traído conmigo al mejor obstetra del mundo para que te atienda siempre que lo necesites, y a Fátima, tu sirvienta personal. El cocinero real te preparará todo lo que comas o bebas y también tendrás tus propios guardaespaldas —le explicó con ternura—. Necesariamente, tu mundo será muy diferente a partir de ahora, pero todos los que te rodean se centrarán en cuidar tanto tu salud y seguridad como la de nuestro hijo.

—Tamir, todo eso es muy amable por tu parte, pero para mí no es práctico. Tengo que volver al trabajo, hay cosas de las que me tengo que encargar, y necesito averiguar cuál va a ser mi papel como madre —dijo Sarah con inquietud.

—El doctor Lacroix dice que no podrás volver a la oficina en lo que queda de embarazo. Lo he dispuesto todo para que puedas trabajar desde casa, y el señor Sherwood ha sido tan amable de proporcionarte una excedencia —le aseguró Tamir.

—¡El señor Sherwood! —exclamó ella—. ¿Qué le has dicho? Todavía no

le he dicho que estoy embarazada —le dijo con preocupación.

—Me imagine que preferirías decírselo tú misma, así que lo único que sabe es que estás bajo tratamiento médico y que este se extenderá durante los próximos meses.

La mirada de Sarah se enterneció al comprobar que Tamir había respetado su privacidad, consciente de que querría comunicar su estado en el momento oportuno. Apoyó la mano suavemente en el brazo de Tamir.

—Gracias. Necesito saber qué voy a hacer antes de decirle nada.

—Lo entiendo perfectamente, cielo. Tenemos tiempo de sobra para hablar sobre nuestros planes de futuro. Pero quiero que sepas que estaré siempre a tu lado y te daré todo lo que necesites.

Sarah esbozó una sonrisa.

—Muchas gracias, de verdad, pero tienes que comprender que estoy acostumbrada a cuidar de mí misma.

—Y tú tienes que comprender que, al menos durante unos meses, no estarás en posición para hacerlo y debes permitirme que te ayude —le regañó, con la mirada firme.

Sarah suspiró con resignación y aceptó su destino.

Capítulo ocho

Después de recuperarse un poco, Sarah estaba preparada para volver a casa. Era bastante desconcertante tener a una sirvienta siguiéndole los pasos constantemente, pero Fátima resultó ser una compañera encantadora y útil. Es como si supiera todo lo que Sarah necesitaba incluso antes de que se lo pidiera. Los platos exclusivos y deliciosos que le preparaba el cocinero real le ayudaron a recuperar el peso que había perdido en el hospital. A lo de llevar guardaespaldas sí pensó que le costaría acostumbrarse.

Trabajar desde casa fue agotador al principio, pero Sarah desarrolló rápidamente una rutina que le permitía cumplir con las tareas laborales y conseguir descansar el tiempo necesario. Se tomaba las medicinas necesarias para aliviar la hinchazón producida por el embarazo y seguía las pautas del doctor Lacroix al pie de la letra, ya que sabía que Fátima no tardaría informar a Tamir si se saltaba alguna indicación del médico.

Sarah acababa de enviar el último correo electrónico del día y se encontraba bebiendo a sorbos felizmente un té turco de manzana cuando Fátima llamó suavemente a la puerta de su despacho. El apartamento era demasiado pequeño para alojar al cocinero y a los sirvientes personales, así que había accedido a mudarse a una casa encantadora en un barrio residencial que Tamir había comprado para que se alojara durante el embarazo.

La casa era espaciosa, pero al mismo tiempo acogedora y luminosa.

Contaba con un amplio jardín, y estaba decorada con muebles de lujo. Al principio Sarah había protestado, argumentando que era un sitio demasiado lujoso para una simple jefa de departamento, pero Tamir no tardó en recordarle que era la madre del futuro monarca y que ahora tenía derecho a ello.

—¿Sí, Fátima? —preguntó cuando la educada mujer llamó a la puerta. Fátima sonrió con timidez.

—A Su Majestad le gustaría contar con su presencia esta noche para cenar —declaró con felicidad.

—¿Tamir viene de visita? ¡No me ha dicho nada! —Sarah esbozó una sonrisa de oreja a oreja—. Pero Fátima, se supone que no debo salir... —le recordó a la sirvienta con pesar.

—Su Majestad ha realizado los preparativos necesarios —le contó, emocionada—. Llegará a las 6:00 y ha enviado un vestido hecho por su sastre para la ocasión. Le prepararé un baño y le ayudaré a prepararse. —La sirvienta estaba más emocionada de lo normal. Al parecer, era cómplice de alguna sorpresa que Tamir había preparado. Sarah no podía esperar a verlo. Solo de imaginarse entre sus brazos, aunque solo pudiese quedarse unas horas, hacía que lo añorase desde lo más profundo de su ser.

Con una fuerza increíble, a pesar de lo menuda que era, Fátima ayudó a Sarah a desvestirse, la guió hasta la bañera y la agarró por debajo de los

brazos para que no se cayera mientras introducía su cuerpo floreciente en las cálidas aguas. Se relajó en el agua y dejó que se desvanecieran las tensiones acumuladas durante el día. Sonrió al pensar que pronto estaría besando a su amor. Tamir nunca le había dicho que la amaba, pero ella sí sabía que lo amaba con cada fibra de su ser y le emocionó comprobar cómo había reaccionado cuando se enteró de que esperaba un hijo.

A partir de ese momento la había tratado incluso con mayor ternura que antes. A lo mejor la amaba por ser la madre de su hijo, pero cuando la miraba a los ojos y le atravesaba el alma, quería creer que para él era algo más.

Una de las decisiones que había tomado durante su retiro en Tennessee fue que aceptaría formar parte de su vida cumpliendo el papel que Tamir decidiera, incluso si solo era como madre de su hijo. Aun así, albergaba la esperanza de que la relación fuese mucho más que eso.

Fátima usó jarras de agua caliente para lavarle el pelo y enjuagárselo. A continuación, cogió una esponja y le frotó la espalda, los brazos y las piernas. A Sarah no le hacía gracia que una desconocida le tuviera que ayudar en las tareas diarias (como, por ejemplo, darse un baño); sin embargo, a medida que el embarazo fue progresando, la ayuda de Fátima había resultado invaluable. La mujer la secó con energía, la envolvió con un albornoz blanco y esponjoso, y le cepilló y le secó la larga y lustrosa melena.

Sarah inspeccionó su reflejo en el espejo y sintió mariposas en el

estómago mientras esperaba que llegase el coche que había enviado Tamir. El vestido confeccionado por su sastre era de una lujosa seda de color verde manzana que le hacía juego con los ojos y fluía con elegancia por su vientre. Tenía que reconocer que le sentaba muy bien. Todavía no conocía al sastre, pero estaba claro que el hombre era un artista.

Fiel a su costumbre, Tamir no solo le había mandado el exquisito vestido, sino que también había incluido unas hermosas joyas a juego. Unos corales negros tallados intrincadamente con unos diseños bellísimos decoraban los lóbulos de sus orejas y adornaban su cuello. Sarah se quedó sin palabras ante su generosidad y se le saltaron las lágrimas al pensar en lo bien que sabía cómo complacerla. Se fijaba en sus gustos y preferencias y siempre encontraba el regalo que le llegaba al corazón.

Pasara lo que pasara con la relación en el futuro, estaba profundamente agradecida de haber conocido a un hombre tan sensible y tan atento.

El sonido del timbre interrumpió sus pensamientos. El corazón le dio un vuelco porque sabía que el sonido señalaba el comienzo de su noche con Tamir. Sarah esperó impaciente a que la llamaran. Por suerte, no tuvo que esperar mucho.

—Señora, el coche ha llegado. Acompañeme, por favor —le indicó Fátima, y la ayudó a incorporarse de la silla. La barriga, cada vez más grande, le dificultaba hacer esas tareas tan sencillas.

Fátima la acompañó hasta la puerta con dos de los guardaespaldas de Sarah siguiéndoles los pasos. Sarah había intentado varias veces entablar conversación con ellos, pero los hombres se habían horrorizado de que intentase hablar con ellos en tono familiar. Para ellos, ella estaba mucho más por encima, y hacer otra cosa que no fuese servirla les resultaba inapropiado.

Sarah se quedó sin aliento cuando vio la limusina alargada que la esperaba en la puerta. Tamir siempre viajaba en limusina, pero casi siempre eran de color negro y más pequeñas que este modelo enorme y alargado. Una alfombra de pétalos de rosa blanca la llevaba hasta la puerta abierta de la limusina y Sarah siguió el camino perfumado con los guardaespaldas a los lados. Comprobó con satisfacción que el suelo de la limusina también estaba cubierto de preciosos pétalos de color blanco. Fátima la ayudó a entrar con cuidado en el interior perfumado del vehículo, y le colocó en la mano una copa de cristal de zumo de fruta con gas con hielo cuando se sentó, antes de ocupar el lugar correspondiente en el asiento del copiloto.

En los altavoces de la limusina comenzó a sonar la misma música clásica que en el encantador restaurante de Dubái en el que cenaron la noche de su primera cita. Sarah estaba completamente hechizada, y se preguntó que le esperaba esa noche. Aun así no pudo evitar sentirse un poco decepcionada al ver que Tamir no estaba esperándole dentro de la limusina.

Intentó sacárselo a Fátima a base de preguntarle a dónde iba, por qué no

estaba Tamir en la limusina y cientos de preguntas más, pero la leal sirvienta no hizo mas que sacudir la cabeza, taparse la boca con la mano y sonreír misteriosamente sin ceder a sus presiones. A Sarah le latía el corazón a toda velocidad a causa de la emoción y la expectación, y Fátima le aconsejó que respirase hondo y se relajase.

La limusina aparcó delante del hotel de lujo en el que Tamir siempre solía quedarse cuando iba a la ciudad por cuestiones de negocios, y los guardaespaldas de Sarah la acompañaron rápidamente al vestíbulo. Sarah se paró en seco, boquiabierta. A cada lado de la entrada había una fila de soldados uniformados y entre ellos continuaba el camino de pétalos blancos. Sarah miró a Fátima, desconcertada, pero la sirvienta tan solo esbozó una amplia sonrisa y caminó delante de ella.

El camino de pétalos de rosa llevaba hasta el ascensor, que estaba acordonado con un lazo de satén. Sarah desató el lazo, las puertas se abrieron y revelaron el suelo del ascensor cubierto de pétalos. Todo era maravillosamente surrealista, y de repente pensó que es así como debió de haberse sentido Alicia después de caer por la madriguera del conejo. Las puertas del ascensor se abrieron al llegar al ático, donde los pétalos blancos dieron paso al mármol resplandeciente del suelo. Su rey la esperaba con impaciencia al otro lado de la puerta y, al verla, la abrazó, le dio un beso en la frente y le susurró al oído palabras de amor en su idioma.

Sarah estaba en una nube. No era consciente de lo que le rodeaba, tan solo tenía ojos para su hermoso Tamir. Él la besó apasionadamente y, a pesar de su estado, ardió de deseo, ansiosa por sentirlo. El doctor Lacroix les había prohibido mantener relaciones hasta que el bebé naciera (en realidad, hasta cuatro semanas después del parto), pero eso no hacía el anhelo menos intenso. Al apretarse contra su cuerpo, sintió el deseo que despertaba en él y aquello aumentó aún más su pasión.

Sarah unió su cuerpo al de Tamir, abandonó la prudencia, y lo besó con todas sus fuerzas. Introdujo la punta de la lengua ligeramente entre sus labios y la entrelazó con la suya, lo que hizo que él temblase un poco al abrazarla. Habían perdido la noción del tiempo, perdidos como estaban en la dulce tortura del deseo insatisfecho. De repente, uno de los guardias tosió ligeramente con discreción para recordarles que no estaban solos.

Tamir interrumpió el beso, no con ganas, y le acunó el rostro a Sarah entre las manos con delicadeza.

—Te he echado tanto de menos, preciosa —le susurró al oído, mirándola a los ojos con adoración.

—No tanto como yo, Tamir —le contestó ella, sin aliento. Los ojos le brillaban de emoción.

—Todavía más, mi niña, todavía más —le aseguró él, y se llevó su mano a los labios para besarla—. Ven, tienes que sentarte —le indicó, preocupado.

Él la acompañó hasta dos sillas enormes con cojines con brocados y cubiertas de pan de oro situadas una al lado de la otra en el centro de lo que habitualmente era el salón. Toda la habitación había sido desprovista de muebles, excepto por las dos sillas y una alfombra de lana gruesa, grande decorada con diseños elaborados. Tamir la llevó hasta una de la sillas y, a continuación, se sentó al lado de ella en la otra. Le hizo un gesto con la cabeza a Ali, y Sarah lo vio sonreír por primera vez.

Sarah aún se hallaba sorprendida por la sonrisa de Ali y se estaba preguntando cuál sería la razón por la que lo había hecho, cuando las puertas que llevaban al vestíbulo privado se abrieron de par en par y apareció una multitud de personas vestidas con una variedad abrumadora de hermosas telas, uniformes y atuendos tradicionales. Se acercaron todos a la vez y Tamir se los fue presentando de uno en uno: miembros de su familia, consejeros, generales y dignatarios de su país y de todo el mundo. Sarah intentó asimilar la situación con los ojos abiertos de par en par.

No sabía cómo interpretar toda la pompa y formalidad de la situación. Todas aquellas personas importantes, venidas de todas partes del mundo, le besaban las manos y las mejillas y se inclinaban ante ella sonriéndole. Cuando le presentó a la última persona, Sarah se volvió para mirar a Tamir perpleja, pero feliz, con la esperanza de que le explicase qué estaba pasando. En la habitación se hizo el silencio cuando él le tomó la mano y se arrodilló

para hablarle.

—Mi hermosa Sarah, mi corazón te pertenece desde el día en el que te conocí. Te he amado desde el momento en el que te vi, y así lo haré durante toda la eternidad. —A Sarah se le llenaron los ojos de lágrimas al escuchar de sus labios aquellas palabras con las que había soñado durante tanto tiempo. El resto de personas dejaron de existir y su mundo se reflejó en los ojos llenos de amor de Tamir. Su emoción era evidente, así que tragó saliva antes de continuar—. Llevas dentro a mi hijo, el heredero al trono, y no podría haber escogido mejor a la madre de mi hijo. Tu dulzura me atrae, tu inteligencia despierta mi intelecto, tu corazón late al compás del mío. He invitado a todas las personas importantes en mi vida para que compartan con nosotros lo que espero que sea el comienzo de una hermosa vida juntos. Quería que fuesen testigos de la dicha que siento el día más feliz de mi vida. ¿Sabes por qué es hoy el día más feliz de mi vida, amor mío? —le preguntó, mirándola con ternura. Sarah sacudió la cabeza, demasiado feliz para hablar—. Porque hoy es el día en el que te pido, desde la mayor humildad, que seas mi esposa.

Tamir se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, sacó una cajita y la abrió para que Sarah la viese. Dentro se hallaba un bellissimo anillo de diamantes en forma de corazón. Sarah se quedó sin palabras. Se llevó las manos a las mejillas ardientes con incredulidad. Tamir cogió el anillo y se lo puso en la mano izquierda.

—Dado que el anillo es una tradición en tu país, he querido honrarte adoptando esta costumbre. Mi amada Sarah, ¿quieres casarte conmigo? —le preguntó Tamir. Tenía la voz ronca a causa de la emoción.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Sarah y le rodeó el cuello con los brazos, sollozando de alegría.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Te diría que sí una y mil veces! —le susurró al oído.

Tamir esbozó una sonrisa de oreja a oreja y anunció:

—¡Ha dicho que sí! —Aquella frase provocó un estruendoso aplauso. Comenzó a sonar música en la habitación y los invitados se abrazaron entre ellos, emocionados por un momento tan tierno. Tamir recibió una lluvia de besos, y Sarah fue hasta el baño acompañada de Fátima para secarse las lágrimas y refrescarse. Una vez en el baño, Sarah por fin contempló el anillo, maravillada por su brillo. Miró a Fátima con una sonrisa cariñosa.

—Lo sabías todo, ¿verdad? —le dijo a la sirvienta, riéndole en broma.

—Lo sabíamos todos desde que usted se fue de Dubái, señora —le confesó Fátima.

—¿Desde que me vine de Dubái? —repitió Sarah con incredulidad—.

¿Me estás diciendo que Tamir quería casarse conmigo incluso antes de saber lo del bebé?

Fátima asintió enérgicamente.

—¡Así es, señora! Su Majestad lleva planeando este momento desde antes

de saber lo del heredero.

Sarah se quedó estupefacta y comenzó a sollozar al darse cuenta de que Tamir la amaba incluso antes de saber que estaba embarazada. La amaba por ser como era, no por el bebé que llevaba dentro. Fátima se acercó rápidamente a su lado, alarmada al ver las lágrimas de su señora, y le preguntó si podía ayudarla y si había algún problema.

—Tráeme a Tamir —le indicó entre lágrimas—. Dile a mi futuro marido que venga, por favor.

Poco tiempo después, Tamir apareció en el baño y corrió al lado de Sarah, que estaba enroscada sobre un diván. Se arrodilló a su lado, le retiró el cabello del rostro, y le secó las lágrimas con un pañuelo.

—¿Qué te pasa, amor mío? ¿Qué puedo hacer por ti? —le preguntó, preocupado. Se sorprendió cuando Sarah empezó a reír, a pesar de las lágrimas.

Levantó la vista y le dijo, con la cara enrojecida a causa de las lágrimas de alegría:

—Me amabas. Me amabas incluso antes de enterarte de lo del bebé. — Entonces fue Tamir quien se rió por lo bajo.

—¿Cómo no iba a hacerlo? —le preguntó él—. Una mujer sorprendentemente honesta y hermosa cayó literalmente a mis pies. Dime, ¿cómo iba a resistirme? —Entonces la besó; fue un beso dulce que le

transmitió todo el amor que sentía por ella. Ella se lo devolvió con entusiasmo.

—Dímelo —le susurró con timidez.

—¿Qué quieres que te diga, preciosa? —Él le recorrió el labio inferior con la yema de un dedo. Un escalofrío de placer le recorrió la espalda.

—Dime que me quieres. —Sarah jugueteó con un rizo del pelo de Tamir, fascinada.

Ella cerró los ojos cuando él pronunció las palabras más dulces que jamás había oído.

—Te amo, mi hermosa Sarah. Te he estado esperando toda mi vida y te amaré eternamente.

La pareja de enamorados se casó rápidamente de manera oficial en una ceremonia discreta y en presencia de un pequeño grupo de familiares y amigos. Celebrarían una fiesta por todo lo alto en el país de Tamir cuando naciera el bebé. Entonces, Sarah sería presentada como la reina del país. Sin embargo, por mágica que pareciera su vida la mayor parte del tiempo, todavía tenía asuntos que tratar en la vida real.

Capítulo nueve

Sarah le pidió al señor Sherwood que se reuniera con ella a la hora del almuerzo y le comunicó que tenía algunos asuntos que discutir con él. Su jefe se presentó a la hora acordada y notó inmediatamente su tripa de embarazada.

—Así que esa es la razón por la que no venías por la oficina —le dijo sonriendo, inusualmente alegre—. ¿Cuándo lo tienes? —le preguntó. Parecía interesado de verdad.

—De un momento a otro —le respondió Sarah, nerviosa—. Por eso tengo que hablar con usted. Ha habido algunos cambios en mi vida desde la última vez que nos vimos.

—No hace falta que lo jure —bromeó él.

—No quiero abandonar el trabajo, señor Sherwood —soltó con inquietud—. El bebé es lo más importante para mí, pero mi trabajo también es parte de lo que soy y me gustaría continuar trabajando para Harrison si fuese posible.

—¿Y cómo cree que podríamos hacerlo? —le preguntó con honestidad, intentando buscar una solución.

Sarah se tragó el miedo y respondió:

—Bueno, llevo varias semanas trabajando desde casa y he conseguido estar al día con todo lo que había que hacer. Lo que he pensado es que, dado que para realizar mi trabajo no es necesario el contacto cara a cara, podría continuar trabajando desde casa y si es necesario atender una reunión, podría

hacerlo a través de Internet. ¿Qué le parece? —Contuvo el aliento a la espera de su respuesta.

—A decir verdad, me he llevado una grata sorpresa al comprobar lo bien que ha llevado adelante su trabajo en la distancia a pesar de su... estado. Si hasta ahora ha funcionado, no veo por qué no podría continuar haciéndolo. No veo ningún problema en intentarlo y ver si funciona una vez acabe su baja por maternidad —dijo él.

Sarah no tenía palabras para expresar su emoción, así que esbozó una sonrisa de alivio.

—Muchas gracias, señor Sherwood. No decepcionaré a la compañía —le prometió.

—Estoy seguro de eso, señorita Burkett... ¿o ya no debería llamarla señorita Burkett? —le preguntó.

—Bueno... No. Todavía no ha sido anunciado formalmente, pero ahora soy... la reina Mohammed —confesó con las mejillas encendidas.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Sherwood.

—Sospechaba algo —le dijo, sonriendo—. Mis felicitaciones para los dos. No hacía falta llegar tan lejos para asegurar el trato —le dijo en tono de broma.

Ambos rieron, y Sherwood insistió en pagar el almuerzo. Sarah llegó a casa en una nube. Todas las preocupaciones de los últimos meses parecían ir

desapareciendo una a una. Se preguntó si tendría que ver el hecho de que ahora era (al menos, técnicamente) parte de la realeza.

Su vida nunca había tenido privilegios, y a veces se preguntaba cómo le iría en su nuevo rol. Tamir le había asignado un historiador para que la pusiera al día con la historia de su pueblo, y un jefe de protocolo para que le enseñara el estilo de vida en palacio. No había hecho más que comenzar a explorar ese mundo desconocido y emocionante, pero sabía que tendría que enfrentarse a muchos desafíos en su nuevo papel. Tamir le aseguró que él siempre estaría a su lado y que, al final, eso era lo más importante.

Unas noches después de la proposición, Sarah comenzó a gritar retorciéndose de dolor. Tamir se despertó al instante e intentó calmarla.

—¿Qué te pasa, cariño? ¿Estás enferma? —le preguntó, preocupado. Al escuchar los gritos de su señora, Fátima apareció rápidamente en la habitación acompañada por Ali y los guardaespaldas de Sarah.

—¡Tamiiiiiiiiir! —gritó ella, hundiéndole las uñas en los bíceps a causa de la agonía.

—¿Qué te pasa, amor mío? ¿Qué puedo hacer para ayudarte? —El rey estaba más cerca de entrar en pánico de lo que jamás lo había estado, incluso ante una crisis nacional.

—¡Ya llegaaaaa! —gritó con los dientes apretados. Fátima palmoteó de

alegría y le indicó a uno de los guardaespaldas que llamase al doctor Lacroix, que llevaba en palacio un par de semanas como preparación para el parto.

Los trabajadores se pusieron manos a la obra. Llevaban meses preparándose para este momento. Todo el mundo tenía una función específica para que el nacimiento fuese tan agradable como fuese posible para la nueva reina. Tamir besó a su esposa, salió de la cama, se puso los pantalones del pijama y se preparó para ofrecerle a Sarah todo el apoyo que fuese posible.

Al personal no le molestaba la desnudez del rey ni de la reina, ya que los habían ayudado con las tareas más íntimas. Al rey desde que nació y a la reina desde que había honrado sus vidas con su presencia. Una sirvienta, que también era enfermera, colocó varias almohadas detrás de la reina para que estuviera cómoda mientras llegaba el médico. Había un armario lleno de todos aquellos artículos que el doctor Lacroix pudiera necesitar. La habitación de Sarah estaba mejor abastecida que cualquier sala de emergencias, así que a no ser que hubiese alguna complicación, no necesitaría ser hospitalizada.

Tamir la cogió de la mano mientras ella gritaba y pensó que había subestimado el dolor que conllevaba un parto. Le daba la impresión de que algo no iba bien; había presenciado nacimientos con anterioridad y el dolor que estaba experimentando Sarah parecía cuanto menos desconcertante. Miró a Sarah y luego a Ali, y el leal guardaespaldas salió rápidamente de la

habitación para que el doctor llegase cuanto antes. Unos momentos más tarde, apareció Lacroix con Ali prácticamente empujándolo. Tamir miró al guardaespaldas y asintió en gesto de agradecimiento. Lacroix se puso los guantes y procedió a examinar a su paciente más importante.

Un gesto atravesó ligeramente su rostro, y Tamir frunció el ceño con preocupación. Lacroix se quitó los guantes y le indicó al rey que lo acompañase fuera de la habitación. Este le plantó a Sarah un beso rápido en la mejilla y le prometió que no tardaría en volver. Le dijo a Fátima y a la enfermera que se quedaran con ella y salió rápidamente tras el médico.

Sarah llamó a Tamir e inmediatamente perdió el conocimiento. La enfermera y Fátima hicieron todo lo posible por despertarla, sin éxito. La habitación se iluminó con luces de emergencia cuando Sarah fue trasladada inmediatamente a un hospital que habían preparado con antelación en caso de que fuese necesario. Tamir, blanco como el papel, le agarraba la mano con fuerza mientras iban de camino en la ambulancia.

«Recuerdo este lugar», pensó entre sueños cuando abrió los ojos poco a poco y vio las paredes de un color indefinido y las cortinas color pastel. Pero estaba no estaba en un hospital en mitad de un pueblo de Tennessee. Hace un rato estaba en casa con Tamir y de repente... el bebé. Se llevó rápidamente la mano al estómago. Estaba completamente plano y dolorido. Alarmada, in

tentó incorporarse, pero tuvo que volver a echarse inmediatamente a causa del dolor que la atravesó. Varias personas se levantaron de un salto cuando se dieron cuenta de que estaba despierta, pero fue su querido Tamir el que se acercó primero.

—Tamir —comenzó a decir entre lágrimas—. ¿Y el bebé?

—Es una princesa sana y hermosa —la tranquilizó, con lágrimas de felicidad.

Sarah comenzó a llorar de alivio e insistió:

—¿Qué ha pasado? ¿Qué hago aquí?

—El bebé venía de nalgas, amor mío, pero está perfectamente —le dijo, sonriendo, y le retiró el cabello de la frente—. Pensé que iba a perderte. — Una lágrima se deslizó por la mejilla perfectamente esculpida de su esposo. —No lo habría soportado —le susurró.

Con las pocas fuerzas que tenía, Sarah extendió el brazo y le secó las lágrimas.

—Estoy aquí, Tamir. No me voy a ningún sitio. —Él acercó la mano a sus labios y la besó con devoción.

Sarah no retiró la mirada de los ojos llenos de amor del rey hasta que oyó un dulce arrullo a espaldas de su marido. Su hija, la princesa Wilhemina (como su tía) Mohammed, estaba en los brazos de Fátima, esperando conocerla.

Sarah se recuperó con relativa rapidez considerando la experiencia tan horrible por la que había pasado. Había sufrido una hemorragia después de la cesárea de emergencia y por poco muere desangrada. Si no hubiese sido por las acciones heroicas del doctor Lacroix, no habría sobrevivido. Tamir recompensó al buen doctor de manera más que generosa.

Capítulo diez

Sarah se estiró al lado de las aguas cristalinas del Caribe en las primeras vacaciones de la familia y recorrió los dedos por la cicatriz rosada que le atravesaba el abdomen. Era el único recuerdo del dolor que había soportado. Le habían advertido que no hiciera más esfuerzo del necesario durante las primeras ocho semanas, lo cual no había supuesto ningún problema. Todo el personal del rey había estado a su entera disposición durante las 24 horas del día, aunque todos comprobaron, abatidos, que ella apenas requería sus servicios.

Los primeros días dependía plenamente de Fátima y los enfermeros para que la ayudasen a cuidar de Wilhemina mientras ella intentaba recuperar el sueño atrasado y recobrar fuerzas. Una vez pudo volver a sus actividades diarias, continuó cuidando de sí misma y del bebé.

—Es tu medalla por haber sido madre, ¿no crees? —dijo Tamir en referencia a la cicatriz que se estaba acariciando distraídamente con los dedos. A continuación se echó en la tumbona de al lado. Llevaba puestos un bañador negro ajustado y estaba espectacular.

—Supongo que sí —dijo ella, riendo mientras admiraba el cuerpo atlético de su marido. Ella estaba un poco acomplejada por la cicatriz y esos kilitos de más que había ganado con el embarazo, pero Tamir no dejaba de repetirle que estaba más guapa que nunca.

Wilhemina estaba durmiendo la siesta y Yasmin, la hija de Fátima, cuidaba del bebé, lista para cogerla en cuanto se despertara. La enamorada pareja contaba pues con algo de tiempo para disfrutar solos (relativamente hablando, porque los guardaespaldas estaban siempre lo suficientemente cerca para oírlos si gritaban).

—¿Le apetece nadar un poco, majestad? —Sarah arqueó las cejas de manera insinuante, coqueteando con su marido.

En el rostro del rey apareció una sonrisa traviesa.

—Me parece una idea perfecta, mi reina —dijo, arrastrando las palabras en tono sexy. La tomó de la mano y la ayudó a incorporarse de la tumbona. Los dos bajaron hacia las aguas cristalinas por la arena blanca de la playa privada a paso rápido y se metieron entre las olas tranquilas y refrescantes. El agua era poco profunda y, cuando Tamir se puso de pie, con las gotitas de agua cayendo de los hermosos rizos color azabache, Sarah no pudo evitar notar su interés, que resultaba evidente bajo la tela ajustada de su bañador.

La visión de su excitación disparó flechas de fuego hasta lo más profundo de su ser. Lo deseaba tanto que no podía esperar a sentirlo dentro. Se puso de pie y caminó hacia él con decisión. Llevaba varios meses sin tener sexo a causa del embarazo, y ahora estaba preparada para recuperar el tiempo perdido. Avanzó en el agua hasta llegar a su marido, se desató la parte de arriba del bikini blanco y dejó que el top se perdiera en el mar.

Se deslizó la parte de abajo por las caderas y se deshizo de ella con facilidad mientras se adentraba en el mar. Al acercarse, vio su miembro endurecido al máximo contra la tela tirante del bañador y deseó con todas sus fuerzas tenerlo dentro. Alentado por su falta de inhibición, se desató el cordón del bañador cuando ella se acercó.

Para él también había sido un largo período de sequía y apenas podía contener su excitación. Cuando Sarah estuvo lo suficientemente cerca, la aplastó contra su pecho y asaltó su boca con besos penetrantes. Sarah encalló la parte más tierna de su cuerpo contra el de él, anhelando sentirlo. Él subió las manos desde su cintura hasta sus pechos suaves y firmes y acarició un pezón, que se irguió endurecido en cuestión de segundos. Incitada por las aguas salinas, lo rodeó con las piernas y la erección palpitó contra su cálido interior. Ella gimió en sus labios cuando le agarró las nalgas y la apretó contra su virilidad con más fuerza.

Se movió contra ella con cadencia rítmica e inclinó la cabeza para succionar el pezón rosado y firme. Ella se corrió casi al instante y dejó escapar un grito de placer que por poco lo distrae.

Cuando la oleada de sensaciones cesó, apoyó la cabeza en su hombro por un momento, agotada, y a continuación, dirigió los labios a la piel sensible del cuello. Comenzó a darle mordisquitos por la piel expuesta y aquello lo volvió loco. Tamir introdujo la lengua en su boca y la movió hacia dentro y

hacia fuera de la misma manera que deseaba hacer con su verga en su apretado interior.

Ella deshizo el abrazo de sus piernas, se puso de pie entre las aguas frías del mar y dirigió la mirada a la erección latente bajo la fina tela húmeda del bañador. Dirigió las manos a su entrepierna y la apretó con suavidad. A él se le escapó un gemido de deseo de los labios. Su virilidad, que ardía de deseo, dio una sacudida al contacto con su mano, provocándola.

—Quítamelo —gruñó Tamir con los dientes apretados, incapaz de contenerse por más tiempo. Ya que tenía su permiso, Sarah no dudó un instante y le pasó la cintura elástica por encima del miembro sensible. A continuación le arrancó el bañador. La tela negra desapareció entre las olas y ninguno de los dos se dio cuenta.

Tamir cogió la erección y movió la mano de arriba a bajo una vez, dos veces, excitándola aún más. Ella le retiró la mano y lo agarró entre sus labios. A él se le escapó un siseo entre los dientes y sacudió las caderas en su dirección de manera instintiva.

Ella lo sacó de su boca, le rodeó el cuello con los brazos y lo montó, empujándolo contra la suave humedad de su cuerpo lo más profundo que pudo y clavándole los talones en la espalda mientras que él la sujetaba por encima de las olas.

Había pasado mucho tiempo. Tamir se corrió al instante y se meció,

penetrándola con una fuerza primitiva. De su garganta escapó un grito ronco cuando una oleada de placer taras otra atravesó su cuerpo. Con la mandíbula apretada, las piernas entrelazadas y temblando, su verga se sacudió dentro de ella y la llevó al orgasmo. Sus pezones, extremadamente sensibles, se rozaban con el vello rizado del torso de Tamir y hacían que tirase de él, empujándolo cada vez más adentro mientras los latidos de su interior se aferraban a él y lo liberaban sacando hasta el último jugo de su cuerpo. Sarah gritó su nombre una y otra vez al liberar por fin el deseo contenido contra el que había luchado durante tanto tiempo. Sintió que su cuerpo iba a estallar en cualquier momento y hundió los dientes en el hombro de él a causa de la intensidad.

Cuanto más fuerte se corría, con más fuerza y velocidad la penetraba él. Llegó un momento en el que perdió la cuenta de los orgasmos que estaba sintiendo. Sintió que era transportada a otro nivel de satisfacción cuando sus músculos internos se aferraron con fuerza a él. Él la agarró con firmeza a medida que las fuertes contracciones de su cálido núcleo se fueron convirtiendo en suaves sacudidas hasta apagarse, saciada por completo.

Con los brazos rodeándole los hombros, aún sujetándolo dentro de ella, enterró el rostro en su cuello y lo besó con suavidad. Se quedaron abrazados y dejaron que las olas los mecieran arriba y abajo, totalmente ajenos a lo que sucedía a su alrededor.

Sarah estaba intentado decidir qué ponerse para el viaje de vuelta a casa cuando Tamir la sorprendió con un beso en la nuca.

—No te esperaba —le dijo, sonriendo. Se giró y lo besó en los labios.

—No he podido resistirme —le dijo, y se encogió de hombros—. Estabas preciosa ahí plantada en ropa interior...

A Sarah se le escapó una risita. Buscó en el armario y sacó un cómodo y elegante vestido sin mangas y se lo pasó por la cabeza. Tamir se echó en la cama y continuó mirándola, pensativo.

—Te noto muy estresado hoy —observó ella, y se estiró en la cama a su lado sin preocuparse por arrugar el vestido que acababa de ponerse—. ¿Va todo bien?

—Por supuesto, amor mío —le aseguró, pasándole el dedo por los pómulos distraídamente—, pero tenemos que tomar varias decisiones.

—¿Decisiones? ¿A qué te refieres? —le preguntó Sarah con un leve matiz de alarma.

—Todavía no hemos hablando de tu traslado a palacio —le recordó él.

Ella se apartó ligeramente. En realidad le había dado muchas vueltas al tema, pero no sabía cómo decírselo a Tamir.

—La verdad es que yo también lo he estado pensando y tengo algunas ideas en mente —comenzó a decir lentamente, eligiendo las palabras con

cuidado.

—¿Ah sí? ¡Qué bien! ¡Cuéntame! —exclamó Tamir, contento de que por fin estuviera dispuesta a hablar de un tema tan importante.

—Verás... He pensado que podría vivir parte del tiempo en casa, y parte del tiempo en palacio. De esa manera estaría disponible para todo el que necesitase reunirse conmigo por cuestiones laborales y, al mismo tiempo, podría involucrarme en la vida de palacio. Podríamos visitarnos cuando tuviéramos que estar separados, y Wilhemina tendría la experiencia de vivir en dos culturas diferentes.

Sarah vaciló un poco cuando vio que la expresión de Tamir pasaba de la alegría al enfado. Claramente, no le había hecho mucha gracia su propuesta.

—No consigo entender por qué no consideras mi palacio tu casa. Eres mi esposa y una esposa ha de estar siempre al lado de su marido. —Tamir frunció el ceño y midió sus palabras, intentando contener su frustración—. Además, ser reina conlleva una serie de responsabilidades. Hay ciertas expectativas que deben satisfacerse por el bien del país. Por favor, amor mío, tienes que entenderlo: nuestra relación tiene ciertas implicaciones que van más allá de nuestra propia felicidad —le advirtió.

—¿Es que no entiendes lo difícil que me resulta pensar si quiera en mudarme a otro país sin volver la vista atrás? Tendría que abandonarlo todo, incluida mi carrera. He trabajado muy duro, Tamir, no puedo tirarlo todo por

la borda —protestó Sarah.

—No puedes verlo así, cariño. Debes verlo como una oportunidad de hacer algo diferente y de hacerlo bien. Ser parte de la familia real es un trabajo a jornada completa. Sabías quién era cuando te casaste conmigo, así que imagino que entiendes todo lo que conlleva vivir conmigo.

Tamir se pasó una mano por el pelo en un gesto de frustración. Sarah era una mujer sensata y cabal, pero su cabezonería en ese tema era desesperante.

—Necesito tiempo —murmuró Sarah.

—¿Tiempo? ¿Tiempo para qué, Sarah? —La paciencia de Tamir había llegado a su límite.

—Tiempo para comprender lo que quiero hacer y lo que necesito hacer.

—Sarah apenas susurró las palabras.

—A mi modo de ver, solo hay dos opciones: o eliges cumplir tu papel como mi reina, en todo sentido de la palabra, o no lo haces. Tan simple como eso —la retó Tamir con serenidad—. Tómame todo el tiempo que quieras, pero ten en cuenta las consecuencias de tu decisión —declaró con firmeza.

Capítulo once

Sarah caminó por la casa vacía que no hacía mucho estaba llena de risas y amor. Echaba de menos a su marido y echaba de menos a su hija. Su única compañía eran su fiel sirvienta y un par de guardaespaldas leales y silenciosos. Su vuelta a la «normalidad» no tenía tanto encanto como recordaba. La vida sin su preciada familia no tenía sabor, no tenía color y estaba vacía. Nada tenía sentido para ella. Incluso el trabajo, por el que estaba dispuesta a sacrificar tanto, la dejaba vacía cuando llegaba a esa casa a la que le faltaba la calidez de sus seres queridos.

Tamir estaba ocupado gobernando su país y mostrando con orgullo a su hija. Sin embargo, cuando lo veía en televisión o a través de breves conversaciones por Skype, su mirada parecía contener ese vacío que también aparecía en la de ella. Se sentía dividida. Amaba a Tamir y a Wilhemina con toda su alma y los echaba constantemente de menos, pero dejar atrás la única vida que conocía era algo para lo que no sabía si estaba preparada. Criar a un bebé entre dos personas situadas en diferentes partes del globo terráqueo suponía multitud de desafíos. Especialmente teniendo en cuenta que Tamir siempre quería que Wilhemina estuviera con él y a Sarah le pasaba lo mismo.

Pensar en una vida sin Tamir le partía el corazón y, por otro lado, esperaba que él comprendiera que era posible llegar a un acuerdo. Se quedaba dormida llorando todas las noches, pensando que ojalá supiera cuál era la

solución correcta para todos, y se despertaba agotada y frustrada. Vivía los días como un zombi, así que resolvió tomar una decisión antes de que acabara el mes siguiente; sin embargo, no tenía ni idea de por dónde empezar.

—¿Quería verme, señor Sherwood? —Sarah tocó ligeramente la puerta de su jefe.

—Tome asiento, por favor —le indicó bruscamente, señalando con la cabeza una de las incómodas sillas que había delante del escritorio—. No sé cómo decírselo con delicadeza, así que iré directo al grano: ¿qué demonios está pasando con su marido? —vociferó.

Sarah se quedó atónita. No tenía ni idea de lo que estaba hablando.

—Lo siento, no sé a qué se refiere. —Su confusión era real.

—En la reunión de ayer mencionó que estaba considerando cancelar el contrato con Harrison. —Sherwood hizo una mueca, como si se hubiese llevado a la boca algo desagradable.

—¿Que qué? —Sarah estaba en shock—. Un momento, ayer estuvo... aquí?

Ahora era Sherwood el que parecía confundido.

—Me imaginé que lo sabía... —vaciló.

Sarah se distrajo cuando se dio cuenta de que Tamir había estado en la ciudad y ni siquiera había intentando verla. Sintió como si le hubieran

aplastado el alma con un yunque. Apenas oyó a Sherwood hablando de fondo y sintió como si la habitación se tambalease. Sherwood se aclaró la garganta para atraer su atención.

—Lo siento, ¿qué decía? —murmuró Sarah con los ojos abiertos de par en par a causa del dolor.

Sherwood miró fijamente la mesa de su despacho y tamborileó el bolígrafo con nerviosismo.

—No es asunto mío, por supuesto —comenzó a decir, claramente incómodo —, pero yo en su lugar me pondría en contacto con la nueva... ayudante de su marido.

—¿Tamir tiene una nueva ayudante? —Sarah intentó procesar la información. Mustafá llevaba años trabajando para él. Debía de haber sucedido algo horrible si Tamir había sentido la necesidad de contratar a un nuevo asistente.

—Eso parece. —Sherwood fue incapaz de mirarla a los ojos—. Mire, entiendo que tiene algunos asuntos que tratar, así que podemos hablar de esto más adelante. Tan solo manténgame informado en cuanto tenga conocimiento de cómo podríamos resolver la situación. —Le indicó que se retirara con compasión.

—Así lo haré —le aseguró, aturdida. Se levantó para marcharse sin estrecharle la mano ni intercambiar banalidades. En cuanto al señor

Sherwood, se sentía mal por la joven madre, pero se alegró de que el incómodo intercambio hubiese terminado.

Como si fuese un niño robando galletas de un tarro, Sarah buscó información en Internet sobre su marido y su nueva ayudante. El alma se le cayó a los pies y le entraron tales náuseas que pensó que se desmayaría cuando vio una foto de la nueva ayudante del rey saliendo de su avión privado. Era una chica joven y espectacular con un rostro y un cuerpo perfectos. Al parecer, acababa de graduarse de una de las universidades más prestigiosas de Europa.

Sarah comenzó a temblar de manera incontrolada mientras hacía clic en una foto detrás de otra de los dos juntos. Había fotos del mismo día en que volvió a su país natal, lo que quería decir que la contrató en cuanto llegó.

Sarah había intentado ponerse en contacto con Tamir antes de buscar información en Internet, pero cuando lo llamaba saltaba el buzón de voz y sus video llamadas no recibían respuesta. Le envió un mensaje y el resultado fue el mismo. Se desplomó en el escritorio del despacho de casa y lloró desconsoladamente. Fátima, siempre presente, se acercó con timidez y le acarició la espalda a su señora en un intento vano por consolar a la afligida esposa del rey.

—¿Quiere que le traiga algo? —le preguntó la amable sirvienta. Observó

por encima del hombro de Sarah el contenido de su búsqueda en Internet y frunció los labios pensativamente.

—No, muchas gracias, Fátima —contestó conteniendo el llanto—. No se puede hacer nada. Nada... —Sus palabras se apagaron entre otro arrebató de llanto. La sabia sirvienta no hizo caso a la negativa de su señora. Combinó un zumo de fruta tradicional con una mezcla especial de hierbas para reconfortar el alma y el espíritu a través del sueño. Colocó el brebaje en un posavasos al lado de Sarah y la animó a probarlo un poco. Las hierbas cumplieron su función de manera casi inmediata, y Fátima no tardó en acompañar a una reina somnolienta y mucho más tranquila hasta la cama. Sarah durmió mientras la sirvienta hablaba por teléfono con el rey y se despertó al día siguiente con la esperanza, aunque sin creerlo, de que lo que pasó el día anterior no fuese más que una pesadilla.

Sarah intentó contactar con su marido durante los tres días siguientes sin éxito. Tamir no respondía a ninguna forma de comunicación. Desesperada, marcó el número de Mustafá y colgó de inmediato cuando escuchó una voz femenina dulce y joven saludando con un inglés cantarín. Se dirigió al baño a toda velocidad para vaciar el estómago de su escaso contenido y por poco choca con Fátima, que estaba merodeando el vestíbulo con la esperanza de captar algún trozo de la conversación de los intentos de la reina por contactar, primero con Tamir, y luego con Mustafá. La sirvienta se dirigió a la cocina y

preparó otro cóctel especial mientras pensaba que su señora no podría aguantar mucho tiempo más así.

Capítulo doce

Sarah se dirigió al mostrador del aeropuerto y entregó la tarjeta de crédito con manos temblorosas. Sin embargo, comprobó conmovida que se la habían cancelado. Por suerte, llevaba encima su talonario de cheques, así que vació prácticamente la única fuente de ingresos que tenía de su vida anterior de trabajadora soltera, extendió un cheque y cogió un vuelo a Dubái. El señor Sherwood la había informado de que Tamir se encontraría en la ciudad en los próximos días por cuestiones de negocios, y ella estaba decidida a reunirse con él. Se acarició distraídamente el hermoso collar de corales negros que le había regalado Tamir el día que le pidió matrimonio mientras pensaba en lo mucho que lo echaba de menos y lo enfadada que estaba con él.

El anillo de compromiso con forma de corazón captó su atención a causa del brillo provocado por la luz de lectura, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Sabía lo que tenía que hacer, y nada podría pararla. Era consciente de las consecuencias, y estaba dispuesta a sacarles el máximo provecho.

Tras varios retrasos, Sarah por fin aterrizó en Dubái y fue derecha a las oficinas de la filial de Harrison, donde sabía que Tamir se pasaría todo el día de reuniones. Llegó justo después de que empezara una de las reuniones y, como sabía que tendría tiempo de sobra antes de ver a Tamir, se dirigió al ascensor para distraerse haciendo turismo por la zona.

Sarah pensó que ojalá se hubiese puesto un pañuelo para cubrirse la cara.

El viento levantaba la fina arena del desierto y le picaba en los ojos y le quemaba las fosas nasales. Estaba tan concentrada en protegerse del viento que no se dio cuenta de que se había alejado del edificio de Harrison y había llegado hasta un barrio oscuro y dejado en el que no parecía haber nadie. Comenzó a mirar por todas partes intentando situarse cuando observó que un hombre delgado, vestido con ropajes negros y de aspecto inquietante estaba mirando en su dirección.

Cuando el hombre comenzó a caminar hacia donde estaba ella, Sarah se puso a andar a paso ligero en dirección contraria. Él comenzó a correr hacia ella y a gritarle en una lengua que fue incapaz de reconocer. No sabía lo que le estaba diciendo, pero el tono no era agradable, sino más bien amenazador. Sarah se arrancó a correr, aunque las sandalias de tiras no eran el calzado más adecuado, y observó aterrorizada que el hombre la estaba alcanzando.

De repente, de la nada salió un coche a toda velocidad que se colocó justo delante de ella cortándole el camino. Dos hombres altos aparecieron como por arte de magia. Uno la cogió del brazo y la lanzó dentro del coche. El otro derribó al desconocido antes de que pudiera alcanzarla.

Sarah gritó, pensando que los ocupantes del coche estaban compinchados con el hombre que la perseguía, pero el hombre situado en el asiento delantero que se giró para lanzarle una mirada reprobatoria resultó ser Ali. Volvió la mirada a la descomunal figura situada a su lado, a quien hasta ahora

no se había atrevido a mirar, y reconoció el rostro de uno de sus guardaespaldas, lo cual la llevó a pensar que el hombre que se había enfrentado a su agresor era probablemente su otro guardaespaldas.

Sarah estaba más que confundida, pero el aire de desaprobación que flotaba en el interior del sedán la advirtió de que lo mejor sería morderse la lengua por el momento.

A Sarah no le sorprendió que el coche aparcara en el aparcamiento del edificio Harrison. Lo que no se esperaba es ver a Tamir echado sobre una de las columnas de piedra con una expresión en su rostro que parecía esculpida en piedra. Lo había visto triste, lo había visto dolido, lo había visto decepcionado, pero nunca lo había visto furioso... Hasta ahora. Comenzó a hablar tan pronto como ella se bajó del coche. Al principio en su lengua materna a Ali y a los guardaespaldas, al parecer para indicarles que desaparecieran de su vista, y a continuación a ella, en inglés.

El fuego ardía en sus ojos cuando miró a su esposa.

—Dime ¿en qué estabas pensando? —Sarah nunca lo había escuchado hablar en un tono tan duro, y eso que no había hecho más que empezar—. ¿A quién se le ocurre caminar por las calles de Dubái sin guardaespaldas? ¡Si los tienes, es para que te protejan en momentos como este! Podrías haber resultado herida... O quién sabe si algo peor. —Se pasó la mano por el pelo en un gesto de frustración—. ¿Te imaginas cómo me habría sentido si te

hubiese pasado algo malo? ¿Se te ha pasado por la cabeza cómo habría afectado a la princesa? ¿Por qué has cometido semejante estupidez con el peligro que conlleva hacer algo así? ¿Qué se te había pasado por la cabeza? ¡Hay que ser estúpido!

Sarah comprendía que las palabras de Tamir eran probablemente resultado de su preocupación; bien por ella, bien por las implicaciones que hubiese tenido para el país si le hubiese sucedido algo. Lo entendía. Pero después de haberlo visto con la nueva ayudante durante las últimas semanas que habían estado separados, no consentía que siguiese reprendiéndola.

—¿Que en qué estaba pensando? ¿Que qué se me había pasado por la cabeza? —Sarah repitió sus palabras con rabia, cosa que lo pilló desprevenido—. Le diré lo que se me había pasado por la cabeza, su altísima majestad —dijo escupiendo las palabras con desprecio—. Lo que tenía en la cabeza eran las innumerables imágenes en las que salías con tu nueva ayudante. ¡Mientras que yo estaba atravesando el mismísimo infierno intentando averiguar cómo hacer que nuestra relación saliera adelante, tú te has dedicado a viajar por todo el mundo acompañado por otra mujer! —rugió.

Toda la rabia que había ido acumulando durante las últimas semanas brotó de su interior como una riada incontrolable. Era imposible cerrar las compuertas hasta que las aguas embravecidas se calmasen.

—Cariño, yo... —Tamir intentó interrumpirla.

—Todavía no he acabado. Vas a escuchar todo lo que tengo que decirte. Sí, he sido una irresponsable; sí, me he escabullido de mis guardaespaldas. Lo he hecho porque no quería que nadie supiera a donde iba. Cuando llegué esperaba encontrar unos minutos para poder hablar contigo a solas, sin que nadie nos viera y sin que hubiese cámaras grabando todos y cada uno de nuestros movimientos. Solo quería que estuviéramos los dos solos por una vez, porque así quiero que sean las cosas contigo. He tardado demasiadas semanas en darme cuenta que lo que quiero es pasar toda mi vida contigo y con Wilhemina, cueste lo que cueste. Si tengo que renunciar a algo no será un sacrificio, será una bendición, porque quiero estar contigo y con mi bebé, y eso es lo único que me importa. —Sarah había estallado en sollozos, pero estaba decidida a decir lo que pensaba—. He tardado tiempo en darme cuenta, pero lo supe en el momento en el que vi esas fotos en las que salías con tu ayudante. Ahora veo que quizás he llegado tarde, que seguramente has seguido adelante con tu vida sin mí y que por eso nunca coges mis llamadas; pero incluso si te has olvidado de mí, si nunca va a amarme de nuevo, tenía que decirte cómo me siento. —Sarah estaba balbuceando de manera prácticamente incoherente, pero nunca había sido tan honesta con sus sentimientos y ya era imposible que parase—. Tenía que decirte que, pase lo que pase, siempre te amaré, Tamir. Has sido mi primer amor y estoy segura

de que serás el último. Si lo he echado todo a perder por culpa de mi indecisión, será algo con lo que tendré que vivir toda mi vida, pero pensé que tenías que saberlo. —Puso fin a su diatriba, agotada y con los hombros temblando por los sollozos.

Tamir caminó hacia ella a zancadas. Sarah había enterrado la cara entre sus manos, y Tamir la rodeó con sus brazos.

—Amor mío, cariño... —le susurró al oído, y le dio un beso en la frente —. Nunca he dejado de amarte. —Intentó calmarla pero, inexplicablemente, sus palabras hicieron que llorase aún más.

—¿Entonces qué ha pasado? ¿Has encontrado a otra persona menos complicada que yo? ¿Alguien que te ama como yo debería hacerlo? —Hizo el intento de apartarse al ver la expresión de su rostro—. Por favor, no te compadezcas de mí —sollozó—. Ya me siento demasiado mal sin que lo hagas.

Él le tomó la barbilla y le alzó la cabeza para que lo mirase a los ojos.

—No te compadezco, cariño: te amo. Ya te lo dije una vez: siempre te he amado y siempre te amaré. Nunca lo he dudado, y esa declaración sigue siendo tan cierta como el primer día. —Tamir le acarició la espalda como a un niño. Entonces Sarah sí que se apartó.

—¿Entonces qué me dices de tu ayudante, Tamir? No me insultes con mentiras, quiero saber la verdad —exigió. Sabía que le costaría aceptarla,

pero se preparó para escucharla.

—Si quieres saber la verdad, te la diré. —El fuego ardía en sus ojos.

Volvió la cabeza y llamó a alguien en su lengua materna. Sarah se quedó sin aliento cuando apareció la preciosa ayudante y se colocó al lado de Tamir.

Sarah retrocedió, horrorizada.

—Espera, cielo —le indicó Tamir, intentando detenerla—. Querías saber la verdad... Pues aquí la tienes... Te presento a Nida, mi prima. —Miró a Sarah enfáticamente.

—Tu... Pero ella... y tú... Las fotos... —Su voz se fue apagando. De repente, cayó en la cuenta—. Espera, si esta es tu prima, ¿dónde está Mustafá? —Sarah entrecerró los ojos como pidiéndole explicaciones. Él volvió a llamar a alguien y apareció Mustafá con una sonrisa de disculpa.

—Majestad —comenzó a decir, haciéndole una reverencia—, lamento mucho que se haya llevado la impresión equivocada. Accedí a retirarme temporalmente para que Su Majestad pudiera conquistarla de nuevo.

—¿Conquistarme...? —repitió Sarah, perpleja. Tamir, Nida y Mustafá esbozaron una sonrisa. A Sarah le dio la impresión de que era la única a la que no habían hecho partícipe de una broma privada—. ¿Qué está pasando? —exigió.

Tamir se acercó a ella y le cogió las manos entre las suyas. Sarah estaba tan desconcertada que no protestó.

—Mi preciosa Sarah, ¿no te pareció raro que fuera tu jefe el que te dijera lo de mi «nueva ayudante»? —le preguntó, como si ella tuviera que comprenderlo todo a través de esa pregunta—. ¿Y no te parece un poco extraño que pudieras esquivar a dos de los mejores y más experimentados guardaespaldas del mundo? ¿De verdad creías que permitirían que te escaparas por la ventana de un baño de señoras? ¿Y no te sorprendió encontrar la tarjeta de crédito congelada? —Sarah empezó poco a poco a comprenderlo todo a medida que fue encajando las piezas del puzle.

—¿Me estás diciendo... que me tendiste una trampa? —preguntó, pasmada—. ¿Por qué?

—Tenía que hacer que descubrieras por ti misma lo mucho que me amas —admitió Tamir sin más—. Yo lo sabía, pero hasta que tú no te dieras cuenta, no serviría de nada que yo te lo dijera.

—Pero... no me devolvías las llamadas, me ignoraste por completo —protestó Sarah, perpleja.

—Por el contrario, amor mío. Estaba al tanto de todos tus movimientos. Hablaba con Fátima todas las noches. Indiqué a los guardaespaldas que si intentabas escaparte, te dejaran hacerlo, pero que te vigilaran de cerca para protegerte. Te congelé la tarjeta de crédito para ver si utilizabas hasta el último centavo para venir a verme. Todo bajo la supervisión de tus guardaespaldas. Cuando te pusiste a caminar sola por las calles de Dubái,

ellos te seguían de cerca para protegerte. Ocupabas todos y cada uno de mis pensamientos. Cada mensaje y cada llamada que recibía me partían el corazón, pero tenía que dejar que sintieras lo que era estar sin mí para que te dieras cuenta de que lo que realmente querías era estar conmigo. Si no hubieses sido así, estaba preparado para aceptarlo, aunque me eso me habría roto el corazón para siempre.

—Me has manipulado —murmuró Sarah, abrumada.

—En absoluto, cariño. Te he dado el tiempo y el espacio que me pediste, pero asegurándome primero de que estabas a salvo —le explicó, y se llevó las palmas de las manos de Sarah a los labios.

Sarah se quedó callada. Tomó aire y lo expulsó, pensativa, antes de recapitular.

—Veamos... Despediste a tu fiel ayudante de manera temporal (Mustafá asintió, sonriendo), te aprovechaste de la bondad de un miembro de tu familia (Nida asintió, y esbozó una sonrisa de oreja a oreja), convertiste a mi sirvienta en una espía en mi propia casa (Tamir inclinó la cabeza, dándole la razón), hiciste que mis guardaespaldas fingieran ser unos incompetentes, y me quitaste la tarjeta de crédito para ver si iba en serio y utilizaba mis recursos para llegar hasta ti, ¿estoy en lo cierto? —lo retó Sarah, arqueando las cejas.

—Así es —contestó Tamir, e intentó calibrar su reacción. Todos

contuvieron el aliento esperando la respuesta de Sarah.

Ella miró al suelo fijamente durante lo que pareció una eternidad. A continuación, levantó la cabeza, miró a Tamir a los ojos, y le susurró:

—Pero qué listo eres... Muchas gracias, amor mío. —Sarah se lanzó a sus brazos, que la recibieron con cariño.

Tamir la abrazó con fuerza mientras ella lloraba de alegría. La levantó y la aplastó contra su pecho. Se juró no volver a dejarla escapar, y así se lo dijo a ella también. Sarah oyó un grito de alegría y cuando se giró vio a Fátima, que llevaba en brazos a una alborotada Wilhemina. Cubrió el rostro de la pequeña con una lluvia de besos, y Tamir las rodeó en un cálido abrazo.

Desde el día que aterrizó en Dubái en su misión para declararle su amor a Tamir, Sarah no volvió la vista atrás. Voló de inmediato al palacio con él y ni si quiera se preocupó de volver a los Estados Unidos a recoger sus pertenencias. Esa tarea se la dejó a un puñado de sirvientes enviados de su parte. Llamó al señor Sherwood, que también había participado en el plan de Tamir, y le comunicó que su conspiración había funcionado y que no iba a volver a su puesto en Harrison. Él le dijo que la echarían de menos y le deseó mucha suerte.

A pesar de sus humildes orígenes, Sarah descubrió que a veces los sueños se hacían realidad y que los cuentos de hadas se basaban en hechos reales.

Tamir encontró a su bella reina, y Sarah encontró a su hermoso rey. Juntos serían felices y comerían perdices...

¡Continuará!

[HAZ CLIC AQUÍ](#)

para suscribirte a nuestra newsletter y recibir actualizaciones EXCLUSIVAS de todas las ofertas, preestrenos secretos, libros extra y nuevos lanzamientos.